



# MADRID

## PERFILES PARA UN CUADRO

### I

**D**ESDE unos montículos terrosos divididos por arroyos en los que falta casi siempre el agua, hasta las orillas de un río perdido entre arenas, se extiende de Norte á Sur la capital de España, sobrado elevada sobre los terrenos bajos en los barrios cercanos á la Montaña del Príncipe Pío y San Francisco el Grande; muy expuesta á resbalar hasta el Manzanares en las proximidades del Puente de Segovia y arrabales de las Peñuelas y Delicias.

Tiende hacia su campiña prolongaciones formadas por barrios extramuros, sin alegría, amplitud, ni aseo, y abraza con éstos, rodales llenos de pedruscos pequeños, mezclados con laminillas de mica que brillan al sol cual muchos oropeles que en su interior se encierran. Amapolas rojas y crucíferas amarillas tiñen con los colores nacionales la extensa masa de las plantas espontáneas, y mantienen, á su modo, viva la idea de la patria, allí donde se aglomeran tantos vividores, que olvidan de cuando en cuando el suelo en que nacieron y los deberes que á él los ligan.

Interior y exterior, ciudad y alrededores, guardan cierta

armonía, y se han modificado al través de los siglos en dependencia mutua: dentro han desaparecido los monumentos artísticos que se labraron hasta el siglo XVI, y fuera se ha suprimido la vegetación que envolvía á Madrid en anteriores épocas. No se ha edificado nada de gusto moderno, que pueda ser comparado á las plazas de Trafalgar y Concordia en París y Londres, aunque sí ofrece espléndido aspecto y tiene singular encanto, la larga línea de paseos, que comienza en Atocha, sigue por delante del Botánico y Museo, se prolonga en el Prado, que ostenta preciosas fuentes, y va por Recoletos y la Castellana á concluir en el Hipodromo.

En los alrededores hay también una sección, cuyo caracter es muy diferente del de las demás secciones de la seca campiña madrileña. Si se penetra en el Instituto Agronómico de Alfonso XII y se rebasan las dependencias de este centro, dejando á la espalda campos adornados con borrajas y malvas, ó se camina por el paseo de San Antonio de la Florida hasta más allá de la ermita que posee los ricos frescos de Goya, crúzanse primero estrechos y lindos jardinillos, y, pasada la Puerta de Hierro, se llega luego al Pardo, sintiéndose el observador trasportado á región muy diversa, en medio de encinares y robledales, teñidos de trecho en trecho por el verde más claro y más alegre de diferentes manchones de pinos.

Subiendo á Val-Palomera, cerca de Somontes; alcanzando la casilla del Águila, caminando hacia Navachescas, después de recorrer el cuartel de Val de la Peña, recrean la vista del amigo de la Naturaleza las perspectivas más originales y pintorescas que ofrece la provincia de Madrid, y perspectivas al nivel de las primeras. Delante, próximo al observador, un mar de verdura ostenta su riqueza en esos cien matices de hojas, que sólo se disfrutan en los climas meridionales, y bañándose en él andan grandes rebaños de gamos, que ya discurren pacíficamente, ó ya huyen llenos de temor: en el fondo aparece la sierra, azul desde Mayo á Octubre y blanca entre Noviembre y Abril, acusando casi siempre, sobre un cielo de lapiz-lázuli, los caprichosísimos contornos de sus múltiples cimas.

Triste es, que tantas bellezas no sean apreciadas en lo que valen por los habitantes de la Villa, más inclinados á respirar

con paciencia en el Prado el polvo que entre todos levantan, ó á solazarse al pie de los cementerios, en el Arca de Agua, ó á saciar su apetito en pobres casuchos y tenderetes levantados en el Puente de Vallecas ó Ventas, que á recibir el aire puro, embalsamado por tomillos, salvias y cantuesos, en medio de una Naturaleza hermosa, cuyo majestuoso silencio se interrumpe sólo por momentos con los mil gritos de alegría ó de angustia, que revelan al que los conoce el triunfo de unos seres y el destrozo de otros.

Prefieren los vecinos de la corte el tipo de otros campos más cercanos, que son á la vez escenario de una clásica romería y archivo de las más antiguas glorias madrileñas; se encuentran á sus anchas en los cerretes de San Isidro. Allí, sobre una yerba que crece con economía, es pobre de color y se halla extendida sólo por reducidos espacios, acampan ochenta, cien mil ó más personas el 15 de Mayo, proporcionando regulares ingresos á los dueños de carromatos desvenecijados y á los cosecheros de vinos, que no muestran en indicio alguno su parentesco con las cepas. Bajo la arena que pisan, yacen ocultos restos de mastodontes, pruebas fehacientes de que Madrid puede vanagloriarse de haber contado desde remotísimos siglos con habitantes cuya vetustez, linajudo origen, gravedad y peso no han de ser puestos por nadie en tela de juicio.

Pocos son los residuos bien comprobados de los diferentes recintos que cerraron la Villa en períodos de la historia que tienen ya para nosotros mayor interés: crecía entonces como los seres vivos, que mucho tienen de organismos animados las poblaciones humanas, acomodadas en cada tiempo á las necesidades sentidas y dispuestas para expresar los ideales de los pueblos, en cuanto al arte y modo de realizar la existencia. Casi tan pobres como los de sus primitivas murallas, son los fragmentos que han respetado el tiempo y la mano de despiadados restauradores de los monumentos labrados antes de comenzar el siglo XVI.

La Virgen de Atocha, renovada hasta quedar casi irreconocible, y la de la Almudena con formas que la refieren al XV, representan en el arte todavía la escultura de anteriores pe-

ríodos. Los dos cenotafios de Beatriz Galindo y de su esposo el artillero, guardados en la Concepción Jerónima, con los sepulcros de Gutiérrez de Vargas y sus padres, que ostenta la capilla del Obispo, valen aquí como únicas muestras subsistentes de la rica colección de monumentos funerarios españoles, que pueblan las catedrales é iglesias en diversas provincias. Una portada en la calle de Toledo, que sirve hoy de ingreso á portalón convertido en pobre tienda, dos tramos de escalera enlazados, como la portada, al convento de la Latina, y San Jerónimo del Prado, recuerdan á medias el arte bellísimo y de rica ornamentación que dominaba en tiempo de los Reyes Católicos.

En un Museo que, por lo reducido del local, tiene aspecto de prendería, da frente al público que le visita la estatua del Rey D. Pedro, salvada de los destrozos que sufrió hasta su completo derribo Santo Domingo el Real; y cercana descansa, sobre modesta urna, la yacente de su nieta Doña Constanza de Castilla, muy interesante, pero poco bella, cubierta con velo monjil pintado de negro, y guardada por ángeles de redonda cabeza y abultadas mejillas: no se anuncian, ciertamente, en esta obra la riqueza y buen gusto en los detalles que caracterizan á las tumbas burgalesas de igual ó próxima fecha. Otros restos de bultos sepulcrales relacionados con la historia madrileña, y los de la Duquesa de Arjona y el caballero valenciano Pere en Boil, extraños á ella, dan un aspecto misterioso y singular al reducido camarín en que ha sido necesario amontonarlos.

¿Dónde han ido á parar los del Marqués de Villena y Ruiz González de Clavijo, á quienes se pensó proporcionar respetada sepultura en el antiguo San Francisco el Grande? ¿Qué ha sido del sepulcro, según afirman varios escritores muy rico, mandado labrar por Doña Isabel la Católica para la Reina esposa de D. Enrique IV? ¿En qué ignorado rincón están las cenizas de las hijas de Alfonso el Sabio y Fernando el Emplazado? ¿Quién guarda los fragmentos de los enterramientos góticos y del Renacimiento, que contenía San Jerónimo antes de la invasión francesa? Nadie lo sabe; y ha de tenerse en cuenta que la obra de destrucción empezó, para muchas de las joyas

artísticas, en el siglo XVII. Aquí, como en el resto de España, se recogen los mismos datos sobre iguales hechos: no ha movido siempre la pasión ó la violencia de ignorantes odios el brazo de los profanadores; aconsejó muchas veces sus resoluciones el vandalismo manso.

Desgraciadamente para Madrid no ha llegado en tiempo oportuno la reacción actual, fruto de la mayor cultura de este siglo, con el respeto á los monumentos creados por el genio del pasado y el amor al arte; se le poblará quizás en lo futuro de las grandezas de la industria moderna, que hoy se hallan en él muy modestamente representadas, pero no gozará de nada que le dé clara idea de sus vetustos templos, palacios y castillos, si es que no se han de juzgar reminiscencias de aquéllos las capillas neo-góticas que levanta la piedad en distintos barrios, más semejantes, por su aspecto, á frágiles y lindos juguetes fabricados en Nuremberg, que á los grandes templos de Burgos, Toledo, León, Salamanca, Ávila y otras ciudades castellanas y leonesas.

Tuvo la Villa una historia militar, como cien poblaciones más, representada aquí en su Alcázar; y tradiciones religiosas, resumidas en preferente término por las Vírgenes de la Almudena y de Atocha. El Alcázar se ha transformado, andando el tiempo, en pacífico palacio, morada, no de Príncipes guerreros, si que de Soberanos á la moderna; y de los templos de la Almudena y de Atocha se halla en vías de construcción el primero, y se reedificará en su día el segundo, con arreglo á la última resurrección de ideales artísticos que contemplamos en nuestros días. De lo que fueron unos y otros en el pasado queda sólo el elemento más fugaz, los nombres; cual se conservan los de Puerta de Moros, Puerta Cerrada y Puerta del Sol siglos después de haber desaparecido los ingresos á la ciudad, que se calificaron con los transcritos vocablos. Lo que no se ha destruído se halla fuera de sitio, como borrado de la lista de los elementos ornamentales, y lo demás queda sólo en los recuerdos de algún erudito, ó vive por su descripción en raras Memorias.

Dos imágenes, ya citadas, de personajes que existieron antes de que Madrid fuera capital de España, siguen reposando

en sus lechos funerarios, con los rostros vueltos á un altar, como diciendo aún la última oración que su fe les inspiraba, despertando con la vista de sus reproducciones en piedra la idea de los establecimientos benéficos que legaron á la que es hoy corte, dando cuenta á los arqueólogos de los hábitos y armaduras que se usaban en sus tiempos, y estas dos imágenes son las de Doña Beatriz Galindo, la erudita mujer maestra de la Reina Católica, y la de su esposo Francisco Ramírez, el artillero, que empleó medios explosivos para volar torres y defensas en Málaga y Granada. Dos representantes de las letras y de los conocimientos científicos aplicados á la guerra, siguen recordados hoy, lo mismo que ayer, ante el público madrileño, como no han conseguido serlo poderosos Príncipes y orgullosos magnates de la misma ó de anterior época.

Muchas fechas posteriores están, en cambio, grabadas en bien tratados monumentos: léese en la Armería Real el nombre de Felipe II; á la distancia de dos siglos aparece escrito en las Salesas el de Fernando VI, y consérvanse en mayor número señales del predominio de aquel arte, elegante cual muy pocos, aunque algo frío, que vino á España por el mismo camino que trajo para subir al Trono Carlos III, llegando de Italia en el siglo XVIII. Débese á los arquitectos y escultores que le rendían culto los magníficos sepulcros de los Reyes sus patronos, que guardan las mismas Salesas, la terminación del Real Alcázar, el Museo de Pinturas, el Arco de Alcalá y las fuentes del Prado, con otras obras de menos empeño; y es triste pensar que en el largo transcurso de un siglo no se unieron luego á los anteriores nuevos monumentos de igual importancia, mientras se doblaba en la población el número de vecinos.

## II

Es cosa muy sabida que las últimas y principales reformas de Madrid comenzaron después de la guerra de África. Se había ya trazado por entonces la actual Puerta del Sol; pero no existían los jardines de Recoletos, ni los modestísimos par-

quecillos que luego adornaron diferentes plazas, ni los mercados de hierro de la Cebada y Mostenses, ni los barrios de Argüelles, Pozas y Salamanca, ni mucho menos los lindos hotelitos de la Castellana y el Hipodromo con su paseo.

Cervantes fué el único, entre los hombres notables de nuestra historia, á quien la anterior generación tributó el singular honor de recordar su imagen en una estatua, expuesta en sitio público; el Mendizabal de capa caída, el Murillo macizo y pesadote, y el pensativo y triste Calderón, se levantaron más tarde sobre sus pedestales; y no hay por qué recordar en qué momento existieron para los madrileños el grupo de Isabel la Católica, el Colón sobre esbelta columna, el monstruoso caballo con el ilustre Marqués del Duero como accesorio y el Duque de la Victoria, ocupado en pasar revista á los bien alineados árboles del Retiro, porque han sido labrados ó fundidos en los últimos años. Los bultos de Daoiz y Velarde jurando en actitud teatral y valiente la independendencia de la patria, se guardaron en el Museo, hasta 1868, á cubierto de la intemperie y ocultos á las miradas de los vecinos de la Villa, que se quiso edificar con la reproducción en piedra del noble ejemplo.

Varios Reyes fueron tratados con mayor deferencia. No existe en parte alguna la estatua de Enrique IV, que tanta predilección mostró siempre por la Villa, y sólo en portada de convento estuvo hace años la, menos digna de ser contemplada, de su esposa, traída á tan santo lugar desde la urna, sobre la cual yacía á principios del siglo XVII, si ha de darse crédito á la narración de un ingenioso escritor. Felipe II, que convirtió á Madrid en corte, no ha merecido de los madrileños grandes respetos. Ostenta en cambio la Plaza Mayor la efigie del buen Felipe III, á quien hubiera sido más propio representar á pié y encorvado bajo el peso de pequeños haces de leña al hombro, y se levanta orgullosa en la de Oriente la de otro Monarca, IV del mismo nombre, en actitud de galopar briosamente, corriendo sin duda tras los trozos de territorio que se fueron desmembrando de España por aquellos períodos de su historia. El precioso bronce de Leo Leoni, dedicado al Emperador que labró el Palacio del Pardo, se cuida

con amor en la pobre colección de escultura que poseemos y allí se reserva el secreto de las bien modeladas formas en desnudo, que pueden admirarse desprendiendo la armadura que las cubre.

El Ministerio de la Guerra se hallaba instalado en el mismo palacio de Buenavista, pero á su alrededor no se extendían los verdes parquecillos que ahora le rodean y las construcciones que en sus límites se han levantado. En el ángulo extremo de la calle de Alcalá estaba situado un pabelloncito, desde el cual contempló Narvaez el desfile de la pequeña columna que había asegurado en Llinás de Marcuellos el orden entonces existente, por doce ó catorce meses más. Desde la esquina avanzaban, antes de 1862, unas tapiucas que, pasando por detrás de la Cibeles, á la que proporcionaban un fondo de cuadro nada agradable, iban á limitar por aquel lado el jardín del Ministerio, en primer término; á enlazarse después con la fachada de las monjas de San Pascual; á encerrar, por último, raquíticos huertecillos particulares y el muy clásico del Elíseo Madrileño, donde se solazaban alegre y ampliamente criadas francas de servicio y modistas en situación activa, á los acordes de una música que dirigió durante largo tiempo el experto y jovial Lorenzo Carcar.

Al caer los viejos y pobres paredones brotaron los gérmenes de los actuales paseos, al modo como se descubren los contornos de una Venus oculta bajo pintura tosca en la viva descripción de una novela de Farina, ó como han aparecido en la catedral de Córdoba cien preciosos detalles ornamentales al deshacerse los plastones de cal con que un celo indiscreto los había cubierto. De año en año aumentó luego la vegetación, antes escasa, de los rudimentos de jardín; se derribaron á la derecha otras tapias y la Escuela de Veterinaria, edificio mixto de chalet suizo y choza; se edificaron los palacios de Salamanca y Campo, acabándose á nuestra vista el conjunto de construcciones con el de Murga, y la extraña vía, semejante á una carretera con ventorros, que debía cruzarse para llegar á la Castellana, se ha transformado en el barrio coquetón y europeo con que cuenta Madrid.

Mas no conquista nada la Humanidad sin perder elementos

dignos de ser conservados, y al dar la capital de España los primeros y gigantescos pasos en el camino del aseo y del buen ornato, no logró tantos beneficios sin pagarlos con lamentables pérdidas; una sección del Retiro, que contenía árboles hermosos y corpulentos, desapareció al abrirse la calle que deja á un lado el local de los conciertos, y á otra el público paseo. Para dicha nuestra ésta es quizás la única cosa en que el recuerdo de lo antiguo puede estimarse superior á lo moderno, ya que la imagen de todo lo demás aparece tan envuelta en el polvo seco que se aspiraba en prodigiosas cantidades al respirar, que el mismo Victor Hugo, que ha cantado la belleza del pulpo, juzgaría empresa difícil descubrir el lado hermoso que habría de tener la antigua atmósfera de la Villa.

Ha mostrado Lubock que todos los estados por que pasó y pasa el hombre para elevarse al más alto grado de civilización, están hoy representados por algo en la superficie de la tierra; hay pueblos que usan instrumentos de piedra, como los labraron para sus necesidades los individuos cuyos fragmentos de huesos y restos se encuentran medio fosilizados en las cavernas; y las armas ofensivas y defensivas utilizadas en diversas comarcas asiáticas pueden ser comparadas á las que se emplearon en Europa durante antiguas épocas de la Historia; y admitido que ésta sea ley general humana, no ha de extrañarse que se cumpla entre nosotros; que se vean en la ciudad del Manzanares los reflejos del mismo cuadro; que las reformas beneficiosas no hayan alcanzado todavía á tres ó cuatro distritos, y que mientras unas barriadas tienen el aspecto agradable de *Passi*, en París, ó del *Plantage*, en Amsterdam, revelen otras un estado característico de pasados siglos.

Si queremos apreciar bien el contraste, no nos detengamos en las calles de Jacometrezo, ni al otro extremo de Madrid, en Puerta Cerrada, ni menos en el principio de las animadas vías de Toledo ó Segovia, cuartel general en el año de gracia de 1888 de muchas gentes chapadas á la antigua, alojadas en cuartitos con una salita que recibe luz por uno ó dos balcones, un comedor con ventana al patio, que permite disfrutar del tufillo

exhalado por lo que guisan los vecinos, alcobas oscuras y sin ventilación, reducidísimo recibimiento, aún más dominado por las tinieblas, y cocina en que el exceso de luz podría ser quizá comadre indiscreta reveladora de secretos que vale más no conocer; no nos detengamos, no, en las moradas de transición, que tienen al menos cierto sabor á vida clásica de la corte de los Felipes, y dejando los recintos en que hoy se alberga una parte de la clase media, penetremos en las habitaciones ocupadas por los restos de los célebres manolos ó por los aún más cambiados chisperos.

Los barrios de la Arganzuela, Huerta del Bayo, Solana, dentro de los antiguos tapiales madrileños, y los de las Peñuelas, Puente de Segovia y Cristo de las Injurias, extramuros, van á suministrarnos abundantes materiales para nuestros estudios. Si Dickens los hubiera visitado nos quedarían trazadas por su pluma pinturas de tono más caliente que la de Lime House, en su *Amigo de Todos*, ó la de Tom-all-alone en *La casa desolada*; de haberlos recorrido Zola poseeríamos descripciones llenas de curiosos detalles en competencia con las del *Assommoir*, y nuestra eminente compatriota Emilia Pardo Bazán no tendría que entretenerse en las operaciones quirúrgicas sobre una vaca, para dar á su *Madre Naturaleza* y otras preciosísimas novelas, el carácter fijado á la literatura en el ritual moderno, si consagrara de cuando en cuando algunas horas á los distritos del Sur, cercanos al Manzanares.

Atravesado el portal, casi siempre sucio, encuentra el explorador un patio, del cual toman prudentemente dosificado el aire los quince ó veinte cuartos repartidos entre los tres ó cuatro pisos de la *casa de vecindad*. Los agrupados en cada uno de ellos tienen en común la galería que corre por delante de sus puertas, al modo de los claustros abiertos, destinados á la enfermería de los leprosos, en algunos conventos antiguos. Son sus columnas pies derechos con capiteles amensulados, constituidos por un tarugo transversal de madera, y de fuste á fuste corren cuerdas de esparto preparadas para tender la ropa que se ha lavado en casa.

Las habitaciones son, en general, reducidísimas; muchos ejemplos podrían citarse de las constituídas por una ó dos

piezas, lugar de reposo común, durante la noche, de marido, mujer, niños y mozuelas casaderas, que reciben enseñanzas como aquellas, nada edificantes, á que se alude en el *Cándido* de Voltaire. El daño producido difícilmente se remedia luego con lecciones teóricas dadas por los más celosos maestros ó mediante los nuevos ejemplos que recogen en las mejor organizadas escuelas. No ha de ser necesario añadir que el estudio de las paredes tiene, en el mayor número de ocasiones, grande interés para el zoólogo y pueden suministrar amplia materia de investigación y descubrimientos á los devotos de minuciosos trabajos micrográficos.

Y más que el aspecto, hierde desde luego los sentidos el estado de la atmósfera en tales recintos confinada. Las emanaciones del laboratorio en que se halla representado el elemento de vida común á todos los inquilinos de cada galería, se reparten, no equitativa, pero sí liberalmente desde los lugares más próximos á los más lejanos, y al desagradable aroma, para el cual resulta ya insensible el olfato de vecinos y moradores, se unen mil tufillos heterogéneos, procedentes del caldo que hierve en los clásicos pucheretes, de los pañales de recién nacido, á quienes su madre no puede atender como quisiera; de la piel de los adultos, no sobrados de ropa blanca, y de la espuerta, receptáculo en que mezcla el ama de casa las hojas verdes de coles y lechugas con las peladuras de patatas, aguardando al día siguiente que suene la típica campanilla, con la orden de vaciarlas en el carro de limpiezas.

En los sábados toman las habitaciones y galerías aspecto más singular y pintoresco. Salen de unas puertas nubes de polvo, arrancadas á deteriorados ladrillos por escobas pobres de palmas; mientras se hacinan junto al dintel de las más próximas, pucheros desportillados, cazuelas con dientes como las sierras, barreños surcados por grietas, que se han remediado con las históricas lañas, y tapaderas de ese barro rojo, á medio barnizar, cuyo color han tornado en negro por la parte inferior el tiempo y los vapores del cocido, el rico mobiliario, en suma, de uno de los míseros hogares en que faltan muchas veces el trabajo y el pan. Oscilan sobre el pavimento los piés parduzcos por el uso de fregaderos cojos, apoyándose en ines-

table equilibrio entre ellos los todavía más viejos artesones, y de todo destilan gotas del agua cenicienta, llamada gráficamente agua de fregar. Brillan las húmedas mesas de pino, sin color, con un matiz amarillento, poco semejante al de las plumas de oropéndolas, y aguardan el momento en que ha de reponérselas en su sitio dos ó tres sillas con deteriorados asientos ó faltas de travesaños, que son sacudidas al final de la operación.

Queda en estos recintos viva la imagen de la casa de Tócame Roque, y muchos han logrado guardar el carácter arqueológico que no se conserva en los hospitales y conventos, fundados por Doña Beatriz Galindo. Visitando detenidamente los distritos del Sur, no se extraña que Madrid figure de un modo tan triste en las estadísticas de mortalidad, y se juzga en cambio, problema de difícil resolución, averiguar cuáles podrían ser las condiciones higiénicas de aquellas ciudades argelinas, que fueron diezmadas por la peste en el siglo XVII, si la intensidad de los daños experimentados había de ser proporcionada á la magnitud de los descuidos. Las aceras de calles y plazas extremas, se utilizan aún en la Corte para los usos menos pulcros, con olvido de las multas que se impusieron durante varios meses bajo el gobierno del Duque de Sexto. Bien haría el Manzanares en elevar de vez en cuando sus aguas, siquiera no fluyan muy límpidas y cristalinas en la mayor parte del año, y lavar con ellas las casas y los barrios que se aproximan á sus orillas.

Siguiendo la línea trazada, desde la calle de Bailén al Viaducto, avanza hacia San Francisco una ancha vía, que ha de dejar libre de estorbos á la vista de la plaza de San Gil, la fachada de la iglesia; unirá directamente el Palacio Real y la Plaza de Oriente con las calles de Don Pedro y de Calatrava, y quién sabe si penetrarán por ella en breve plazo, al interior de los desheredados distritos, parte del desahogo y del ambiente más puro de los que van á ser sus próximos vecinos.

Hoy por hoy, parecen si cabe más tristes las perspectivas que desde la Latina se contemplan, que sus repulsivas viviendas. Divísanse enfrente del Campillo de Jilimón los cementerios del Sur, y el resplandor de los hachones que iluminan las tum-

bas en el día de difuntos. En medio del brillante espacio, se señala la mancha oscura de la fosa común, diferenciando en la muerte los restos de los habitantes de los barrios bajos, entre los aristocráticos compañeros de sepulcro: hasta los blancos huesos de los pobres llegan tan difícilmente los destellos de las luces artificiales, como mermados penetran los rayos del sol en el seno de sus reducidos cuartuchos.

### III

A medias sólo, como la población, se ha transformado una cierta parte del público madrileño. Los moradores á que aludimos, comenzaron á invadir Madrid, desde que fué capital, y cambian de aspecto exterior y de escenario en cada siglo, sin trasladar por eso su residencia. Buscándolos hoy en rincones de la Villa, y mirando á sujetos de buena cepa bajo la prosáica capa ó el gaban, como antes se escudriñaba so el ferreruelo, intima el observador con muchas gentes que vienen á dar en antiguos conocimientos para él familiarizado con las más picarescas obras clásicas de los siglos XVI y XVII.

Aquella sociedad de afeitadores de bolsillos, caballeros chirles, poetas evenes, avispones, Chiquiznaques y Maniferros, podencos de figón, maestros en el floreo de viilan, con cien notables tipos de igual casta, ofrecidos á la popular admiración en las novelas ejemplares de Cervantes, el gran Tacaño de Quevedo, el Gregorio Guadaña de Enrique Gómez... se ha trasladado al campo de una, que ellos llaman política, y pueblan los casinos ó merodean en los clubs de los partidos. Forjan allí planes, en relación con sus méritos y virtudes, y no les faltan en el exterior el aplauso y eficaz apoyo de busconas, *tías fingidas* ó naturales, corredores de oreja, zurzidoras de gustos, reedificadores de virginidades varias, puestos al amparo de nombres de invención, más reciente y mejor discurridos para salvar los respetos al pudor de los melindrosos. La existencia de tan numerosas cohortes, y cien sorprendentes

golpes de audacia dados por ellas, son obstáculos con que tropiezan en su camino los personajes públicos, que desean reformar en lo hondo al país, llenos de patriotismo y buena fe.

Visten ahora moderno ropaje, que á nuevos tiempos costumbres nuevas, como dice el adagio, ó «en cada edad su generación», según la ley formulada por el historiador italiano Ferrari, y alternan con gentes de muy distinto pelo, confundándose sin dificultad en una misma masa. Por influencia de la vida nacional se ha superpuesto á la vecindad madrileña, pintoresca colección de políticos inocentes y pobres ó maliciosos y ricos; negociantes de éxitos y probabilidades, junto á hombres sinceros; pretendientes eternos que viven á ratos de una esgrima especial, y obreros que sólo en su esfuerzo confían; funcionarios modestos que trabajan sin descanso por míseras retribuciones, y banqueros del minuto que llevan á veces denigrantes apodos, y en ocasiones también anteponen á sus nombres calificativos respetados; literatos y periodistas dignos, á quienes su talento y probidad no libran siempre de la mala suerte, con bolsistas de la pluma; mendigos de oficio que nacieron para ser actores, gentes que nadan en la abundancia, y pobres diablos que sucumben al hambre en un rincón ó acuden al Viaducto, resueltos á saltar por cima de las nuevas barandillas: todos los elementos que forman el cuadro de una gran capital.

Consecuencia de esa íntima mezcla del trigo y la cizaña, es la desconfianza profunda con que aquí se mira á las gentes más diversas y la facilidad para acoger juntamente censuras justas y calumniosas patrañas. Los datos ciertos ó falsos se han acumulado de tal modo, y ha sido tanta la repetición de las murmuraciones, que no hay nadie ya que dude en el Mentidero y en la Villa, de que bulle en el fondo de la confusa aglomeración de seres humanos una *corte de los milagros*, bien organizada y con poderosos elementos. En lo que más se vacila, en lo que andan las comadres desorientadas, quedando las más confundidas ante mil indicios contradictorios, es en el problema de averiguar quién es el Monipodio de la respetable corporación, ó quiénes son los preclaros doctores en la ciencia de Rinconete y Cortadillo. No parece existir en nuestro país

un *Pall Mall Gazette* que se halle en condiciones de decir desnudas las verdades de otro género, siquiera tema ofender con ello la pudibundez de algunos de sus lectores.

Suenan nombres é impútanse hechos; hablan luego diversas gentes muy bajito de los acusadores; levantan protestas las intemperancias de lenguaje; dirígense inculpaciones de encontrado sentido; niéganse éstas; funcionan los tribunales en la declaración de calumnias, y anda perezosa la policía en la inquisición de las filtraciones; aumentan los rumores públicos y crece á la par la timidez en designar faltas concretas; acúdense al fácil expediente de las reticencias y aminora la entereza para dibujar con bien delimitados contornos ante la opinión, la figura de los delincuentes; resultan siempre realizadas las irregularidades y cometidas las distracciones por una pecadora impenitente llamada la Administración, no sacando nadie la cara por ella, ni respondiendo paladines de las fechorías atribuídas á la desgraciada hembra, y los poco conocedores de los manejos artificiosos y de las habilidades de momento, están de ordinario preocupados y perplejos sin saber si infieren profundas injurias á inocentes con las imágenes que nacen en su fantasía y pensamientos que cruzan por la mente, ó estrechan, por el contrario, manos de redomados bribones, cuando entienden saludar con cariño á personas honradas.

Sobre este fondo grisáceo y pardusco como la ceniza de las lejías ó el lodo de las calles, se destacan en el mundo político nobles figuras de variados tamaños, condiciones, sentido é historia, dignas por todo extremo de lucir en mejor marco. Á la cabeza brillan hombres de primera línea que enriquecen á muchos, permaneciendo ellos pobres: ocultos en los últimos términos pueden verse modestos empleados y escritores con poca fortuna, que consumen su vida en el silencio de una oficina ú otros centros de menos abrigo, trabajando para la gloria y provecho de intrigantes avispados. ¡Cuánto oro hay además escondido entre el barro, de tantos y más quilates que el que buscaba Breet Heert en sus Cuentos californianos!

El Madrid-capital, que «disimula malos y esconde los buenos,» según la frase de Quevedo, encierra, cual ocurría en la época del festivo poeta, «el más necio, y el más rico y más

pobre, y los extremos de todas las cosas.» En él vierten las provincias los selectos de entre los que nacen en pequeñas ciudades y en aldeas, juntamente con escorias y desechos de peor vista que los destinados á recrear la del público en la calle de las Amazonas. Moran juntos sin conocerse durante largo tiempo, los movidos por altos pensamientos, fruto de su educación y cultura, y los que por sus hechos podrían ser digno objeto de comercio para los tripicalleros, y luego que intiman en antesalas ú oficinas, aquéllos toleran á éstos, unas veces por debilidad y otras por razones que no se nos alcanzan. No olviden tan variados datos los caciques de campanario, cuando al amor de su hogar censuren la inmoralidad de la corte; y reparen bien, que si se asustan de algo, se asustan muchas veces de la imagen de sus propias obras reflejada en un espejo.

Hé aquí los personajes en acción: pasemos ahora al escenario. No se forman todos los políticos españoles en los bufetes de los abogados que aquí ejercen, ni en las redacciones de revistas y periódicos diarios, ni en el gabinete de estudio; sacan bastantes la quinta esencia de la representación que pretenden tener, en aldeas y villorrios muy semejantes á los llamados burgos podridos en Inglaterra, y más podridos quizás que muchos de ellos, en cuanto á la organización de las influencias electorales; olfatean otros en los clubs, siendo anzuelo de las bolsas, como la Rufina de Sevilla pintada hace ya dos siglos por Solorzano, y no dejan de recoger de cuando en cuando bocado, siquiera sean harto conocidos los artificios puestos en juego, y vayan aminorándose los provechos de la ilustre cofradía ante la gran concurrencia que les hacen los numerosos aprendices que aspiran al título de maestros en el oficio.

Hay, por lo común, en los círculos de partido, centros y dependencias que les dan un carácter especial. Los desocupados concurren cotidianamente á ellos, y se asocian, según sus mayores intereses, esperanzas ó simpatías, despellejándose, por modo amistoso, en el corro de un rincón á los consocios que se sientan en el opuesto, y en éste á los de enfrente; ocurre más de una vez que todos tienen razón en lo que dicen.

En sala muy á la vista cubren unos cuantos periódicos el tapete verde de la mesa de lectura, y sospéchase que en cuartucho escondido hay extendidos objetos diversos sobre otra tabla adornada con bayeta de igual color. No puede asegurarse ciertamente que, los que en el oculto recinto penetran, corran los azares que ellos entienden correr; lo que les sucede se halla previsto por lince de garito, y son casi siempre tratadas las inocentes víctimas como lo fué el famoso arriero en la *venta del Molinillo*, ó el viejo dibujado por Dickens, que buscaba en el azar la dote de su nieta, y la encontró en la miseria, llevando al ataud el objeto de sus anhelos y cariño.

En otra bolsa política de mayor importancia anda el público más revuelto. Codéanse en el salón de conferencias el hombre de Estado, serio, con el pretendiente relativamente dichoso que acude allí provisto de un volante de ingreso, y el periodista afanado en el cumplimiento de una misión penosa, que le proporciona sólo pobres emolumentos, con el industrial, arbitrista de sus propios ingresos, cazador en acecho de pluma ó pelo. Noticias y embustes, fabricados con determinadas intenciones, circulan de oído á oído, tan rápidamente como por los hilos telegráficos, y vuelven muchas veces á los del artista que los inventó, modificados en forma de engañar al burlador. Hay en aquel recinto mucha vida, mucha animación, una atmósfera física y moral insoportable, y si las comadres de Madrid ó de otras poblaciones tuvieran deseo de progresar en la ciencia que profesan, podrían recoger doctas lecciones, ricas en sutilezas, de labios que se mueven sin punto de reposo en el local.

Refleja en su modo de ser nuestra ciudad el estado de crisis moral y de ideales que se observa en las diferentes comarcas españolas, padeciendo más de esta enfermedad la población gubernamental que el antiguo y clásico vecindario. Aquí se lamenta, como en las provincias, la falta de organización que se descubre en la sociedad española, y se lamenta más porque se estudia de cerca la manera de formarse día tras día sus gobernantes futuros, contando para muy poco con la aquiescencia nacional, y cuál se moldean al por mayor sus corporaciones provinciales y municipales, haciendo caso

omiso de la naturaleza y condiciones de los territorios á que se las destina. Distínguese bien, entre los aspirantes á actas y empleos públicos, quiénes los desean por honradas ambiciones, y qué gentes las buscan esperando hallar en ellas nuevos lugares de asilo, desterrados, en la letra, de nuestros códigos; y tan pronto se regocija el ánimo como se entristece, recogiendo datos de opuesto sentido para juzgar de lo que reserva el destino á nuestra querida España. ¿Deberá cumplirse entre nosotros una vez más el famoso mote, y seguirán siendo los pueblos «propiedad de los más audaces?»

#### IV

Hipnotizados ahora, ya que no alcanza aquí todavía la prohibición de las autoridades belgas, miremos al través de los muros, salvemos con el pensamiento las distancias que separan los distritos, abarquemos en un solo golpe de vista, ciudad y alrededores, barrios altos y bajos; dispongamos los habitantes allí donde sus costumbres los llevan, que de hacer todo esto el observador, presto verá desplegarse en su fantasía líneas, figuras de primer término, risueño paisaje, perspectiva aérea, ambiente y fondo comparables á los de aquel cuadro «Zaragoza y el Ebro,» de Juan Bautista del Mazo, que se guarda con amor en el Museo del Prado.

En el fondo, á la izquierda, las cimas del Guadarrama blanquean con la nieve, y los *Siete Picos* que delimitan bien su contorno sobre el azul del cielo, ocultan sus faldas y laderas tras la oscura «Sierra del Cuchillar,» muralla y respaldo á la vez de los campos de «Colmenar Viejo» y del «Monte del Pardo.» Desde las líneas anteriores avanza el río discurriendo con oscilante marcha por entre encinares y robledales, y pasa, ya cerca de la ciudad, bajo el Puente de los Franceses, obra de aspecto moderno que se destaca con sus colores rojo y blanco sobre los cien matices verdes de las hojas, y parece tendido para unir la Casa de Campo y Florida.

Delante se despliegan los edificios de la población sobre unos cerretes arenosos formados por las erosiones de las aguas. Hacia el Oeste se descubre en avanzada la Cárcel Modelo; al extremo opuesto, el Hospital; y sirven á la vista de puntos de descanso en este viaje de la estación final del delito al último refugio de la miseria, el cuartel de la Montaña, el Real Palacio, San Francisco, la Puerta de Toledo, las torres de San Isidro el Real y San Cayetano, que descuellan entre casas modestas ó pobres, cual las más altas é importantes instituciones descuellan entre los restantes elementos de la nacionalidad española.

Más allá de la Villa, en las direcciones Este y Sur, se prolongan, como una inmensa tela vasta con grandes arrugas, los campos de pan-llevar pertenecientes á los términos municipales de Vallecas, Villaverde, Getafe, Parla y veinte ó treinta pueblos poco comparables á las verdes aldehuelas próximas á varias capitales europeas ó á los ennegrecidos centros de industria cercanos á otras. Desde el paseo del Retiro ofrecen sus últimas líneas aspecto algo semejante al de las playas lejanas, y han merecido llevar el nombre de mar de Madrid, con que las designan las gentes de buen humor, siendo sólo mar de barro que inunda las carreteras y dificulta la circulación en cuanto se suceden tres ó cuatro días de lluvia en el invierno.

Los rayos de espléndido sol en los hermosos, despejados y serenos que tanto encanto tienen en este clima, más que iluminan, abrasan el paisaje; rocas lejanas, campos sembrados de laminillas brillantes, verde de los nacientes trigos, cristales de las próximas casas, y cien objetos á la vez reverberan de tal modo, que parecen, no cuerpos reflejantes, si que otros tantos focos de luz dispuestos para borrar términos y distancias, produciendo obsesiones cual las que padecen las histéricas. Cumbres del Guadarrama, edificios, Cerretes de los Ángeles y Negro, arboleda del Pardo y Carabancheles, la Casa de Campo y Florida, se acercan y confunden sus imágenes, hasta el punto de perder casi su carácter de cosas reales y despertar la idea de una de esas amplias decoraciones discurridas por Schiller para dar mayor efecto á la representación de sus dramas.

El Campillo de Jilimón, lo mismo que las Yeserías, la plaza de la Arganzuela y el paseo Imperial, las calles de la Solana, Ventosa, la Puerta de Toledo ó la Ronda de Embajadores, suministran, en tan plácidas tardes, mil asuntos pictóricos, que ningún artista español, incluso Goya, ha trasladado al lienzo con el rico colorido que tienen. En pie, y recostados contra las paredes, fuman sus cigarrillos de papel, y discuten asuntos mil algunos ancianos, mientras que sentadas en el suelo, en las aceras ó en sillas bajas, se ocupan en variadísimas faenas numerosas mujeres; remienda aquí una ropas interiores del esposo, y aprovechan allá otras la ocasión para lavar la cara á chiquillos llorones, ó arreglar las cabezas de sus mozuelas.

Hay mucho en estos campamentos improvisados que recuerda la aldea castellana, sin la sensación de amplio espacio y desahogo que produce la vista de las campiñas, y algo que despierta la imagen del aduar de gitanos; el clima y la pequeñez de los cuartuchos unen sus influencias, y hacen necesaria la normal vida en la vía pública, como la falta de comodidades en el hogar doméstico lleva á los hombres de la clase media á instalarse durante largas horas en el café. La escasez de agua que padeció Madrid hasta mediados de siglo, tocada todavía en múltiples consecuencias á pesar de los progresos y mejoras realizadas en los últimos años, contribuye á dar un matiz singular á las ropas y las personas, que confiamos ha de tornarse pronto en tintas más simpáticas.

Aquel pueblo es el pueblo del Dos de Mayo. Si bajo la curtidada piel se mira al interior, y levantando la más espesa capa de una cultura insuficiente se analizan los sentimientos de hembras y varones, se siente hermosa impresión de regocijo moral y frescura: que hay allí muchos corazones valerosos, almas sencillas, nobilísimos sentimientos. Las formas podrán ser á veces extrañas, y no es ciertamente culpa suya si quien debía hacerlo no ha procurado que expresaran sus afectos de distinto modo; pero estudiándolos de cerca, é intimando con ellos, se les ve ejecutar, sin dar importancia á sus obras, cien y cien de esos hechos muy dignos de los premios á la virtud que se reparten solemnemente en otras naciones á los prote-

gidos y allegados de las autoridades municipales. ¡Cuánto héroe de la caridad y cuánto martir de los deberes de familia sufren mil privaciones y dolores con natural estoicismo, que estimaríamos conmovedor leído en una buena novela, y miramos en la realidad con indiferencia!

Abandonadas las Vistillas ó el Puente de Segovia para cruzar la calle Mayor y la de Alcalá, cambia la decoración en las proximidades de la fuente de Cibeles. Muchas gentes de la clase media van á pie, de paseo, con sosegada marcha, y trenes lujosos arrastran hacia el Retiro ó la Castellana, según las estaciones y las modas, al mundo elegante madrileño que ha ocupado el lugar de la antigua aristocracia.

Uniforme el varonil en su aspecto exterior, ofrece al que lo analiza detenidamente un abigarrado conjunto de diversos elementos, variadas tendencias y distintos ideales con que llenar la vida; las ropas son de corte casi idéntico; pero los cerebros están unos constantemente ocupados por vastísimos planes, desde la combinación política ó financiera, hasta las partidas de amigos, olvidadas un momento en el casino ó el Velozclub, mientras que hierven sólo otros con el pensamiento de las entrevistas esperadas, «dulces y sabrosas como la fruta del cercado ajeno.»

Andan, en cambio, las altas damas de esta encantadora sociedad ociosas, y muy atareadas á la vez; ociosas, porque nada las obliga á realizar empresa alguna; muy atareadas, porque su buen corazón las lleva á imponerse mil trabajos de diferentes géneros. Se presentan casi siempre en público con aire ya serio, ya altivo, ya displicente, y á pesar de la frialdad de sentimientos que parecen anunciar sus discretas maneras, aman tiernamente á sus esposos; cuidan y miman á los niños, por sí mismas, ó por el intermedio de ayas y encargadas de confianza; se interesan por la suerte de los amigos; socorren á los desgraciados y forman juntas, dando conciertos, funciones de teatro y corridas de toros, con tan benéfico fin; asisten por delegación á los enfermos, y, en tiempo de cuaresma y momentos oportunos, escuchan con ejemplar recogimiento pláticas piadosas, luciendo en brillantes fiestas, y con trajes más que aéreos, su sin par hermosura, variadas per-

fecciones físicas y gracia, en las demás épocas del año.

La educación y costumbres inglesas, tipos hoy acabados del buen gusto que han sustituido á los antiguos moldes franceses, imponen, ya que no la entereza y virilidad del pueblo anglo sajón, su trato falto de la excesiva cordialidad meridional y su circunspección, copiada en lo exterior. Resulta ahora monótono el tono de la conversación en las gentes distinguidas, cambiando muy poco las inflexiones de voz cuando hablan de un feliz enlace, ó se disponen á dar el pésame en un entierro; mas ha de advertirse que esto es también una necesidad de su género de vida, porque son muchas las personas con que cada familia trata, y numerosos, por lo tanto, los sentimientos de géneros diversos que hay que experimentar por turno en un solo día.

Regístranse entre ellos mártires de las conveniencias sociales, y mártires de dos clases: los son unos, por ocurrirles lo que al escudero tercer amo del lazarillo de Tormes, andando, como él, mermados de recursos, y admitiendo al mismo tiempo cual principio indiscutible, en pleno siglo XIX, que es más depresivo trabajar que tener puesta la esperanza en el oro de las Indias; y viven otros esclavos de esta singular clase de hidalgos desorientados, que llegan á veces á su presencia en los momentos más inoportunos. Los que se hallan en el primer caso sobrellevan los contratiempos, si pueden, resolviendo á veces problemas más difíciles que los de la mecánica celeste; y los aludidos en el segundo sufren con paciencia los ataques de los ex-magnates del pasado, que, con múltiples pretextos, picotean en sus gavetas, oliendo las monedas, al modo que rebuscan las alondras los granos de trigo.

Y si dejando ahora calles y paseos penetramos en las habitaciones y talleres, podremos contemplar al lado del Madrid bullicioso y brillante, el Madrid trabajador: aquél es el que se agita en primera línea, el que se ve desde lejos, el culpable de que lleve nuestra capital el calificativo de ciudad desocupada; éste es el que ha producido la notable transformación de la vida que hemos experimentado desde principio de siglo y prepara mayores cambios para el porvenir; en aquél subsisten todavía, mudados sólo de ropajes, el galán, la dama, el pere-

zoso, el linajudo, el glotón y los demás tipos pintados há ya largos años por Juan de Zabaleta; en éste ocupan su lugar el hombre de estudio, el consagrado á las profesiones liberales, el comerciante activo, el experto en los oficios mecánicos, el escritor que difunde la cultura y el cajista que colabora en la noble empresa, los cien y cien individuos desconocidos que no se confunden en la Puerta del Sol con la gran masa de forasteros y pretendientes desocupados, que no medran muchas veces, alcanzando sólo un mediano pasar, y son los verdaderos propulsores de la sociedad desplegando siempre rudos esfuerzos.

No es culpa suya si Madrid no posee ya la espléndida producción que constituye el mayor título de gloria de otras capitales europeas: para crearla, no bastan los conocimientos y la buena intención, es necesario el concurso de los capitales, y éstos andan aquí distraídos en variadas empresas de todos conocidas. Algunas chimeneas hacia el paseo de las Yeserías, dos ó tres fábricas de productos químicos y cinco ó seis de papeles pintados, varias fundiciones, casas constructoras de mesas de billar ó pianos y de diferentes objetos, constituyen la que pudiera llamarse *gran industria madrileña*: la pequeña está representada por la manufactura de mil baratijas y la preparación de artículos de tocador, velas y jabones. Hay gérmenes para mucho, y fuerzas ya desarrolladas para muy poco: pueden alimentarse esperanzas, bastante legítimas por lo hecho en los últimos años, mas no ha de contar el encargado de inventariar estas riquezas con una gran cosecha de realidades actuales.

Los rasgos característicos de Madrid van siendo, en conjunto, los rasgos de una gran ciudad; mil elementos diversos se asocian para formar un todo muy complejo, y en el rumor uniforme que anuncia su existencia á lo lejos, se confunden los choques de los carruajes sobre el empedrado de las calles, con los ruidos y ecos despertados por el trabajo diario; como en el polvo que flota en su atmósfera se unen á numerosos detritus industriales, los hilachos de telas pobres ó ricas y las partículas desprendidas de nuevos y viejos caserones.

Hoy por hoy hieren más el oído del transeunte los trenes

lujosos ó los coches de plaza, que el hervor de las calderas y el girar de los tornos; y el aire arrastra en mayor cantidad hebras de lino ó seda, que fragmentos de carbón de piedra ó limaduras metálicas: ¿qué veremos mañana en los gránulos iluminados por los rayos del sol ó qué nos dirán los vagos sonidos que parten desde la Villa y van á difundirse en su silenciosa campiña?

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.





## GINÉS PÉREZ DE HITA

---

*Continuación (1)*

¿No resulta singularísima identidad, excepción hecha de la bellísima forma de las quintillas, clase de composición de invención muy posterior á la de Pérez de Hita, entre la «Fiesta de toros en Madrid», y la «relación que se sacó aquel día, y de ella un romance, por lo que también lo hizo el invencible Gazul?» Creemos que sobre tal punto, la duda, por lo menos, favorece entre dos al que escribió primero; y lo que sucede con ésta y alguna otra composición de D. Nicolás, acontece cosa semejante con el romance heroico sobre la toma de Granada, escrito en 1779 por su hijo el dulcísimo *Inarco Celenio*.

Tampoco puede considerarse ajeno á tan plácida influencia á mi respetable é ilustre amigo el literato y estadista, D. Lope Gisbert, puesto que en uno de sus bien escritos romances, intitulado «La Hazaña de los Cuarenta», no consiguió más que hacer una glosa primorosa del episodio de la «Novia de Se-

---

(1) Véase la pág. 56 de este tomo. Por ir equivocada la numeración de las cuartillas remitidas á la imprenta, nos hizo cometer un error involuntario de composición en el número anterior, error que advertimos después de hecha la tirada. Debe desaparecer el romance (que aparece en la pág. 41), y notas que acompañan al mismo, hasta la pág. 48.

ron», celebrado en prosa y en verso por Pérez de Hita (1).

No seguiremos, por lo tanto, investigando sobre más autores, puesto que con los citados basta para su gloria, limitándonos solamente á hacer resaltar la galanura con que describe, para confirmar lo que constantemente venimos diciendo sobre su estilo peculiar y único en aquellos tiempos:

«Reduan bien te acuerdas  
que me diste la palabra  
que me darías á Jaen  
en una noche ganada...»

.....

Si lo digo, no me acuerdo,  
mas cumpliré mi palabra.  
Reduan pide mil hombres,  
el Rey cinco mil le daba  
por esa puerta de Elvira  
sale, muy gran cabalgada;  
cuánto del hidalgo moro  
cuánto de la yegua baya  
cuánta de la lanza empuño,  
cuánta de la dalga blanca,  
cuánta de marlota verde,  
cuánta aljuva de escarlata,  
cuánta pluma y gentileza,  
cuánto capellar de grana,  
cuánto ballo borceguí,  
cuánto raso que se esmalta,  
cuánto de espuela de oro,  
cuánta estribera de plata!  
Toda es gente valerosa  
y esperta para batalla,  
en medio de todos ellos  
va el Rey chico de Granada

---

(1) Escrito ésto, hemos sabido con el mayor sentimiento la sensible pérdida del Sr. Gisbert, ocurrida en 1.º Febrero de este año de 1888, en Manila, donde ejercía elevado cargo en la Administración de aquella isla. El autor de este modesto trabajo cree deber suyo hacer público testimonio de su reconocimiento al finado, á quien debía las mayores deferencias.

mirando las damas moras  
 de las Torres del Alhambra.  
 La reina mora su madre  
 de esta manera le habla:  
 «Alá te guarde mi hijo,  
 Mahoma vaya en tu guarda,  
 y te vuelva de Jaen  
 libre, sano y con ventaja,  
 y te de paz con tu tío  
 señor de Guadix y Baza.»

Empero donde luce toda la inventiva de su fastuoso ingenio, es en la reseña ó invención de los famosos motes ó divisas en las adargas de los caballeros de sus leyendas:

«.....  
 .....

sale el valeroso Muza  
 á Biha rambla una tarde;  
 por mandado de su rey  
 á jugar cañas se sale,  
 del blanco, azul y pagizo,  
 con encarnados plumages;  
 y para que se conozcan  
 en cada darga un salvage  
 acostumbrada divisa  
 de moros abencerrages,  
 con un letrero que dice;  
 abencerrages levanten  
 hoy sus plumas hasta el cielo,  
 pues de ellas bisten las aves;  
 y en otra cuadrilla vienen  
 atravesando una calle  
 los valerosos Zegries  
 con libreas muy galanes.  
 Todos de morado y verde,  
 marlotas y capellares,  
 en mil jaqueles guardados  
 de plata los acicates  
 sobre yeguas bayas todos,  
 hermosas, ricas, pujantes,  
 por divisas las adargas

unos sangrientos alfanjes  
 con una letra que dice:  
 no quiere Alá se levanten,  
 sino que caigan en tierra  
 con el acero pujante.

Y en otro sitio y diferente romance:

«Entraron los sarracinos  
 en caballos alazanes  
 de naranjado y de verde  
 marlotas y capellares.  
 En las adargas traían  
 por empresas sus alfanges.  
 Hechos arcos de kujudo  
 y por letras fuego y sangre.  
 Iguales en las parejas  
 les siguen los Aliatares,  
 con encarnadas libreas  
 llenas de blancos follages.  
 Llevan por divisa un cielo  
 sobre los hombros Atlarte,  
 y un mote que dice así:  
*Tendrello hasta que canse.*  
 Los Alarifes siguieron  
 muy costosos y galanes  
 de encarnado y amarillo,  
 y por mangas almazares.  
 Era su divisa un mundo  
 que le desace un salvage,  
 y un mote sobre un bastón  
 en que dice: *Fuerzas valen.*  
 Los ocho Azarques siguieron,  
 mas que todos arrogantes,  
 de azul, morado y pagizo,  
 y unas hojas por plumages.  
 Sacaron adargas verdes  
 y un cielo azul en que hace  
 dos manos, y el mote dice:  
*En lo verde todo cabe.*

.....  
 .....

Aribau, á quien he citado ya alguna vez, asegura que los romances que adornan las *Guerras civiles*, entre zegríes y abencerrajes, son de lo mejor que en su género se conoce, añadiendo, «los de la segunda parte no pasan de la medianía,» y esto hizo creer á muchos que los de la primera no eran de Pérez de Hita, y sí correspondía su pertenencia á la lira popular. Empero sería cosa de nunca acabar si hubiéramos de recoger todas y cada una de las bellezas que encierra, no sólo la segunda, sino también la primera parte, aunque en menor escala ésta; obra es, de todos modos, la de las *Guerras civiles*, que muchos han conceptuado de las mejores que tenemos de honesto recreo; deleitando tanto la lectura, de tal manera, que una vez que tomamos el libro en las manos no se suelta con facilidad. De aquí, privilegio que es exclusivo á todas las de los genios superiores, el que las *Guerras civiles* hayan sido muchas veces parodiadas, y no todas muy felizmente, hasta el extremo de que algún crítico llegase á decir que estaba aburrido de:

«Tanta Zaida Adalifa,  
Tanta Graguta y Daraja,  
Tanto Alquicer y Marlota,  
Tanto Almaizar y Almalafa.»

Es indudable que si Pérez de Hita no es autor de los romances que intercala y avaloran el texto de su obra, es desde luego el primero y único colector, debiéndole de todos modos el que nos les haya conservado y transmitido, dado caso que todos ó casi todos no sean debidos á su feliz inspiración poética, que no puede negarse, teniendo en cuenta su poema heroico á la ciudad de Lorca, es decir, el de *Historia, etc., de la dicha ciudad*. Es también muy de notar que á nuestro escritor debemos la introducción del elemento poético en la historia, novedad sólo característica del pueblo árabe, y desconocida de los demás pueblos, incluso Grecia y Roma.

## VII

¿Son las "Guerras civiles," de Ginés Pérez de Hita, ó del moro autor de vista, Aben Hamin, según unos, ó Aben Hamidi, según D. Nicolás Antonio, en su *Biblioteca Hispano Nova*, de quien las tradujo Hita ?

Muchos han preguntado: ¿las *Guerras civiles* son de Pérez de Hita, y sobre todo la primera parte?

En efecto, en la portada de varias de las ediciones de su obra, leemos: «Historia de los bandos, etc., traducida en castellano por Ginés Perez de Hita;» en otras: «Historia de los bandos de zegries y abencerrages, caballeros moros de Granada, de las civiles guerras que hubo en ella, y batallas particulares que hubo en la vega entre moros y cristianos, hasta que el Rey Don Fernando el Quinto la ganó, *ahora nuevamente sacada de un libro arábigo, cuyo autor de vista fué Aben Hamin, natural de Granada*, tratando desde su fundacion, *traducido al castellano por Ginés Perez de Hita* (1).

D. Nicolás Antonio, en el tomo primero de su *Biblioteca Hispano-Nova*, expresa que, «*Genesius Perez de Hita, Murciæ urbis incola, credi voluit ex Arabico Aben Hamidi Granatensis libro se Hispanis hominibus communicasse, quod ad milisias referimus sponte nugas, opus, salicet.*»

HISTORIA DE LOS BANDOS DE LOS ZEGRÍES Y ABENCERRAGES CABALLEROS MOROS DE GRANADA Y LAS GUERRAS QUE HUVO EN ELLA.

El mismo Pérez de Hita asegura que: «No muchos días después de la toma de Granada, fué hallada una cueva de

---

(1) No es historia traducida del arábigo como se anuncia en su portada, sino una novela caballeresca de las más notables entre las muchas que corrían durante el siglo XVI.

armas, de la cual se hizo grande pesquisa, y descubierta la verdad, se hizo justicia de los culpados. Algunas cosas de aquestas no llegaron á noticia de Hernando del Pulgar, cronista de los Católicos Reyes; y así no las escribió, ni la batalla que los cuatro caballeros cristianos hicieron por la Reina, porque de ello se guardó el secreto; y si algo de estas cosas supo y entendió, no puso la pluma en ellas por estar ocupado en otras cosas tocantes á los Católicos Reyes y de más gravedad. Nuestro moro cronista (1) supo de la Sultana, debajo de secreto, todo lo que pasó, y ella le dió dos cartas; la que envió á D. Juan Chacón, y la respuesta que le envió; y así pudo escribir aquella famosa batalla, sin que nadie entendiese quiénes fueron hasta ahora. Visto por el cronista perdido el Reino de Granada, se fué á África y á Tremecén, llevando todos sus papeles consigo: allí murió, y dejó hijos y un nieto suyo no menos hábil que él, llamado Argutarfa (1), el cual recogió todos los papeles de su Abuelo, y en ellos halló este pequeño libro, que no estimó en poco, por tratar la materia de Granada, y por grande amistad se le presentó á un judío llamado Saba-Santo, que le *sacó en Ebreo* por su contento, y el original arábigo lo presentó á D. Rodrigo Ponce de León, Conde de Bailén (2). Y por saber lo que contenía, y por haberse *hallado* su abuelo y visabuelo en las dichas conquistas, le rogó al judío que le tradugese en castellano y después el Conde me hizo merced de dármelo.»

Precisamente el pasaje anterior confirma ser la obra parto de su donoso ingenio; pues que en primer término aquello de «algunas cosas de aquestas no llegaron á noticia de Hernando del Pulgar, cronista de los Católicos Reyes, y así no las escribió;» tratándose de unos sucesos donde figuran tan ventajosamente D. Juan Chacón, primer señor de Mula por su mujer Doña Luisa Fajardo, y Esperanza de Hita, deuda del autor, que la hace natural también de Mula, de quien dice:

Francisco de Melgarejo  
de Mula salió alistado,

(1) ¿El moro de *vista* llamado Aben-Hamin?

(2) Título fundado en 1522.

fuerte villa del Marqués  
y la mejor del reinado:

y cuando más adelante añade: «que si algo de estas cosas supo ó entendió, no puso la pluma en ello por estar ocupado en otras cosas, tocante á los Católicos Reyes, de más gravedad,» advierten al discreto que el abuelo de Argutarfa era mucha coincidencia fuese á Mula á buscar á D. Juan Chacón, ni á hacer natural de aquella villa á la Esperanza, doncella de la desdichada Muraima.

Adviértese, asimismo, la diferencia que á todas luces establece Pérez de Hita entre lo real y fingido; es decir, entre la crónica seria y grave de Hernando del Pulgar y la creación del novelista, puesto que tanto el de Tremecén como su nieto Argutarfa, como el hebreo D. Saba-Santo y la entrega del original arábigo hallado en una cueva (sin nombre) y que regala, al autor, el Conde de Bailén (1), que debía de tenerle animoso en cabeza de mayorazgo, por tratarse en él de las hazañas de su abuelo y bisabuelo, así como también la confianza hecha por la Sultana, debajo de secreto, de todo lo que pasó con la entrega de las dos cartas en un asunto en el que si algo hubo de cierto fué solamente el auxilio que le dieron Gonzalo de Córdoba y Hernando del Pulgar; es evidente que todo esto no es más que otra nueva invención ingeniosa de las mil y mil con que deleita y seduce en la primera parte de las *Guerras civiles*.

Nuestros poetas del siglo XVI y aun del siguiente, por derivación de lo que hiciera Virgilio, no sólo encubrían con nombres pastoriles historias verdaderas de su tiempo, sino que propendían además á velarse ó declararse meros traductores de libros escritos en lengua oriental, imitando á los autores dramáticos que daban asimismo á la escena sus obras, bajo pseudónimos ó anagramas sutiles, tropezando los primeros los manuscritos, unas veces en el Alcaná de Toledo, en manos de muchachos y sederos, como encontró el inmortal Cervantes (que

(1) Lo que es evidente que nuestro autor escribió su obra en los días de D. Rodrigo Ponce de León.

nació casi el mismo año que Pérez de Hita), el de su autor Cide Hamete Benengelí, especie de argutarfa, y otros, imitando así, ó coincidiendo, que es lo más seguro, con el feliz hallazgo de Pérez de Hita, en manos de poderosos, como D. Rodrigo Ponce de León, que con las muy espléndidas de prócer, dió el manuscrito del moro de Tremecén; y aun se me antoja que en la forma que describe Cervantes, el hallazgo del de su Cide Hamete Benengelí, parece como que se censura ó trata de ridiculizar estos hallazgos, que estaban siempre en manos de grandes y poderosos. (1) y (2).

Al crítico suele pasarle lo que al filósofo, pues tiene momentos de duda hasta el extremo de extinguirse en su alma la fe, dejando, por lo tanto, de ser creyente, para convertirse en crédulo y cándido, pues ¿qué cosa puede pensarse del que aún afirme fué morisco convertido Pérez de Hita? Sobre tal extremo no cabe duda de ningún género, porque nuestro insigne é ingenioso escritor procede de la noble y no interrumpida prosapia de la familia de los Pérez de Hita, de estirpe goda, que de Guadalajara vinieron á asistir á D. Alfonso el Sabio en las conquistas de Mula y Lorca, quedando de pobiadores en ambas; y á lo que hemos probado de ser Ginés Pérez de Hita natural de Mula, pudiéramos pensar con más ó menos acierto, que á imitación de su casi contemporáneo y paisano Fray Ginés López Yáñez de Quesada, á quien D. Pedro Fajardo diera educación literaria en el famoso Seminario de San Fulgencio de la noble y Franca ciudad de Murcia, así también por otro noble antecesor del D. Pedro, sospechó fué

---

(1) No debió de ir muy bien á Cervantes durante sirvió de soldado en la compañía de que era capitán en Italia D. Manuel Ponce de León, pues es de observar que siempre que de los Ponces trata se inclina á ridiculizarlos. Sangrienta es la crítica que hace en su *Don Quijote*, y aventura de la jaula de los leones, del hecho atribuído al primer Conde de Baylen, D. Manuel Ponce de León, de penetrar este caballero en la jaula donde se encerraban unos leones, y sacar de ella un guante que dentro se le había caído á su pretendida, dama de la Reina Isabel, llevando á cabo su hazaña sin que los fieros animales hiciesen alto en la figura del magnate.

(2) Dice Aribau: «No es de suponer en un moro granadino tanta predilección como la obra respira á favor de los cristianos.»

enviado Pérez de Hita á los entonces famosísimos centros de enseñanza que contaba la ciudad siete veces coronada (1), en las que, así como otros muchos eminentes en doctrina, letras y santidad, recibiera las menores y aun mayores enseñanzas y letras.

No se comprende bien que á un morisco renegado se le estén al presente disputando la honra de ser patria suya Lorca, Murcia y Mula, que si no son como las siete ciudades griegas que se disputaron la cuna del gran Homero, son hermosos vergeles, bien propios de nacer en ellos inquietos pensadores y brillantes ingenios (2).

---

El colector de novelas Aribau (3), á pesar de ser Pérez de Hita contemporáneo de Cervantes, coloca las novelas del primero como anteriores á las del segundo. Efectivamente, aunque Ginés Pérez naciera en 1546 ó 1548, un año antes ó un año después que el inmortal autor del *Quijote*, es lo cierto que floreció antes que este ingenio peregrino. Cervantes, como es sabido, empezó á darse á conocer con la *Galatea*, que había compuesto y concluído para fines de 1583, después que Pérez de Hita con sus *Guerras civiles*, que compuso en vida de D. Rodrigo Ponce de León, Conde de Bailén (4).

---

(1) No pudo ser en San Fulgencio, por no estar aún fundado por aquellos años.

(2) Al escribir Pérez de Hita la historia de los bandos y *Guerras civiles* de los moros granadinos, tal vez tuvo en cuenta que el pueblo árabe se distinguía de su origen por la introducción del elemento poético en la historia, novedad desconocida en Europa. «Este carácter literario, dice un escritor, vino á templar en cierto modo el cansancio natural que produce la lectura de hechos indigestos y repetidos, embelleciendo la narración con un colorido romántico.» Esto es, pues, precisamente, lo que distingue á nuestro escritor en la obra que venimos examinando, y lo hace con tan singular acierto, cuanto que logra pasar por el moro Aben-Hamin, á quien él supone autor de su libro.

(3) Debe leerse el discurso preliminar sobre la primitiva novela española, que á la cabeza del tomo III de la biblioteca AA 55 de Rivadeneyra.

(4) En el libro cuyo título es «*Creación, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla*, por D. Joseph Berni y Catalá, etc., impreso en Valencia

(1). Esto que hizo Aribau con nuestro escritor, hizolo así bien con Mateo Alemán, pues siendo éste contemporáneo de Cervantes, y aun sufrido alguna presunción idéntica como ejecutor, y asimismo y á la vez de Pérez de Hita, coloca también sus escritos como anteriores á los del primero y príncipe de los ingenios.

«Poco más sabemos, dice Aribau, á propósito de Pérez de Hita, de sus propios hechos en aquella guerra, ni de sus posteriores sucesos; sólo han inferido algunos que á más de las *Guerras civiles*, y anteriormente la segunda parte, habría escrito otra obra, pues al fin de la historia de Tuzani nos dice que conoció á éste viniendo á Madrid á cobrar un privilegio para un libro suyo» (2). Efectivamente, el libro á que se re-

---

en 1769,» al folio 172 dice: Conde de Baylen. El primero fué D. Manuel Ponce de León (otros dicen que fué D. Rodrigo su hijo), por gracia de los Reyes Católicos. Nobilísimo caballero, experto militar y muy valeroso en servicio de los Reyes. Este caballero sacó el guante de la leonera, que se le cayó á su prometida. Recae esta excelsa casa en la del Excmo. Sr. Duque de Arcos, según nótese en el párrafo 39 de este capítulo.

#### 1471—1618

D. Juan Ponce de León, segundo Conde de Arcos, falleció en 1471. Tuvo, entre otros, los hijos siguientes:

De su primera mujer á

D. Rodrigo Ponce de León, tercer Conde de Arcos, más adelante, por merced de los Reyes Católicos, Duque de Cádiz; falleció en 1492.

De su segunda mujer, ó amiga, á

D. Manuel Ponce de León, llamado el *Fuerte* por sus hazañas, habiéndole hecho los Reyes Católicos Conde de Baylen.

Biznieto de D. Manuel fué D. Rodrigo Ponce de León, cuarto Conde de Baylen. Este debe ser, sin duda, el que supone Pérez de Hita adquirió el original arábigo de la primera parte de las *Guerras civiles de Granada*, pues vivía en la segunda mitad del siglo XVI. Por haber muerto soltero, sin descendencia legítima, se interrumpió la sucesión en el condado de Baylen, que restableció D. Felipe III, haciendo quinto Conde de Baylen á D. Pedro Ponce de León; falleció 1618.

(1) Pero el poema inédito sobre la población y hazañas de Lorca lleva la fecha de 1572, cuando estaba Cervantes cautivo.

(2) «Entonces el Tuzani se vino á Villanueva de Alcardete, donde estaban los moriscos de Vélez el Rubio, porque allí tenía sobrinos, hijos de hermanos, y

fería nuestro escritor era el poema M. S. del «Libro de la población y hazañas de la M. N. y M. L. ciudad de Lorca;» según se desprende de la petición al Ayuntamiento y acta levantada por el mismo, que oportunamente copiaremos y que circunstanciadamente consta en el manuscrito citado que pasamos á examinar.

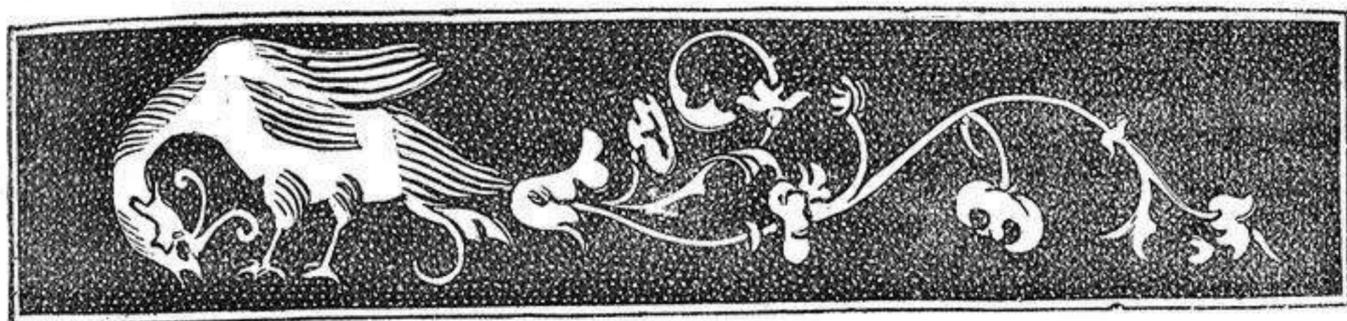
NICOLÁS ACERO Y ABAD.

*(Se continuará.)*

---

yo propio procuré verle, yendo á Madrid, en solicitud de un privilegio para un libro mío,» *Guerras civiles*, segunda parte, tomo IV, capítulo XXIV. Edición Biblioteca granadina.—Granada, imprenta y librería de Manuel Sanz, 1848.





## OBSERVACIONES CRÍTICAS

Á LAS

# ETIMOLOGÍAS DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---



**A**GOTADA hacía ya mucho tiempo la undécima edición del Diccionario de la lengua castellana, que publica la Real Academia Española, tan docta corporación tuvo que activar tareas emprendidas desde hacía mucho tiempo, para que cuanto antes viera la luz de nuevo, aumentado y corregido, el catálogo de nuestro riquísimo idioma. La Academia en nuestro país tiene á más de su indisputable carácter científico, conquistado con sus notables trabajos, uno oficial que le da su historia y mantenimiento: sus libros son textos para la enseñanza, y en ellos hay que buscar autoridad para dirimir las cuestiones de lenguaje que puedan ocurrirse. Fuerza es convencerse que poquísimos hayan probado errores en las obras de aquel alto cuerpo, errores que los demás vociferan y ajigantan no puede ser prueba para justificar el cúmulo de desatinos que incesantemente se oyen repetir y es bien cierto que siempre se hallará en las obras indicadas lo bastante para que acudiendo á ellas, el mayor número halle forzosamente mucho de lo que ignoran, tal vez sin saberlo: en nuestros días, por suerte ó por desgracia, se

han puesto de moda las cuestiones filológicas y lingüísticas, y pocos son los que no se creen obligados á discutir las; bien es cierto que en un tiempo no remoto estuvo también de moda la teología, y á los postres de buena ó mala comida no faltaba viajante de comercio ó empleado con poco sueldo, que no discutiera la existencia de Dios ó la esencia de sus atributos.

Los que, atentos al título de nuestro trabajo y fiados en la general costumbre de tratar mal á los académicos, esperen hallar en él inconsiderada diatriba, quedan desde ahora amenazados de solemnísimos chasco; podremos discutir cuanto se quiera, hasta donde podamos; pero jamás faltaremos á nosotros mismos; sin olvidar términos que se aprenden en la escuela consignados en libros de poquísimas hojas, procuraremos demostrar un error científico donde creamos hallarlo; pero jamás nuestro carácter ni nuestra educación podrán permitirnos que acudamos á terminachos de gente soez y baja, con objeto de hacer gracia al vulgo, oficio de titiriteros y payasos, y mucho menos aún recurriremos al insulto cobarde, arma repugnante de que se valen los necios orgullosos, cuyo constante afán es llamar la atención. Estas declaraciones pudieran inclinarse á creer el extremo contrario, cosa que sentiríamos doblemente, pues nada nos recuerda el deber de paladines y nada nos obliga á desempeñar el comprometido de redentor.

Como auxiliar de la Comisión de etimologías en la Real Academia Española, trabajamos para el Diccionario durante algún tiempo (1), pero no puede alcanzarnos responsabilidad de los extravíos que en la obra se advierten, y que somos los primeros en lamentar; nuestra opinión, que nunca vale nada, no se consideró allí utilizable, sino cuando los académicos que formaban aquella Comisión, que habían de ser responsables ante la opinión pública, la dejaban valer y claro está que nunca pasó una idea nuestra, sino cuando pudieron hacerla suya. No poco aprendimos allí de cuanto se refiere al arte de hacer diccionarios, y de cuanto toca á la filología y á la lingüística; pero nuestro estudio más atento tuvo por objetivo á la misma docta corporación, que se achicó á nuestra vista, sin duda por

(1) Desde la letra *G* hasta la *M*.

la gran verdad que implica el dicho de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. Al hacer públicos los resultados de aquel detenido examen, ni creemos perjudicar á nadie, ni podemos suponer que ninguno se dé por ofendido: si carecen de valor nuestras observaciones, hijas del mejor deseo, pronto se darán al olvido; si para algo pueden servir, Dios quiera que se tomen en cuenta. Achaque harto común es aglomerar censuras sobre la Academia; se cree generalmente que está compuesta de hombres retrógrados y oscurantistas, abiertamente opuestos á toda innovación, necios y sin talento, por añadidura. Los que tal dicen, ó no piensan bien, en cuyo caso debían callar, ó tales declaraciones son hijas de perversos rencores, que los hacen despreciables. Que entre los individuos que componen la Academia Española haya, como en todas las corporaciones, nulidades que no pueden aplicarse á nada, que nadie podrá explicarse por qué llegaron allí, no prueba que los demás deban descender tanto; es sólo manifiesta revelación de un momento de debilidad, en que en vez de cometer un error de mayor transcendencia, se entretuvieron en encumbrar demasiado á los que rastreaban á sus piés.

Recordando que de la Academia forman parte Tamayo y Saavedra, Cánovas y Menéndez Pelayo, no podemos comprender el fundamento de las generales censuras en que se envuelven á todos, procurando desprestigiar por completo á la docta corporación. A más de los nombrados, ejemplos notabilísimos de saber, poder y querer, hay entre los académicos restantes poetas eminentes, críticos distinguidísimos y políticos que pasarán á la Historia; mas séanos perdonada nuestra humildísima opinión, si peca por atrevida; las condiciones que atesoran, según indicamos, no bastan, ni aun remotamente sirven para hacer buenos diccionarios, y no es esto lo peor, sino que gran número de ellas, bien miradas, son, en vez de ventajas, obstáculos de grandísima consideración para que resulten, como deben resultar, modernamente los catálogos de un idioma. El que Tamayo, siendo hijo queridísimo de las musas que inmortalizan, y dramático de tanto brío y arranque que bien sin exageración puede llamársele Shakspeare español, sea también consumado hablista, celoso guardador de la pureza

del lenguaje y gramático sin rival, no quiere decir que los demás que han logrado introducirse en la clase de que es gloria el insigne autor del *Drama Nuevo* estén á su altura, ni siquiera que resulten hombrecillos al lado de una personalidad tan elevada, que el común de los mortales ni fuerza tenemos para calcularla. El que Saavedra naciera dotado de tan excelsas dotes que hasta la filología le fuera familiar, entre las muchísimas cosas que denomina su privilegiado talento, no quiere decir que otros, por haber desempeñado muchos cargos, sean aptos para cualquiera de ellos y mucho menos para el de académico.

Ya para nosotros el académico debía ser única y exclusivamente académico, esto es, hombre dedicado á tareas filológicas dignas de atención tan grande en quienes las profesan, como tantas otras de las que consumen el tiempo necesario para el trabajo. A tal convicción nos lleva pensar que las naciones que tienen Academias como la Española, poseen perversos Diccionarios; las que carecen de instituciones literarias creadas por emulaciones de Reyes y mantenidas por caprichos oficiales, tienen, no uno, sino varios que pudiendo ser presentados como modelos, desde todos puntos de vista, son fruto del asídúo trabajo de hombres que consumieron su vida estudiando el idioma patrio. Tampoco tuvimos fortuna los españoles por lo que á esto toca: cuando en nuestro país un particular se propuso hacer un Diccionario de la lengua, quiso el destino que la ocurrencia fuera de D. Roque Barcia, estimabilísima persona que por abarcar mucho apretó poco. Sólo porque la misericordia de Dios es infinita, le habrá perdonado el crimen de su Diccionario; ni aun siendo inconmensurable la piedad divina bastará para que á D. Eduardo Echegaray no le tome en cuenta haber dicho que Barcia elevó con su obra un monumento á la lengua castellana (1). Que los que heredamos co-

---

(1) De todo literato es conocido el Diccionario etimológico de Roque Barcia, ese monumento levantado por este autor á la lengua castellana y cuyo gran mérito es inútil que nos esforcemos en demostrar, pues es universalmente conocido. D. EDUARDO ECHEGARAY; *prólogo de la reducción del Diccionario de Barcia*.

munísimos apellidos olvidemos á veces por sentimiento egoísta ó por imperiosas necesidades de la vida práctica cuanto pudiera redundar en gloria de nuestros mayores, ya que no se disculpe puede esplicarse, pues bien están los muertos en sus tumbas, tranquilos ya, y sin cuidados por achaques de esta existencia; jamás ocurrirá lo mismo con aquellos que siempre y para todo deben tener presente lo de nobleza obliga. Si la fortuna, el acaso nos hubieran hecho nacer Echegaray, habríamos tenido siempre máximo cuidado en la realización de todos nuestros actos, porque si con ellos no podíamos dañar al ascendiente ó al colateral que por su propio valer tiene ya gloria sobrada, hubieran sido bastantes para que el público, de suyo malicioso, en el afán de distinguirnos llamara siempre al otro Echegaray el bueno, dejando para nosotros Echegaray el malo. El Diccionario á que Barcia se agarró, como quien se ahoga se agarra á clavo ardiendo, no es obra crítica ni científica, es un pandemonium que acredita, unas veces petulancia excesiva, y otras la más crasa ignorancia. Somos de opinión que sólo á los vivos daña el mal que de ellos se diga; los que mueren, al dejar libre el alma de la cárcel corpórea en que la sujetaban, juegan una partida en que lo aventuran todo, y ni pueden ganar menos, ni pierden más por lo que después se diga á cargo de ellos.

Esto nos deja tranquilos con respecto á Barcia, aun hablando de su Diccionario tan duramente como lo hacemos. Desde el punto de vista lexicográfico, con su obra no añadió al Diccionario de la Academia más que algunas vulgaridades; desde el punto de vista filológico, no supo lo que se hizo. Comenzado su vocabulario con el único apoyo de la obra capital de Littré, que no es perfecta ni mucho menos, plagió las etimologías que pudo utilizar de una manera tan poco escrupulosa, que copió no sólo los errores, sino también las faltas que no pueden ser atribuídas sino á errores de caja. Más tarde, sin duda, supo que existía la obra que comenzó Engelman, y completó Dozy, poniendo en ella mucho de su gran talento, profundo saber y un poco de su no pobre fantasía; aquel catálogo de voces arábicas, quedadas en nuestra lengua, fué utilizado por D. Roque; pero sus transcripciones son monu-

mentales por lo bárbaro, como tendrán que serlo siempre las de aquéllos que escudados en la escasa generalización de ciertos conocimientos, quieran hablar de lo que no entienden. Y así fué en todo, se remontó algunas veces hasta la lengua en que se escribió el Ramayana, y salió á más de atrocidad por palabra, manifestando claramente que no conocía de aquel respetable idioma ni siquiera los rudimentos; en este punto tal vez halle quien, con razón, lo disculpe, y nosotros aumentaremos el número, pues menos criminal nos parece citar una palabra en forma que revela, desde luego, la ignorancia de quien la emplea, que formar parte de un tribunal para proveer cátedra de lengua que no se conoce, pero que aparentando conocer da lustre; á tamaña desvergüenza no llegó Barcia; el que se halle inocente, que tire la primera piedra. Es de extrañar que ocurriendo cuanto decimos, no hubiera en España un crítico imparcial, que con el debido conocimiento de la materia, se atreviera á decir la verdad, ni llamara la atención acerca de tan gran semillero de errores. Ocurrió todo lo contrario; aquella obra, á la que lleva ventaja la peor de su clase, fué celebrada y encomiada; si no recordamos mal, hasta informaron bien de ella cuerpos consultivos, que jamás debían perder de vista lo elevado de su misión, y tener presente que de su dictamen dependía el favor que le otorgó la Dirección general de Instrucción pública, que á tantas y tantas más dignas desatiende.

En todo esto hay un misterio difícil de explicar; apenas sale á luz el Diccionario de la Academia española, lo acosa una jauría, como si de su inconsiderada destrucción fuera premio, gloria imperecedera; se publicó el de Barcia, y todos lo contemplaron conmovidos, como si fuera parto fenomenal de madre digna de compasión. Otras veces pensamos que la política no fué agena al éxito del monstruoso engendro; aquéllos, á cuyo partido perteneció Barcia, no podían atacarlo decorosamente; era la obra de un antiguo correligionario, que había tenido justa celebridad por los esfuerzos que hizo en pro de la causa; sus enemigos callaban por no ser censurados de parcialidad, y también por lo poco que puede importarles la lexicografía y la lingüística, y todos á una lo alentaban con

un silencio, que justo es decirlo tenía mucho de interesado. Si los últimos años de su existencia no los consume en el trabajo que censuramos ahora, tal vez hubiera seguido ocupándose en aquéllo que le dió nombre, antes que sus desengaños le arrebataran las ilusiones, y entonces, amigos antiguos y parciales, habrían perdido la calma, pues tiene que ser más duro, para cualquier hombre sentir verdades que directamente le atañen, que saber que se destroza una palabra de su idioma, por querido que le sea ó por mucha fortuna que le deba. A nosotros no duelen prendas; decimos la verdad como la sentimos, y en el campo científico, en lo poquísimo que alcanzamos, procuramos dar á cada uno lo que le corresponde.

En las demás naciones la suerte fué bien distinta: la Academia francesa tiene un Diccionario del que con razón debe avergonzarse, pues concordado con el tiempo, requisito indispensable para la solidez del juicio, vale infinitamente menos que el hecho por Menage, y más doloroso que ésto es aún, pensar que los amantes de la lengua en aquel país deban esperar doscientos años para verlo reformado, pues no menos tiempo hace falta, según M. Renan, para que la parte más importante del Instituto reforme y rectifique la que debe ser su obra capital. En cambio y para compensación de estas desventuras, hizo M. Littré el suyo, que á pesar de las faltas que tiene como obra humana, es de verdadero mérito. Alemanes é ingleses podrían lamentar la carencia de Academias que limpiaran, fijaran y dieran esplendor á sus idiomas, si no pudiera ostentar con orgullo la patria de Goethe la obra lexicográfica de los hermanos Grimm, el gran diccionario de Sanders, y los particulares de Graff, Diefembach y muchos otros que han estudiado con pasión aquella riquísima lengua, desde el período rudo, casi bárbaro, que representa el canto de Hildebrand, hasta la época de sin igual cultura, que representan las obras de Schiller y sus coetáneos. En Inglaterra existen los de Johnson, Webster, Wogester y Mackay. Justo es tener en cuenta que en estas naciones los trabajos filológicos y lingüísticos estaban adelantadísimos, cuando en España casi se ignoraba su existencia. Exceptuando el *Tesoro* de Covarrubias, que más que obra seria puede considerarse como graciosísi-

ma farsa para reir, y las rebuscadas generalidades que dijo Alderete en sus *Orígenes de la lengua castellana*, no creemos que precediera ningún otro trabajo á la primera voluminosa edición que de Diccionario oficial hizo la Real Academia Española, para dar fe de su existencia (1). Cuando esto ocurría en nuestro país, en el extranjero, á partir del siglo XVI, se ha-

---

(1) Merece especial mención á más de los citados, por la gran importancia de su obra, nuestro jesuita LORENZO HERVAS (nacido en Horcajo el 1.º de Mayo de 1735) profundo filólogo, trabajador infatigable, de quien casi nadie habla en España: fué quien primero determinó que las afinidades entre los idiomas no deben deducirse de la semejanza entre las palabras, sino de la comunidad en los accidentes gramaticales. En la historia de la Filología comparada, merece también un puesto señalado; antes que él ninguno había probado que hebreo, caldeo, siríaco, árabe, etiópico y amarico, son lenguas congéneres, derivadas de una misma; ridiculizó la idea de que todas las lenguas derivaban del hebreo, idea mantenida por SAN JERÓNIMO (a) y ORÍGENES (b). Hervas fué el primero en determinar afinidades entre el húngaro y el finés; á él se debe la preconización de que el bascuense no es un dialecto céltico, como se venía creyendo, sino una lengua independiente; él quien con ligeros é incompletos apuntes debidos al carmelita PAOLINO DE SAN BARTOLOMEO (c), autor de la primera gramática sanscrita publicada, determinó las afinidades entre el griego y la lengua sagrada de la India; el primero que haciendo estudios comparativos, estableció la semejanza entre la forma griega Θεός y el *Deva* sanscrito, quien reconoció la identidad entre el auxiliar griego εἶμι y el sanscrito *asma*, llegando á establecer las equivalencias entre las desinencias de los géneros griegos ος, η, ον, con las sanscritas *as a am*—HERVAS—*Catalogo delle lingue conosciute e notizia della loro affinitá e diversitá*—ed. Biasini Cesena, 1784.

---

(a) *Initium oris et communis eloquii et hoc omne quod loquimur, Hebraeam esse linguam qua vetus testamentum scriptum est universa antiquitas tradidit.* SAN JERÓNIMO, *ad Damasus, epistola.*

(b) *Mansit lingua per Adam primitus data, ut putamus Hebraea, in ea parte hominum, quæ non pars alicujus angelis sed quæ Dei portio permansit.* ORÍGENES, *XI homilia sobre los Números.*

(c) FR. PAOLINO A SAN BARTOLOMEO, nacido en Hof, cerca de Mannerdorf el 25 de Abril de 1748, publicó en Roma la primera gramática de la lengua sanscrita, con el título *Sidharubam seu grammatica Samscrdamica, cui accedit dissertatio historico critica in lingua Samscrdamicam, vulgo Samscret dictam, auctore Fr. Paolino a San Bartholomeo, carmelita excalceato, Malabariae missionario. Roma, ex typographia sacrae congregationis de Propoganda Fide 1790.* En su gramática, el padre Paulino no empleó el devaganari, sino el tamul, en que se ve más práctico, sin duda, por su larga estancia en la costa Malabar.

bían publicado ya no pocas obras, en las que sabios reputados probaron su amor á las investigaciones filológicas, por más que en todas ellas faltaran elementos críticos y de comparación acertada, causa principal de que hayan caído en olvido: Guichard (1), Skinner (2), Hayne (3), Casaubon (4) (hijo de Isaac), Rudbek (5), Jonas (6), Peisker (7) y otros muchos, habían publicado obras importantes para el estudio de las lenguas del Norte y de la filología en general, obras que aun en muchas ocasiones se pueden consultar con fruto.

Lo mismo por su historia que por los elementos que la componen, la Academia Española resulta pura y simplemente una corporación literaria: no sólo no dudamos, afirmamos también con profundísima convicción, que cualquier obra literaria, fruto del trabajo de aquellos señores, podría presentarse como modelo, pues hay allí sobrados elementos para que se aunaran en una producción todo lo que puede exigir la crítica más

(1) *Harmonie étymologique des langues où se demontre que toutes les langues sont descendues de l' hebreux*. París, 1606. GUICHARD conviene en que las lenguas modernas se han formado del latín y del griego, pero suponiendo el hebreo la más antigua y en la que se encuentran las raíces primordiales.

(2) *Lexicon Etymologicum pro lingua Anglicana, seu explicatio vocum Anglicarum etymologia ex propriis fontibus sc. ex XII linguis, Anglo-Saxonica, Runica, Gothica, Cimbrica, seu Danica antiqua, Franco Theostica, Danica recentiore, Cambrobritannica, Francogallica, Italica, Hispanica, Latina, Græca*. Londres, 1671. SKINNER que murió prematuramente (45 años) y de quien WOOD dijo era una biblioteca viva, dejó además otras obras de importancia, que corrigió y publicó más tarde THOMAS HENSHAW.

(3) *De linguarum Harmonia dissertatio*. 1648. HAYNE había publicado antes en Londres *Lexico harmonico universalis*.

(4) *Comentatione de IV linguis. Hebræa, Græca, Latina et Saxonica*. Londres, 1650

(5) *Lexicon etymologicum polyglotum in quo Finnonicae, Lapponicae, Sueticae, Islandicae, Norvagicae, Danicae, Alglo-Saxonicae, Germanicae, Belgicae, Gallicae, Italicae, Hispanicae, Slavonicae, Græcae, Latinae, aliarumcaae linguarum convenientium cum Hebræa*. Upsal, 1708. OLAO RUDBEK publicó además *Specimen usus linguae gothicae in eruendis Scripturae*, 1717. *Thesauri linguarum Asiae et Europae harmonici prodromus*. Upsal, (sin fecha).

(6) *Investigatore antiquitatum seu coilatione linguae Sueticae cum linguis orientalibus*. Upsal, 1719.

(7) *Indice de vernacula et rerum germanicarum significatione pro Græcae ac Germanicae lingua analogia*. Leipzig, 1685.

severa; desde la dicción más pura, hasta el gusto más exquisito; desde la mayor severidad en el fondo, hasta la fantasía más elevada. Juzgando sin pasión, no creemos que pueda suceder lo mismo con sus Dictionarios; á la altura que están las ciencias que deben ponerse á contribución para formarlos buenos, sería necesario que en vez de literaria, la Academia resultara corporación filológica al menos en su mayoría, para que, llegado el caso de una votación, los más supieran lo que acordaban. Poco á poco podía haberse ido reformando: desde que dentro de la casa se comenzaron á sentir ciertas y determinadas aspiraciones, pudo hacerse algo para que pudieran resultar legítimamente satisfechas; pero se ve materialmente que no han querido, sin duda por el gran apego que tienen á tradiciones que desde hace mucho tiempo debían haberse relegado á la categoría de cuentos. Escribimos tan sin pasión, son nuestros buenos deseos tan sinceros, que más que ninguna otra cosa sentiríamos ser acusados de parciales. Uno de los grandes cargos que desde tiempo inmemorial viene dirigiéndose á la corporación que estudiamos, es que sin razón alguna se ha convertido en refugio de retrógados, incapaces de acoger ni desarrollar ninguna idea nueva; semejante afirmación es de todo punto descabellada y no puede ser hecha sino por aquellos que sólo consideren á cada individualidad por uno de los aspectos bajo que puede estudiarse: la maldecida política, que en nuestro país se mezcla á todo, no deja ver á los blancos que los negros pueden saber mucho de lo que allí hace falta, y los negros entienden que sólo ellos tienen la verdadera receta. De aquí injusticias lamentables y errores de tal magnitud, que apenas se comprenden: la elección de don Emilio Castelar para el cargo de académico, fué celebrada en toda España como un progreso; al saberlo no faltó quien dijera, que la Academia se comenzaba á regenerar y que desde entonces entraba en buena vía; nosotros en semejante acto vimos sólo cobarde satisfacción que se daba á la opinión pública. Siempre saludaremos con el mayor respeto al orador sin par, gloria, no sólo de nuestra patria, sino de nuestro siglo, de quien tuvimos la honra de ser discípulo; nadie negará que en el manejo de la palabra humana ninguno puede aventajarle, y

que por ello, con más justicia que nadie, tiene ganado el epíteto de divino; sólo exageradas pasiones de que somos incapaces, pondrán en duda que es la mayor gloria de nuestra tribuna y de nuestra cátedra; pero nosotros, que para académico no creemos que sea necesario tanto, confesamos sin rebozo que á tan grande personalidad, digna de todas recompensas, acreedora á todos los elogios, le faltan condiciones para el puesto á que aludimos, y que sin trabajo podrán hallarse muchos, ajenos á la política, sin nombre y sin gloria, que sepan más gramática que él y tengan también más tiempo que dedicar á las tareas que allí deben realizarse. Castelar dentro de la Academia no es un elemento recomendable; no se debe ir allí á quedar cautivados siempre por la poderosa elocuencia del jefe del posibilismo; allí Castelar, más que otra cosa, es un argumento con que acallar las murmuraciones que despiertan la vista de una mayoría especial, que nunca disminuye. Tememos ser acusados de oscurantistas y paramos enseguida el golpe, oponiendo que si no podemos considerar como buen académico al gran Castelar mucho menos consideramos digno de serlo al P. Miguel Mir, de quien nadie sabe lo que hizo, ó de quien mejor es no recordar lo que ha hecho, literariamente se entiende. Si la Academia para iniciar el rezo ó prevenir muerte sin confesión, tenía necesidad de un sacerdote entre sus individuos de número, pudo, como vulgaramente se dice, matar dos pájaros con una pedrada, y dando el ascenso inmediato al respetable académico correspondiente R. P. Fidel Fita, también de la Compañía de Jesús, tener al par que un dignísimo sacerdote, un filólogo de reputación europea, que había prestado ya á la Academia Española grandes servicios como individuo de la Comisión de Etimologías. Oponer que no escribe el castellano con la pureza que el autor del Quijote, que no maneja el idioma con la fijeza que algunos modernos, es asegurar que cuantos allí entran escriben bien, lo cual dista mucho de la verdad; es aseverar que la única y exclusiva condición de hablista tiene señaladísimo mérito en quien no habiendo hecho en su vida más que cultivarla, no sirve para otra cosa, ó que el estilo deba decidir de todo lo demás, para ser uno de los treinta y seis.

La Academia buscó, y tuvo la fortuna de hallar, un arabista distinguido, que indicara los elementos que restaron en nuestro idioma del hablado por los sectarios de Mahoma, dominadores durante mucho tiempo en la mayor y más hermosa parte de nuestro suelo: justo nos parece que hubiera hecho lo mismo para prevenir errores que podían originarse por ignorancia de las demás lenguas que dieron no escaso contingente á la nuestra.

Si á los dialectos que aún viven en nuestro país, se quiso dar la importancia que realmente tienen, ya por la riquísima literatura que en ellos hay, ya porque son lazos de unión con formas primitivas de nuestro lenguaje, la docta corporación debió estar atenta á quién llamaba á su seno y no dejarse deslumbrar. Si el amor al terruño ó apego á costumbres de muchos años, son motivos para que permanezcan en provincias hombres que sienten odio á la corte, donde tanto se cultivan las ambiciones de los necios, no es razón para que se les dé al olvido, y pudo muy bien la Academia en vez de dar plaza á una nulidad (filológicamente hablando), hacer entrar, como correspondiente al menos, á una gloria patria, y ni aun esto quisieron: sin tener inconveniente en que por puerta falsa entrara Balaguer, cerraron la principal á catalanistas tan distinguidos como Rubió, Aguiló, Bofarull y algunos otros, nutridos en las grandes enseñanzas de aquel Milá y Fontanalls que tanto se conoce en el extranjero, cuanto olvidado se tiene ya en España.

Dejando á un lado ya cuestiones personales que pueden dar lugar á dudas que nos ofenderían, por ser fácil suponerlas hijas de rencores que no sentimos, ni tenemos por qué abrigar, volviendo á lo que íntima y directamente se refiere al Diccionario, que es nuestro exclusivo objeto, diremos que de la misma manera que en algunas ediciones anteriores lo más digno de llamar la atención eran las graciosísimas equivalencias latinas, hechas al parecer por médicos de aquellos que recorrían su clientela montados en mulas con gualdrapas, y boticarios ignorantes de lo que era química, en la última edición lo que más alborozan son las etimologías puestas á gran número de palabras, pues si bien es cierto que analizadas dejan mucho

que desear, no lo es menos que con ellas ha ganado grandemente la estética del libro.

Ignoramos á quién se debe la propuesta para la innovación de que hablamos, mas es lo cierto que bien poco tienen que agradecerle sus compañeros, á juzgar por los resultados conseguidos. Si el trabajo se hubiera realizado como se debía, el fin hubiera coronado la obra; pero en la forma que se llevó á cabo no podía resultar más que lo conseguido, máxime cuando debe tenerse en cuenta el inútil material de que podía disponerse. Para que un diccionario etimológico reúna las condiciones necesariamente indispensables á los de su clase, para que no resulte una obra empírica, en que las etimologías corran parejas con las de Covarruvias en su *Tesoro* (1) ó con las de Voragine en la *Leyenda dorada* (2), es menester que sea precedido de un Diccionario histórico de la lengua: faltando este fiel indicador del punto de partida que tuvo cada palabra, los errores no pueden menos que aglomerarse, y á la falta que señalamos se deben gran parte de los del mismo Diez, que en una ocasión, académico que no puede leerlo, se mostró orgulloso de conocer. Sin este principalísimo elemento, base de la tarea etimológica, la Academia no debió emprenderla nunca: pensándolo bien, fácilmente habría comprendido la imposibilidad de llegar á la cúspide sin recorrer la cuesta: y cuando se tiene cierta edad, en este mundo son pocos los que ignoran que el proceder á saltos no puede menos que

---

(1) Como ejemplo de las etimologías de COVARRUVIAS, citaremos la de *Perro* en que dice:—«La etimología de perro declararemos por una pregunta que se suele hacer en las aldeas. ¿Por qué el perro cuando se quiere echar da vueltas á la redonda? Respóndese por vía de pasatiempo que anda á buscar la cabecera. El perro es de naturaleza muy seca, y para echarse recogido no puede doblar el espinazo de golpe, y así á cada vuelta que da, dobla un poco, hasta que á su parecer está para poderse echar recogido, y por esta su calidad ignea se llamó perro de *pir puros ignis*.

(2) No menos graciosas que las de COVARRUVIAS, son las de VORAGINE en su *Leyenda aurea*, donde explicando nombres de santos las hace como siguen: *Silvester* de *Sile*, que quiere decir luz y *terra*, como si dijéramos *luz de la tierra*. *Remigius* de *Remi*, que quiere decir *pacens* y *Geo*, que quiere decir tierra, como si dijéramos *apacentando á los habitantes de la tierra*. *Macharius*, de *Macha*, que significa espíritu.

causar efectos contraproducentes. Á la falta señalada, se une, por lo que al Diccionario toca, una bastante mayor, y es que gran número de definiciones que se vienen repitiendo, están hechas tan á la ligera, con una falta tan grande á la autoridad que se invoca, que la cosa definida no se entiende muchas veces, y otras es todo lo contrario de lo que se dijo; de modo que estudiándolas para hacer la etimología puede incurrirse en errores de gran trascendencia, muy semejantes á los que por defecto de lectura y vicios de impresión cometió Dozy, al querer hallar procedencia árabe para varias palabras de la crónica de Muntaner (11). Á esto debe sumarse lo reducido del número de los académicos que podían entender de esta materia, y el escaso tiempo que cada uno de ellos podía dedicarle.

Con todo esto puede afirmarse desde luego que el resultado no podía ser satisfactorio, y como si estos inconvenientes fueran pocos, hay que añadir uno que no deja ni puede dejar de tener grandísima importancia. La Biblioteca de la Academia

---

(11) El pasaje de la Crónica de EN RAMON MUNTANER á que nos referimos, tal como se encuentra en el cap. CCLXIV, al recto del folio 220 de la ed. Mey, Valencia, 1558, es el siguiente: *E com yo fuy deuaillat de la galea yo feu treer dos bales de tapits en terra, qui eren de Tripol, e ANIBLES e ARDIENS e ALMAXIES e ALQUINALS e MACTANS e JUCIES e daltres joyes.* DOZY supuso árabes las palabras que subrayamos, diciendo que *Anifles* era la palabra árabe *nible* precedida del artículo con que formaba *Anifle*, *Anible* por la fácil permutación que se hace en catalán de la b y la f, y cuyo término significa un regalo, en general. En *Ardiens* vió la palabra *Ardia* (derivándola del plural árabe) un manto. *Almaxia* dijo ser el árabe *almagchiych*, que según declara falta en los diccionarios, pero hay derivadas otras que significan tegumentum, velum. *Alquinal* lo ha conservado el castellano. *Mactan* es el árabe *mactan*, que significa pieza de tela, y para *Jucies* proponía el ar. *cheschiyah*. Dadas estas explicaciones, el pasaje debía leerse así: —Cuando desembarqué de la galera, hice llevar á tierra dos balas de tapete que venían de Tripoli, hermosos regalos, mantos preciosos, pañuelos que se ponen en la cabeza, piezas de tela y otros presentes.

No pareció ni podía parecer satisfactoria esta explicación á M. DUBEUX, quien desde luego probó la poca fe que merecía la ed. Mey en que tanto abundan los errores: hizo notar lo sobrio que Muntaner era en el empleo de términos arábigos, de los que muy pocos se hallan en catalán, y entrando á impugnar las palabras que Dozy supuso árabes, llama la atención acerca de *Anibles* traducido por regalos, cuando todo el presente lo era, y no había por qué in-

puede considerarse ochenta años atrasada, en lo que se refiere á obras que pueden servir para hacer un trabajo filológico según lo exigen los adelantos modernos: una primera edición del Diccionario etimológico de las lenguas romanas de Diez (en alemán), la traducción francesa de la Gramática comparada de Bopp, el Diccionario de la lengua francesa de Littré y el Diccionario universal de Larousse, era cuanto allí se hallaba de la ciencia moderna: Pott, Grimm, Dieffembach, Regnaud, Perrot, Benfey, Monier, Windisch, Owen y tantos otros como son poderosísimos auxiliares para investigaciones de este género, á que puede decirse se fué más por capricho que por convicción, no eran conocidos allí, y sin duda porque casi todos son protestantes se les negaba la entrada: sin esta razón, no acertamos con otra que explique por qué para una obra como la que se emprendió, se escatimaban tanto los medios auxiliares.

Hechas estas observaciones, que á nuestro modo de ver eran de todo punto necesarias, pasando á ocuparnos en la

---

currir en la redundancia. Después de impugnar la transcripción, termina afirmando que en dicho término debe leerse *mobles*—*muebles*. Con respecto á *Ardiens*, probó que las palabras árabes que existen en catalán son todas formadas del singular, y que en esta no había tal arabismo, sino una falta, por la que en vez de *arnesos* se había leído *ardiens*. Pasa por las palabras *almaxia* y *alquinal*, si bien no conformándose con la significación de la primera. En *mactan* debe leerse *mantel*, muy empleada por Muntaner, y, por último, *Jucies* en que tanto fantaseó Dozy, no es más que el catalán *jaccins*, jacinto (piedra preciosa), término que armoniza perfectamente con el último del período, en cuestión, *e daltres joyes*. El párrafo, según M. Dubeux, debe leerse así:—«Cuando baje de la galera hice llevar á tierra dos balas de tapetes de Trípoli, muebles, harnesses, vestidos interiores, tocados de mujer, mantos de ceremonia, jacintos y otras piedras preciosas.» Esta lectura, mucho más natural, debía haber llamado la atención para hacer las oportunas modificaciones en el texto, previo estudio de los manuscritos; pero nadie se ha inquietado y los términos se vienen repitiendo hasta estar perfectamente de acuerdo con la ed. Mey la que se publicó en el vol. VIII de la *Bibliothek des litterarischen Vereins in Stuttgart*, 1844, á cargo de SANZ. Como prueba de malas lecturas y de lo que podía ocurrir, queriendo hacer estudios filológicos sobre textos corrompidos, recuérdese bien el *Mujer y Cuerno* que se leía en Quevedo en vez de *Magüer* y *Cuemo*, que había de tener uno de los pocos libros que formaban la biblioteca de un abogado de su tiempo.

parte etimológica añadida en la última edición del Diccionario, hallamos en ella cuanto puede apetecerse en un trabajo que quiera calificarse impropio de gente seria: lenguas raras é idiomas que no lo son, lastimosísimas confusiones, latín que no se halla en parte alguna, errores trascendentales en derivaciones, improvisaciones risibles y cuanto en una palabra puede hacer creer que se procedió jugando.

El fondo común de nuestra lengua es el latín, pero no la lengua arcaica que ya en los primeros siglos de nuestra era, como ocurre ahora con el alemán del ciclo épico, exigía un particular estudio por parte de los mismos romanos; no el latín del canto de los Aroales y Salios, ni la lengua ruda de las Doce Tablas, reveladora de un período de fuerza fotografiado en el *ita ius esto*, sino el latín pulido de una parte por influencias griegas, adulterado por utilizaciones que hizo de términos de otras lenguas á medida que las naciones conocidas entonces entraban en el tanto grande cuanto absorbente imperio romano. Hasta este punto el latín lo tenemos ya perfectamente catalogado; á más de los diccionarios generales existen vocabularios particulares de los más ameritados autores de aquella literatura, de modo que no es posible aventurar nada, ni lógico aceptar cosa alguna que no tenga autoridad expresa y formal. En buen número de casos la Academia ha dado esto al olvido y no pocas palabras de las que tendremos ocasión de presentar ejemplos, aparecen derivadas del latín; mas vano será cuanto se haga para comprobar la verdad; el latín de la Academia en las ocasiones á que nos referimos es suyo propio, no le debe nada á nadie; mas bueno será advertirle que no es peculiar de la moneda deber ser de cuño oficial para que no pase, y que con ella, como con otras muchas cosas, aquello que no es auténtico es falso y la Academia llama falsario á quien acostumbra hacer ó decir falsedades ó mentiras.

Cuando años después de la invasión de los bárbaros, el idioma del Lacio, en contacto con los de aquellos pueblos, sufrió la misma suerte que habían tenido muchos otros en épocas anteriores á causa de la conquista romana, la lengua latina propiamente hablando fué desapareciendo de entre las vivas: poco á poco los romanos necesitaron comentarios para

la inteligencia de sus autores, como después de la cautividad babilónica los hebreos sintieron necesidad de ellos para poder entender los libros santos. En vez de aquella harmoniosa y severa lengua en que Cicerón defendió á Deiotaro y confundió á Catilina; en vez del idioma en que el soberbio César escribió sus Comentarios, en que agranda al enemigo para resultar gigantesco, y de la lengua aquella en que Horacio y Virgilio habían dicho tanta dulce ternura, resultó una generalísima en que podían entenderse todos, es cierto, pero que no puede ser considerada como idioma, pues sólo es un fondo común que diariamente aumentaba ó disminuía, dado que cada cual era libre de poner ó quitar á su antojo. Aquello que para su distinción viene llamándose Bajo Latín y que la petulancia moderna hubiera bautizado con el archipomposo nombre de lengua universal, se perpetuó durante muchos siglos, muchos años aún después del aparecimiento y formación del romance, generador de las lenguas modernas, que puede decirse nacidas en un pantano que desecado al fin permite estudiarlas desde los esplendores de sus corolas, hasta las duras fibras de sus ya robustos tallos. Ocorre entonces una cosa bien particular, y es que de la misma manera que en la primera mitad de la Edad Media el bajo latín se formó con elementos de lenguas existentes desde hacía mucho tiempo, en el último período de aquella división histórica, adquirió más potente desarrollo con términos de las lenguas recién nacidas que se latinizaban caprichosamente: en las Capitulares y Cartularios, en las Constituciones y Fueros, en las Actas de los Concilios y Alocuciones á las ciudades, se encuentran palabras latinizadas que han bajado al fondo común en que se fundió todo el lenguaje, merced á la poderosa fuerza de la costumbre y por gracia de escribas y notarios. Estas verdades, olvidadas de puro sabidas, debió recordarlas la Academia, con lo que se hubiera ahorrado citar lo que llama Bajo Latín como origen de palabras castellanas. Ciertamente que haciendo un Diccionario histórico, las formas registradas por Du Cange serían un elemento explicador del paso de aquella palabra en el tiempo, pero jamás de su origen: de afirmar lo que la Academia ha supuesto con sobrada lijereza, esto es que el Bajo Latín es origen racional

de nuestra habla, era menester proceder lógicamente con todas, borrar las distinciones en absoluto y afirmar que nuestro idioma, lo mismo que sus congéneres, descendían del lenguaje culto de la Edad Media, pues si algunas palabras escapaban á esta ley, serían excepciones confirmadoras de la regla general.

El carácter monumental de la obra de Du Cange es innegable; á más de la paciencia benedictina que revela, hay en ella tal suma de conocimientos, tan gran acopio de autoridades, que cuando no da el hilo por donde seguramente llegar al ovillo, pone sobre el rastro ó indica la huella que debe seguirse para el descubrimiento de lo que se desea; mas para la obtención de semejantes resultados, no basta abrir el volumen y convencerse de que la palabra que se estudia está allí registrada; es necesario disponer de tiempo, leer el artículo completo, que muchas veces resulta largo y otras difuso, pero apurarlos bien. Si la Academia hubiera hecho esto, seguramente que la impropia determinación de Bajo Latín no la hubiera llevado á su Diccionario, y lo que es más aún, no hubiera ocurrido que palabras castellanas las hiciera derivar del lenguaje común á todos los cultos de aquella época, cosa que hizo y probaremos en la segunda parte de nuestro trabajo.

A. FERNÁNDEZ MERINO.

*(Se continuará.)*





# APUNTES

DE

## UN VIAJE POR ARGELIA Y TÚNEZ

---

*Continuación (1)*

V

### DE PASO POR CONSTANTINA

La dirección de nuestro viaje desde Argel á Túnez, hizo que nos detuviéramos en Constantina, proporcionando con esto algún descanso á nuestras fatigadas fuerzas, después de un viaje de 17 horas de tren, á contar desde Argel, de donde salimos á las cinco de la mañana del martes 8 de Noviembre. De regreso de nuestra expedición, hicimos también hincapié en Constantina, sirviéndome las impresiones recibidas en ambas ocasiones para estampar estas líneas.

Bajo dos conceptos es digna de llamar la atención esta capital de provincia de la Argelia, por su topografía y por su historia, por el sitio que ocupa y por los recuerdos que evoca; en ambos sentidos, y con relación á esas dos que se llaman formas de todo lo finito, espacio y tiempo, Constantina traspasa los lí-

---

(1) Véase la pág. 80 de este tomo.

mites de lo ordinario, de lo común, y aspira con justa razón á la categoría de lo extraordinario y excepcional.

Dos nombres ha llevado Constantina en correlación con esas ideas que me sirven de base para el presente artículo. Se la ha llamado Cirta en lo antiguo, palabra núnida, al parecer, que significa *peñasco*, habida razón á su posición topográfica; se la llamó después, y se la viene llamando hasta ahora, Constantina, para conmemorar la memoria del debelador de Majencio y pacificador de los cristianos, que restauró y embelleció ésta ya entonces celebérrima población.

Hállase Constantina, hoy como en edades remotísimas, edificada sobre un enorme peñasco, separado de las montañas circunvecinas por una hendidura en la firme roca, hendidura ó barranco por donde circula, ora mansa y silenciosa, ora rápida é impetuosa, la escasa dotación del Rumel. Discuten los geólogos sobre el origen y proceso de este fenómeno terráqueo, cómo una escasa cantidad de agua se ha abierto paso y formado cauce profundo entre las fractuosidades de la dura peña: para nuestro objeto, basta solamente con citar el hecho, y añadir que estas son las murallas que rodean casi por completo la ciudad, murallas de precipicios pavorosos é inaccesibles alturas.

Colocados en los bordes de alguno de estos espantosos abismos, ya sea desde las balaustradas de El-Kantara (puente que pone en comunicación la estación del ferrocarril con la ciudad), ya desde cualquiera de sus alrededores, á excepción de una pequeña parte, el horror que se experimenta obliga á retirarse de allí con presteza. Pero si puestos á una *respectable distancia* esparcimos la vista á la parte llana, y nos fijamos en los caminos que semejan á dilatadas serpientes que se retuercen formando blancos zig-zags, por donde caminan carruajes y caballerías que se parecen á juguetes de niños; si miramos aquellos planteles de pinos que aparecen como tallos ténues de verde alfalfa, las corrientes de agua que se presentan á la vista como hilos relucientes en el fondo de un horizonte límpido; si advertimos desde estas alturas, que alcanzan en algunos puntos hasta 700 metros, las bandadas de cuervos, vencejos y alcotanes volando por debajo de nuestro nivel, nos

admirará la posición de Constantina, y nos daremos cuenta y razón de las entusiastas y atrevidas imágenes de que se han valido algunos autores para describirla. El Bekri la llama ciudad aérea ó del barranco (*belad-el hawa*). El Abdery, ya citado, dice hablando de Constantina: «Como un brazalete que cerca el brazo, el río, rugiendo en el fondo de un barranco (abierto á piqueta), rodea la roca que la sostiene, y la defiende como los montes escarpados protegen el nido del cuervo.» Y aludiendo á la posición estratégica de Constantina, había dicho mucho antes Salustio en su libro de la guerra de Yugurta, cap. 25. «*Neque propter naturam loci, Cirtam armis expugnare poterat Jugurtha.*» Tampoco Yugurta podía tomar á Cirta con las armas, á causa de la naturaleza del lugar que ocupa (1).

Tal es Constantina en el espacio; veámosla ahora en el tiempo en alguno de los rasgos salientes de su historia y en el carácter general de sus antigüedades.

Así como son recónditos y abstrusos los fundamentos físicos de Constantina, tal aparecen también sus fundamentos históricos, sus primeros orígenes. En tiempos remotísimos y en la historia de los Númidas, aparece, como hemos dicho, con el nombre de *Cirta*, siendo objeto codiciado de opresores y tiranos. Después, en pleno período histórico, se nos presenta como corte de los conocidos Syphax, Massinissa, Micipsa, Adherbal, etc., nombres todos que nos recuerdan la encarnizada lucha entre cartagineses y romanos y las alianzas que cada uno de los contendientes buscaba con alguno de estos príncipes númidas (2). Nombrada capital de la provincia de Numidia, fué luego erigida en colonia por Julio César y restaurada y embellecida, á principios del siglo IV, por Constantino, de quien tomó su denominación actual. Esta es la época más significada y la que ha dejado mayores vestigios en la

---

(1) No podría decir otro tanto Salustio de las armas francesas en nuestros días, como luego diremos.

(2) Sabido es que Cartago se alió con Massinissa, quien vino á España con un grueso ejército, y derrotó al ejército romano que mandaban los dos hermanos Cneo y Publio Scipión con muerte de ambos jefes.

historia de Constantina. En todas partes se descubren en Constantina restos de la dominación romana. Ya sean las obras de la Casba, destinada hoy á cuartel y ciudadela donde se admiran aún hoy las grandes cisternas romanas, ya sean las trazas, ó noticias indubitables, de los puentes lanzados sobre el Rumel, uno de los cuales permanecía todavía en parte en 1857, ya también los restos de acueducto romano que se conservan muy cerca de la población, consistentes en cinco grandes arcadas de piedra de sillería, ya por fin los numerosos vestigios del arte romano y las innumerables inscripciones que se han descubierto y descubren todavía (1), todo persuade la capital importancia que alcanzó en este período de su historia la presente ciudad de que tratamos.

Ni la entrada de los árabes en Constantina, ni el período de revueltas que la siguió, ni el definitivo establecimiento de la dominación turca hasta la ocupación francesa, merecen que nos ocupemos de ello en detalle, pues no nos proponemos escribir la historia de esta población; en cuanto á la dominación turca especialmente, que se extiende desde 1567 á 1837, la historia no consigna sino una serie de vejaciones, rapacidades y atropellos de parte de los *beys* que rigieron sus destinos, y que encontraban con frecuencia el correctivo de sus desmanes en la revocación ó en el destierro, cuando no eran víctimas del tumulto revolucionario ó morían estrangulados de orden del pachá de Argel á quien estaban subordinados.

Hay, sin embargo, un monumento y un personaje turcos que merecen les dediquemos cuatro palabras: este monumento es el llamado palacio de Constantina, y el personaje es el Jach Ajmed, último de los *beys* de Constantina y autor del citado palacio. Poco tiempo estuvimos en él, lo suficiente, sin embargo, para que nos llamara la atención y nos admirara á veces aquella obra de relativa magnificencia y buen gusto entre las construcciones indígenas. «Figuráos, dice un escritor que le visitó

---

(1) Cherbonneau, el notable arabista y autor de la *Historia de Constantina*, dice que hay dos Constantinas; una á flor de tierra, que se conoce y se admira; otra soterrada é incógnita, acaso más digna de admiración que la primera.

apenas concluído, figuráos una deliciosa decoración de ópera, toda de mármol blanco y de colores los más vivos, de un tinte alegre, gracioso, con aguas por todas partes que caen de fuentes sombreadas por naranjos, mirtos, etc., en fin, un sueño de las Mil y una noches.»

Pero no es sólo su arquitectura, ya descrita en general al tratar de la casa morisca de Argel, ni los ricos materiales de construcción, ni sus toscas pinturas (1), lo importante en este edificio; es más notable todavía su historia, si bien reciente, los recuerdos que evoca cada una de sus partes, recuerdos tristes, nefandos, abominables en su mayor parte (2).

Fué el Jach Ajmed, como hemos dicho, el último de los *bey*s de Constantina. Allá por los años de 1826, cuando fué nombrado *bey*, y de resultas de su peregrinación á la Meca, donde pudo observar la magnificencia desplegada en las edificaciones orientales, pensó él también en proporcionarse un palacio suntuoso. No necesitó más para poner en vías de realización su pensamiento. Ni calculó los gastos que ocasionaría tal obra, ni los escasos medios con que contaba para sufragarlos.

Persuadido de aquel antiguo adagio *quod placuit regi, legis habet vigorem*, no se paró en barras su voluntad soberana para dar cima á su costosa empresa. ¿Se necesita expropiar para ensanchar el local donde habrá de emplazarse el edificio? Pues se expropia de grado ó por fuerza (3). ¿Se necesitan obreros *baratos* para el transporte de los materiales venidos del extranjero? Pues su despotismo los encuentra de balde en

---

(1) Dícese que son obra de un pobre hombre condenado á muerte, á quien se le prometió la vida á trueque de pintar aquellos muros, desconociendo por completo el arte de los colores.

(2) M. Feraud, intérprete militar, publicó en 1867 un folleto con el título *Le palais de Constantine*, donde se hace la descripción é historia minuciosas de este monumento.

(3) Como una pobre vieja no quisiera deshacerse de la casa de sus antepasados, la encerró en una cárcel, la maltrató y después de arrancarle el consentimiento de venta por estos medios, todavía la mandó al destierro, donde murió.

sus súbditos indefensos, á quienes el temor del castigo induce á obedecer como bestias de carga.

No se libraron, sin embargo, tantas arbitrariedades de enérgica protesta. Los dueños de los inmuebles contra su voluntad expropiados, y aquéllos de sus súbditos que por abuso de autoridad se vieron obligados á trabajar en el acarreo de materiales, elevaron ante el pachá de Argel una razonada protesta. El bey Ajmed procuró escusarse apelando á medios indecorosos y faltando á la verdad, y aunque se logró por de pronto que las obras del palacio no siguieran adelante, juró vengarse con creces de aquella actitud de sus súbditos, si hallaba algún día ocasión para ello. Este día se presentó, en efecto, cuando por la conquista de los franceses en Argel (1830) llegó á sustraerse de la dependencia del pachá y á gobernar con independencia. Entonces es cuando creyéndose por una parte dueño absoluto, no sólo de la propiedad, sino aun de las personas de sus súbditos, y dispuesto por otra á vengarse de las que él estimaba ofensas recibidas, empieza aquella conducta atrozmente cruel, que recuerda más de una vez los excesos de la familia Claudia. Veintiocho casas, cuatro tiendas y un taller fueron demolidos sin escrúpulo, para dar ensanche á sus construcciones.

En 1835 el palacio estaba construído: faltábale solamente poblar de seres desgraciados aquella indispensable dependencia de los palacios musulmanes, el serrallo. Nada más repugnante que las osadías de este mónstruo con tal objeto. La compra hecha por el bey en persona, el rapto, ya por medios insidiosos, ya con abierta violencia (1), todos fueron medios aceptados como buenos por aquél cuya crueldad superaba á su insensata estupidez, llegando á contar por centenares el número de aquellas esclavas del peor género de esclavitud. Los

---

(1) Cuenta M. Feraud, que habiendo visto el bey en sus paseos á una linda jovencita de diez años de edad, mandó se llevase á su palacio; cumplida su orden, y como la infeliz criatura ofreciese porfiada resistencia á sus brutales instintos, el mismo bey la mutiló de una manera atroz. Al día siguiente sus servidores retiraban un cadáver.

franceses, á su entrada en Constantina, encontraron *trescientas ochenta y cinco*, aparte de sus cuatro mujeres legítimas.

El horror que debían excitar entre las gentes de Constantina estas cínicas fechorías, apenas dejan comprender que un tal mónstruo se llegara á sostener en su puesto por poco que fuera el tiempo que lo disfrutó (1); pero subirá de punto nuestra admiración si mentamos por encima alguna de las escenas sangrientas de que eran teatro las inmundas guaridas de su harem.

Una de sus concubinas, la hermosa Aixa, tenía un hermano que al saber el paradero de su hermana se propuso verla. Nada más se necesitó para que incurriera en las iras del bey y por fin se le quitase la vida.

Tres negras que, según sus noticias, llegaron á desear su muerte, las hizo atar en su presencia, y tirando con su sable, las hizo literalmente pedazos.

Zohra fué precipitada de lo alto de uno de los abismos de la Casba (cerca de 700 metros), por haber enamorado á un cierto Jusein, á quien quería el bey para marido de su hija.

Por coger una naranja una de estas mujeres, quedó su mano clavada en el árbol.

Por una mascarada en que se remedaban sus actitudes, es degollada la protagonista de la fiesta; y así pudieran citarse muchas otras, como lo hace el ya citado M. Feraud. Ni aun su propia madre logró escapar á sus iras de energúmeno.

Parece natural, en vista de tantos excesos, que sus gentes prefiriesen la dominación de la Francia, que por entonces llamaba á sus puertas, á soportar el inicuo yugo de tanta crueldad. Pero es tan grande entre los musulmanes, dice Cherbonneau, el horror al nombre cristiano, que él vió aún á las víctimas de su tiranía defender con encarnizamiento su bandera.

Y en efecto, dos veces se presentó el ejército francés ante los muros de Constantina, y en ambas tuvo que sufrir numerosas y sensibles pérdidas. En la primera, 21 de Julio de 1835, las tropas francesas, situadas al E. y O. de la población, in-

---

(1) Sólo dos años mediaron desde la conclusión de las obras del palacio hasta la entrada de los franceses.

tentaron el asalto por el puente (El-Kantara); pero el enemigo estaba bien prevenido, y el ejército francés tuvo que batirse en retirada. La Francia no quiso permanecer mucho tiempo bajo el peso de este fracaso; así que el general Damremont, con un cuerpo expedicionario de 10.000 hombres, recibió nueva orden de apoderarse de Constantina.

El 6 de Octubre de 1837, llegaba la armada delante de Constantina. El estado de la población lo describe uno de los combatientes M. Pelissier, en los siguientes términos: «Constantina se presentaba, como el año pasado, hostil y decidida á una resistencia enérgica: innumerables estandartes rojos agitábanse orgullosamente en los aires; las mujeres, en lo alto de las casas daban gritos agudos, á los cuales respondían los defensores de la plaza. Pronto el sonido grave del cañón vino á mezclarse con el ruido de estas criaturas humanas, y numerosos proyectiles cayeron en medio de los grupos que se presentaban al lado del barranco, por el cual Constantina está separada del Mansura.» Habiendo dispuesto el ataque el general Damremont, mandaba á los sitiados las intimaciones de costumbre: el emisario anunciaba poco después, de parte de los sitiados, la contestación en estos términos: «que no sería dueño de la ciudad sino después de haber degollado hasta el último de sus defensores.» Poco después, comenzado el ataque, cuando Damremont se disponía á visitar la brecha de Kudiat-Aty, una bomba lanzada desde la plaza, venía á dejarle instantáneamente cadáver. Esto ocurría el 12 de Octubre; el 13, bajo el mando del lugarteniente general Valée, se verificaba el asalto, y poco después la ciudad caía en poder de los franceses. Entre tanto los sitiados, que estaban refugiados en la Casba, buscaban medio de huir; discurrieron entonces bajar con escaleras de cuerdas las alturas de la Casba; pero quiso la desgracia que en esta operación, no pudiendo resistir las cuerdas el peso de tantos como las asaltaban, se rompiesen en un momento determinado, yendo un considerable grupo de infelices á rodar por aquellos abismos sin fin.

La Francia ha honrado la memoria de los que entre sus súbditos perecieron en estos sangrientos combates: los restos de Damremont, Combes, Serigny y otros que sucumbieron

en estas jornadas, yacen en un túmulo levantado en la Casba: muchas de las calles de Constantina llevan también sus nombres: y á Damremont además se le ha erigido una robusta pirámide, en una de cuyas caras se lee la inscripción siguiente que traduzco: «Aquí fué muerto por una bomba, visitando la batería de brecha el 12 de Octubre de 1837, víspera de la toma de Constantina, el lugarteniente general Denys, conde de Damremont, Gobernador general, comandante en jefe de la armada francesa expedicionaria.» También al mariscal Valée que tomó á Constantina, se le ha levantado una estatua de bronce en medio de la plaza que lleva su nombre.

Tal es Constantina en lo que se refiere á su posición topográfica y en lo que atañe á alguno de los principales rasgos de su historia. Nada, por lo demás, ofrece de particular y digno de mención que no le sea común á las demás capitales africanas de que he hablado. Sus calles, edificadas á la europea en su parte alta, y las otras tortuosas, estrechas y sucias en las inmediaciones del Rumel, separadas por la calle Nacional; sus mezquitas por el estilo de las que llevamos descritas, su iglesia catedral, pequeña mezquita modificada según las exigencias del culto católico, su mercado cubierto, sus hospitales civil y militar, de todo esto hago gracia á mis lectores por no fatigarles con descripciones de cosas perfectamente conocidas ó con anterioridad descritas.

En los alrededores de Constantina casi el único paseo que merece mencionarse, es el que se hace á las cascadas de Sidi-Meçid. Después de rodear el Rumel la población casi por completo, se precipita en vistosas cascadas de algunos metros de altura en medio de un paisaje pintoresco en sumo grado. Cuando el caudal de sus aguas es insignificante, como en tiempo de nuestra visita, se puede avanzar por una senda á orillas de su cauce de peña dura, y á poco se encuentran dos grandes bóvedas naturales que forman los lados opuestos del río. Las alturas de aquellos enormes peñascos que en formas raras y caprichosas se ciernen en lo alto y que parecen amenazar con su desprendimiento al átomo insignificante que las contempla, es uno de los espectáculos más grandiosos que ofrece naturaleza en los países que hemos recorrido.

Termino el presente artículo con el relato de un lazo burdo que se nos tendió en Constantina para que cayésemos en él impelidos por la codicia. Habíamos cierto día concluído de almorzar, y salíamos por las afueras de la población á dar nuestro acostumbrado paseo; de pronto, se nos presenta un moro (ó al menos, como tal vestía) y enseñándonos una moneda de plata de dos francos, nos preguntaba en buen francés si era ó no falsa; mi compañero, después de examinarla, le contestó que buena, pero todavía estábamos con éstas, cuando aparecen cerca de nosotros otros dos, uno vestido de moro y hablando francés, y otro con traje á la europea y hablando perfectamente el español. Los dos moros, ó lo que fuesen, empiezan á jugar ó á simular que jugaban á un juego tan sencillo como que consistía en tres cáscaras de nuez y una bolita negra que se ocultaba bajo aquéllas y debía adivinarse en cada jugada bajo cual de las cáscaras se hallaba. Conocimos desde luego el timo, y á las repetidas instancias de aquéllos para que jugásemos, decía yo para mi capote:—*Eres moro, y no te creo.*

FRANCISCO PONS.

(*Se continuará.*)





## CARTAS DE PARÍS

---

*Sr. Director de la REVISTA CONTEMPORÁNEA.*

*París, 8 de Abril de 1888.*

**M**I querido Director: Si ahora vuelvo á la forma epistolar, cuando por mis dos últimos artículos parecía haberla abandonado, es por la razón sencilla de que deseo confiarle á V. una noticia que me importa llegue á conocimiento del público. Es ello, que, cansado, desanimado, en el momento de desaliento que muy acertadamente ha señalado D. Fernando Araujo, en su estimable trabajo, que tal vez conteste más adelante, le ofrezco á usted mi dimisión y le pido ilimitada é incondicional licencia para no escribirle hasta que, terminada la novela que estoy escribiendo, se me ocurra contarle á V. algo interesante. Y se me antoja que lo sepa el público, para que no se figure que me he muerto y crea luego que resucito. Pero antes de abandonar la pluma periodística, me permitirá V. que cumpla con el contraído compromiso de decir dos palabras acerca de la BIBLIOTECA ÚTIL, editada por la casa FÉLIX ALCAN; compromiso contraído con el librero, en primer lugar, pues es mi amigo, y en segundo punto con mi conciencia, ya que considero deber ineludible señalar las obras importantes que son dignas de calurosa recomendación.

Y lo es esta *Biblioteca útil*, que consta al presente de no-

venta y seis tomos, y por su texto y baratura contribuye poderosamente á elevar el nivel de la instrucción pública, punto para mí el más atendible en el desarrollo de las sociedades. La parte material de esta colección es excelente. Los volúmenes en 18° y de 192 páginas, tirados en papel decente, impresos con claridad, y figuras explicativas los que lo exigen, corregidos esmeradamente, lo que es siempre necesario, y más en este género de obras técnicas, cuestan *sesenta céntimos*, y un franco si se quieren encartonadas á la inglesa, lo que es preferible, pues por su tamaño y grosor, convidan á meterse uno en el bolsillo y marcharse á leerlo debajo de un árbol. Así, por el precio de noventa y seis francos, que aquí pueden desembolsarse poco á poco, á razón de cinco francos mensuales, cualquiera, un obrero, un mozo de almacén, un hortera, la gente más pobre,—tratándose de solteros, que los casados pobres y con hijos no pueden á menudo comprar más que pan,—están en situación de procurarse una biblioteca, que es una verdadera enciclopedia, y tener á mano el conjunto de conocimientos que son hoy indispensables á todo buen ciudadano.

Concebidas en sentido democrático, las obras que la componen son todas ellas inéditas, y están escritas en lenguaje usual, aunque sin desmerecer el estilo del asunto tratado. No son libros de vulgarización á la manera de las aborrecibles novelas científicas de Julio Verne, sino compendios hábilmente expuestos de todos los ramos del saber humano. Claro, que no saldrá de ellos el lector un historiador, ó un químico ó un geómetra; pero sí saldrá sabiendo algo,—y aun mucho,—que le permitirá no quedarse como un tonto al oír hablar de ciertas especies poco sabidas, y no decir disparates como muchos padres, cuando sus chiquitines, en su afán de aprender, les hacen una pregunta. La utilidad de esta biblioteca estriba en eso, en que se dirige á todos los que no saben y tienen ansia de saber, y en que todos pueden hallar en ella lo que necesitan. Una ojeada á las materias que lo forman, nos lo va á probar sin necesidad de insistir.

Desde que nacemos, inconscientemente y por instinto, como todas las manifestaciones de la vida infantil, levantamos los ojos á los cielos; más adelante, directa ó indirectamente,

estamos de continuo ocupándonos de él, pero rara vez se nos ocurre estudiar de qué se compone esa vaporosa y flotante gasa azulada, qué son los astros que la dibujan é iluminan; y no se nos ocurre, por la arraigada idea de que es asunto difícil, y sobre todo cansado é insípido. No es sino todo lo contrario, y no se da lectura más interesante cuando nos presentan este alimento intelectual á la altura de nuestra comprensión. Las *nociones de Astronomía*, de Catalán, responden á esta exigencia, y cuando, mediante sus explicaciones claras y sucintas, hemos atesorado los datos necesarios, la excursión *A través de los cielos* que hacemos con Amigues, es deliciosa por la novedad y belleza de las regiones que visitamos. El Padre Secchi, Wolf, Briot y Delaunay nos describen el *Sol, las estrellas y los cometas*, y los reputados Zurcher y Margollé los *Fenómenos celestes*, tan poco conocidos cuan admirables. Podemos reposar el ánimo leyendo á seguida los *Coloquios de Fontenelle*, extractados por Boillot, y seguir con el *Origen y fin de los mundos*, de Richard, que sólo entonces revisaremos con provecho. Antes de dejar las alturas convendrá conocer todos los elementos que por ella vagan, y se verán en los *Fenómenos de la atmósfera*, del ya nombrado Zurcher, que en tratándose de ciencia hay que nombrar á menudo, y en la *Historia del aire*, de Lévy, que preparará á la seductora obra de Dallet *La navegación aérea*.

La *Biblioteca útil* no está clasificada todavía, no estando concluída, y la clasificación que expongo aquí en favor de los que no sepan por dónde comenzar, cómo dirigir sus lecturas para que el resultado les sea realmente útil, indica la marcha que he seguido yo mismo; pues sepa V., Director amigo, que he hecho con este centenar de tomos lo mismo que hago con uno solo, leerlos antes de recomendarlos: lo que explica que haga dos años y meses que el editor está esperando mi artículo. Al corriente de las cosas celestes, aconsejo al estudioso se zampe las *Primeras nociones sobre las ciencias*, de Huxley, viniendo luego al estudio de lo más importante para nosotros, conocer la casa en que vivimos y en la que hemos de dormir el sueño sin despertar. Servirá de introducción la *Historia de la Tierra*, de Brothier, y entraremos en la morada con la

*Geología* y la *Geografía física*, de Geikie, que tal vez parecerán menos divertidas. Que no se desanime el lector ni lea de prisa, porque esta especie de molestia le va á servir para comprender la variada y pintoresca *Historia del Agua*, de Bouant, que le dejará sorprendido viendo el partido que saca el autor de asunto al parecer tan estéril. Los *Fenómenos del Mar*, de Margollé, serán más interesantes aún que los celestes, porque podemos presenciar muchos de ellos sin necesidad de instrumentos, sólo con nuestros ojos, y completarán este estudio los *Continentes y Océanos*, de Grove. Pasando después al agua dulce con los *Torrentes, ríos y canales de Francia*, de Blerzy, tendremos que limitarnos un tanto—y conviene aquí recordar que esta biblioteca se destina especialmente á los franceses, y emprender con Gaffarel el viaje de las *Fronteras de Francia*, y con Maigne una bajada á las *Minas de Francia y sus colonias*.

Como V. va observando, hemos aprendido ya muchas cosas; pero ¿qué son, comparadas con las que nos quedan por aprender? Felizmente, el afán de saber sólo quiere empezar, lo mismo que el rascar, y á medida que se adelanta más sabroso nos parece todo. Estamos ahora al cabo de lo que es el cielo y la tierra, el aire y el mar, y vamos á trabar relaciones agradabilísimas con sus moradores abriendo la *Zoología General* de Beauregard, que nos informará de la vida y costumbres de los animales. El polaco Zaborowski, nos encantará con sus *Migraciones de los animales*, y Jouan con la *Caza y pesca de los animales marinos*. Y hénos en lo moderno de la ciencia antropológica con los *Grandes Monos* del polaco citado, y el *Darwinismo* expuesto por Ferrière con tal exactitud y concisión, que su librito es una obra maestra. Bien sabe quien me lee, que nuestro planeta no ha sido siempre lo que es hoy, y seguramente deseará saber lo que fué, pidiendo á Zaborowski los *Mundos desaparecidos*, el *Hombre prehistórico* y el *Origen de las lenguas*, que encuentra aquí un lugar no del todo lógico pero el único que se le puede asignar en el estado actual de la Biblioteca.

Como no conviene quedarse, intelectualmente, encerrado en los límites de la parroquia donde nos bautizaron, que físicamen-

te tal vez sería un elemento de dicha, habiendo estudiado bien, tomaremos unos días de vacaciones, y recorreremos sucesivamente el *Asia occidental y el Egipto* con M. Ott, la *India y la China*, los *Pueblos del Asia europea*, los del *África y América* con Girard de Rialle, y, en fin, las *Islas del Pacífico* con Jouan, ya amigo nuestro. Reposemos de las correrías por luengas tierras, y repuestos del viaje, tornemos á aprender, que la vida es breve y sería triste morirse, sin saber siquiera un poquito de lo que hace soportable la existencia. Morand nos aguarda con su notable *Introducción al estudio de las ciencias físicas*, y... vamos á ver: ¿estaban VV. convencidos de que la química fuese ciencia tan curiosa que nos domina y vence? No, no digan VV. que sí; más vale ser sinceros que presuntuosos. Pues, bueno, cojan por su cuenta los *Principales hechos de la Química* de Sanson, y VV. verán. Cierto es que en este ramo todo son sorpresas, y que se queda uno atónito preguntándose cómo hay gentes que ignoran lo que... nosotros ignorábamos hace un instante. El *Telescopio y Microscopio* de Zurcher y Margollé, los *Coloquios sobre la Mecánica* de Brothier, la *Máquina de vapor* de Gossin, nos revelan tantos hechos curiosos, de los que ni remota idea teníamos, que parece aquello más divertido que libro de cuentos; deseamos conocer á los que inventaron tanto instrumento, tanta maquinaria, y Gastineau se encarga de satisfacernos, presentándonos los *Genios de la ciencia y de la industria*.

Pasando á otra clase de tareas muy apetitosas, pues en ellas estriba el bienestar común, debemos recorrer la *Agricultura francesa*, de Larbalétrier, y nos convenceremos de la verdad de Pero Grullo, que es la fuente de la riqueza pública, pero grullada que van olvidando muchos pueblos, tal vez por ser tan sabida. Siguiendo este orden de ideas, abriremos la *Economía política* de Jevons, el *Libre Cambio en Inglaterra*, de Mongredieu, y un libro precioso de Leneveux, el *Presupuesto del hogar*, que enseña la difícilísima virtud de la economía, sin privaciones, ni menos avaricia. Otra ciencia que de oídas reputamos pesada y antipática, nos parecerá muy bella y repleta de enseñanzas cuando Bertillón nos reseñe la *Estadística humana de Francia*. Y aquí, tal vez, los extranjeros que no piensen

fijarse nunca por estas tierras podrán dar un salto de tres tomos; los franceses no dejarán de leer la obra de Morin, *De la ley civil en Francia*; la *Justicia criminal en Francia*, de Jourdan, y el *París Municipal*, de Leneveux.

Este salto, que no aconsejo sin embargo, es el único. Todo lo demás conviene á todos, sea cualquiera su patria. Es punto que goza de poco crédito entre nosotros los españoles, que lo principal para pasarse sin médico es no estar enfermo, y para no estar enfermos lo indispensable es la *Higiene general*. El librito de M. Cruveilhier que así se titula, contiene cuantos preceptos son necesarios para evitar la enfermedad, ó sea *curarnos en salud*, pero sin drogas como hacen algunos, sólo atendiendo un poco á la manera de vestirnos, comer, habitar y conducirnos. Respecto de la comida, el *Diccionario de las falsificaciones*, de Dufour, nos pondrá en guardia contra los manjares y bebidas adulterados. Si con todo esto no conseguimos gozar de completa salud, Turk, sin cobrarnos honorario alguno, nos aleccionará con su *Medicina popular*, sobre lo que debe hacerse en las indisposiciones lijeras, y Broquère, más particularmente en la *Medicina de los accidentes*, que por amor al prójimo, ó á nuestra familia siquiera, deberíamos saber de memoria, ya que á veces un remedio aplicado á tiempo puede salvarnos la vida.

¿Ha estudiado V. filosofía, amigo mío?... Pero la pregunta es supérflua. Un hombre de su valer la ha estudiado sin duda. Yo también, aunque no valga nada; pero confieso que nunca con tal placer como cuando, venga de do viniere, la leo en francés. Es la verdadera lengua para este género de estudios, por la claridad ingénita que la distingue. Las más oscuras nebulosidades alemanas se convierten en clarísimos soles cuando se vierten á este idioma. De no haber estado convencido hace tiempo, lo estaría ahora, después de haber repasado—método excelente de gimnasia intelectual para no olvidar—la *Historia popular de la filosofía*, de Brothier, *Voltaire y Rousseau*, de Noel, la *Filosofía zoológica* de Meunier, y la *Filosofía positiva*, de Robinet. Mucho me ha gustado la *Fisiología del espíritu*, de Paulhan, pero el *Hombre es libre?* de Renard,—aunque no esté del todo conforme con la filosofía determinista que expo-

ne, es la obra más amena de forma y más atrevida de fondo que conozco en este ramo. Con la *Vida Eterna*, de Enfantin, el bien llamado, cerraremos la cátedra de filosofía é inauguraremos la de Historia.

Es muy rica la Biblioteca en obras históricas y cuenta con veintinueve tomos. La Historia antigua ha sido narrada por Combes en la *Grecia Antigua*, por Greighton en la *Historia romana*, en unión de Wilkins, que ha descrito las *Antigüedades romanas*, y por Bastide, que con sus *Luchas religiosas de los primeros siglos* sirve de transición. Naturalmente, la historia de Francia es la mejor servida. Bucher nos ha presentado á los *Merovingios* y á los *Carlovingios*, y Morin la *Francia de la Edad Media*, en un cuadrito lleno de color y exactitud. La popular epopeya de *Juana de Arc* —y suplico al corrector conserve la ortografía del nombre,—ha sido contada con emoción por Lock. Bastide nos pone al corriente de las terribles *Guerras de la Reforma*, y Boudois de las *Instituciones y Costumbres de Francia*, desde los orígenes hasta el siglo XVII, en un tomo, y de ese siglo hasta la Revolución en otro. No dejará de interesarle á V. y á nuestros paisanos la *Decadencia de la Monarquía francesa*, de Pelletán, que encierra provechosas lecciones. Carnot, nombre á propósito, ha escrito con suma conciencia la sublime tragedia la *Revolución francesa*, desde 1789 hasta 1804—dos tomos,—que completa la *Defensa Nacional en 1792*, de Gaffarel. Viniendo á nuestro siglo, hallamos la vida de *Napoleón I*, de Barni; la *Historia de la Restauración*, de Lock, y la *Historia de Luis Felipe*, que M. Zevort ha contado perfectamente. Dos libros particularizan más nuestros estudios—la *Historia de la Marina francesa*, de Doneaud, y el *León Gambetta*, de Reinach;—pero luego volvemos á generalizar con la *Europa Contemporánea*, de Boudois, y todas las naciones obtienen luego la parte á que son acreedoras. *España y Portugal*, con el libro de Raymond; la *Casa de Austria* con la *Historia* de Rolland; la *Revolución de Inglaterra* y las *Colonias inglesas* con los notables trabajos de Despois y Blerzy; muy fiel é imparcial resulta la *Historia contemporánea de Inglaterra*, de Regnard; la interesante *Historia contemporánea de Italia*, de HenneGuy,

y la de *Prusia*, de Doneaud, con la *Historia del Imperio otomano*, de Collas, terminan la serie de estudios históricos, dejándonos en el momento actual tan oscuro y preñado de amenazas para la paz del mundo.

Los otros tomos que completan la no completa *Biblioteca útil*, son de diversa índole y se podrían introducir en otros puntos; pero los menciono aquí por ser los últimos que he leído. Son: la *Educación*, del profundo Spencer, el *Patriotismo en la escuela*, de Jourdán, que revela la preocupación constante del pueblo francés, la lucha inevitable con Prusia, más pronto ó más tarde. La *Enseñanza profesional*, de Corbón, y el *Trabajo manual en Francia*, de Leneveux, así como los *Ocios del trabajo*, de Cristal, serían guías utilísimos á cuantos de pedagogía se ocupan en España, pues todo puede aplicarse en nuestra patria con ligeras modificaciones. Collier ha reunido con acierto los *Primeros principios de las Bellas Artes*, que son á manera de introducción á *El Arte y los Artistas en Francia*, por Pichat. Y para concluir, el *Diario*, por Hatin, la *Fotografía*, de Gossin, y las *Materias primeras*, de Genevoix.

No me hubiera sido posible dedicar un examen, ni sucinto, á cada uno de los noventa y seis tomos que acabo de citar, sin ocupar su atención de V. más de lo que mi consideración me permite. Soy así corto, pero sin duda la enumeración parecerá cansada; confío, empero, que el interés que por sí solos despiertan los títulos me valdrán el resultado que apetezco, y es, que algunos jóvenes estudiosos sigan mi consejo y adquieran esta enciclopedia, y la propaguen con toda su energía. Me parece tan necesario contribuir al desarrollo de la instrucción pública, si queremos que España haga papel más brillante en el siglo XX, del que en el XIX ha hecho, que considero deber de todo buen patricio hacer leer mucho, lo más posible. Los pueblos que compran libros, en los que el libro se vende, relativamente, tanto como el pan, poseen por esta manifestación, todos los elementos para elevarse y engrandecerse. Basta con echar una mirada á las naciones donde eso ocurre. Para dar mayor fuerza á mi palabra, añadiré, que esta biblioteca ha merecido el apoyo moral y material del Mi-

nisterio de Instrucción pública; de la Liga de la enseñanza para las bibliotecas populares; del Ministerio de la Guerra, para las militares, y de la Sociedad para la Instrucción elemental.

Antes de terminar, quisiera pagar otra deuda, y manifestarle á V. todo el interés y cariño que me inspira uno de los autores más noveles de la generación que comienza á brillar en las letras. Lo haré con brevedad, reservando para mejores tiempos un estudio completo, que tal vez nó es prudente hacer todavía, hasta que el autor á quien me refiero, y es Salvador Rueda, nos dé una obra de mayor aliento. Hoy por hoy, y en los cuadros de género, este joven es el único, entre los jóvenes, que tenga un temperamento de artista. Puede ponerse al lado de nuestros generales por la frescura del color, y posee un elemento que escasea, y es la gracia. La observación es minuciosa, exacta, y tiende á pintar lo más humilde, sea por amor, sea por sentimiento de poeta que adivina que en el pueblo está la perenne fuente de belleza artística. Lo mismo en verso que en prosa, fijan la mirada de Rueda detalles ínfimos para el vulgo, en los que el sér ordinario no repara siquiera, y que son, sin embargo, los que pintan, los que forman cuadro. Es fértil en imágenes nuevas, que nos sorprenden agradablemente por lo acertadas y fáciles, y este dón, que dimana de su personalísima manera de ver, es lo que más le aplaudo. Sin darse cuenta de ello tal vez, lleva en el fondo del alma horror invencible á lo convencional y rastrero, y cuando se encuentra delante de un hombre, de un paisaje, de un animal, de una planta, descubre al punto el lado nuevo, no diré inobservado, pues recordamos haber visto lo que nos indica, pero no dicho hasta él, como él lo dice. Y esta sencillísima cosa, que es la originalidad, no peca nunca en él de rebuscada ni amanerada; no quiere *ser original*, no se propone serlo, sino que lo es por disposición, porque tiene lo que ya dije, y no se adquiere con voluntad, diga Flaubert lo que guste, un temperamento artístico.

La misma originalidad observo en el estilo, que es elegante sin afectación, y en el que también son acogidas con cariño las palabras más humildes, siempre que sean las propias. Me han dicho que han llamado á Rueda «el Pereda andaluz», y

no me opongo, si hacemos una diferencia esencial que no destruye el símil; y es, que la característica de Pereda, en cuanto á estilo, es la fuerza, y la de Rueda es la gracia. Hay mucho más de femenino en Rueda—que es ante todo y por encima de todo un poeta,—que en Pereda, que siempre anda flojo cuando nos pinta el amor, por ser su ingenio más varonil y no poder expresar con verdad é intensidad ciertas ternuras, ciertas exageraciones pasionales, que de seguro no siente. Más justo me parecería comparar todos los cuadritos de Rueda, con los primeros cuadritos de Daudet, que asentaron su reputación, pues veo en unos y en otros las mismas cualidades; y el único defecto, un tanto de superficialidad, hija del suelo del Mediodía, y tan honda, que nunca se ha librado de ella por completo Daudet, ni aun en sus mejores y más intencionadas novelas. No maldigo de esa superficialidad, nótelo V., pues es el reverso de la gracia, que por sí sola basta para inmortalizar un libro, y los ejemplos abundan desde los griegos hasta el día, pero es lógico señalar el reverso al elogiar el anverso.

¿Será Rueda, como Daudet, capaz de darnos una novela acabada, sin que nos resulte una miniatura en un lienzo enorme para las proporciones de las figuras? No me gusta profetizar, pero creo que sí, ateniéndose á sosegar un poco la imaginación, que ve el asunto de modo grandioso, sin examinar luego si el cuadro le corresponde. El título de *Poema Nacional*, luminoso y hermosísimo, ha seducido al poeta. ¿Está seguro de que todo lo que para él ha escrito sea digno de ser conservado? Imagino que no. Y por esto creo, que la única enemiga que puede tener Rueda para hacer novela, y novela excelente, es la imaginación. Los años pueden ser de gran recurso para meter en costura á la locuela, y obligarla á servir á todas las buenas prendas de gran escritor, que Rueda disfruta, sin que ellas todas la sirvan á ella de vez en cuando.

Merece Rueda un estudio detallado, y se lo prometo para más adelante. Conténtese con esta reseña por ahora, y V., mi querido Director, reciba las gracias por la benevolencia con que siempre ha recibido mis escritos, más que por su poquísimos fondo, por la amistad que me profesa, y sinceramente le paga su afectísimo S. S., LEOPOLDO GARCÍA-RAMÓN.



## LA MANO IZQUIERDA

CONTINUACIÓN (I)

Hemos tratado de hacer evidente la buena armonía de este matrimonio, armonía que se demostraba por deferencias y concesiones mútuas que podrían parecer poco naturales, atendida la diferencia de caracteres. Éranlo, sin embargo, y sólo á tan raro resultado se había venido por una especie de compensación de fuerzas. Eran tan fuertes aquellos dos caracteres, que no pudieron nunca vencerse el uno al otro. Unido á esto la rectitud natural de ambos, resultaba cierto miedo á la lucha inútil, convertido al fin y al cabo en mutuo respeto. Mucho tiempo hacía que entre los dos no se había reñido ninguna batalla; pero la presente valió por muchas. Removidas hasta el fondo las pasiones, despertáronse enconos antiguos, adormecidas querellas y reproches que dejan negro el pensamiento y amargo el corazón. Sin embargo, en aquella ocasión, como siempre, hubo transacción. Ella aguantaría políticamente á la vecina, si él no hostigaba á ninguno de los suyos, y los dos se comprometían á desprenderse de unos y de otros, en el momento en que el estado de Mad. de Lagarde permitiese un cambio de residencia. M. de Beaufort exigió que su mujer no había de publicar la escena habida entre ellos; sobre todo, que

---

(I) Véase la pág. 636 del tomo anterior.

no supiese nada Rosa. Dolíale al tío la idea de aparecer de otra manera de como había sido siempre á los ojos de su sobrina, únicos que moralmente le desconcertaban. Prometió ella lo que su marido pedía, y quedó aquella madeja en tal estado, no sin asegurar la ofendida que cortaría el enredo en el momento en que el más ligero descuido por parte de él le hiciese conocer que sus sospechas respondían á verdaderos hechos.

Amelia cumplió su palabra en lo concerniente á Rosa; pero fué completamente impotente para contenerse cuando se encontró delante de su hermano Julio. Con un mar de lágrimas contestó á las alarmadas interrogaciones que, al ver su rostro descompuesto, le dirigió el afectuoso hermano, y las lágrimas se llevaron los propósitos de reserva, y arrastraron las confidencias, dejando singularmente aliviado del peso que lo agobiaba el corazón de la alterada señora.

—Yo te prometo poner orden en esto—dijo Julio á guisa de calmante, después de oír el relato de su hermana.—Tú verás; sin escenas ni violencias haré que Armando vea claro, y distraeré por otro lado á la mujer que temes, hasta poder alejarla de aquí.

Amelia, más tranquila, y considerándose fuerte con el apoyo de su hermano, pudo serenarse, y aunque él no quiso decirle los medios de que pensaba valerse para conseguir tan felices resultados, comprendió que no eran heróicos cuando vió aquella misma tarde el empeño con que emprendía conversación con Ángel, y cómo, á despecho de otros, se la llevaba del brazo bonitamente hasta perderse en las más lejanas calles del parque.

## IX

—¿Te sería muy desagradable pasar algún tiempo al lado de Mad. de Legarde en lugar mío?—decía Cecilia á Rosa uno de aquellos días que, por inusitado caso, había ido á buscarla á su cuarto.

—Desagradable no—contestaba muy sorprendida la joven

viuda;—pero no veo en qué concepto voy á poder reemplazarte al lado de la enferma, que no tiene ninguna confianza en mis aptitudes de enfermera.

—Eso no importa nada, atendido á que á mí ningún servicio me pide. Lo esencial es que crea que me tiene allí cerca, en el cuarto de al lado, y en caso de que me llamase, cosa que no sucede nunca, que pudieses tú contestar por mí para que viese que no la dejaba sola.

—Y si no te pide ningún servicio, ¿cómo es que te pasas allí las mañanas y las tardes?

—Porque ella quiere. Todas las noches me pide que vuelva á la mañana siguiente, y si tardo un poco me envía á buscar. Ya ves; como mi tío no entra, y mi tía sólo le pregunta cómo se encuentra, desde la puerta, se creará demasiado sola.

—¿Pero no tiene allí á M. Deville?

—De día y de noche, y que la cuida mucho; pero M. Deville no es de la familia, y ya sabes que no está en casa bien mirado.

—Escucha, Cecilia; aunque no me gusta enterarme de lo que trae á las personas de mejor ó peor humor, son tales los cambios que aquí he notado desde mi vuelta, que no sé qué pensar. Mi tío parece que se encuentra contrariado delante de mí, y yo no puedo engañarme al pensar que desea evitar mi presencia, porque son muchas las veces que lo he notado. ¿Qué tiene mi tía, que parece otra persona reservada, desigual? Y, sobre todo, ¿cuál es la posición que ocupa aquí esa vecina que no se acaba de ir?

—¿Qué posición? ¡La de la serpiente!—respondió sin ningún género de duda la pacífica joven.—Observa, Rosa; no tienes sino observar; esa mujer ha sorbido el seso á mi tío; mi tía es muy desgraciada; precisamente, mi deseo de quedar libre es por acompañarla, y que no se encuentre sola con ella. Tú te encierras en tu cuarto, y eres como extraña á todo...

—Y qué quieres que haga; á mí tío le estorbo, y no había de principiar mi vida de sociedad soportando las groserías de una mujer de quien mi tía no se separa; cuando ella se marche todo será distinto.

—¡Oh! ¡Yo te juro que no estará mucho tiempo aquí!—Y

después de una mirada muy prolongada dirigida al parque, á través de la ventana de su prima, Cecilia salió del cuarto de la manera menos natural en ella; apresuradamente, casi corriendo.

Maravillada Rosa más cada vez, miró también por la misma ventana, y sólo vió, bastante lejos, en la avenida de los tilos á Mad. de Soissey, paseando con M. Julio, y, al parecer, muy interesada en la conversación.

—De todo lo que aquí pasa, lo más chocante es la sacudida de esta muchacha—pensó; y sin otra dilación fué á cumplir la palabra empeñada, dirigiéndose al cuarto de la enferma, donde entró sin hacer ruido.

La habitación de Mad. de Lagarde se componía de un cuarto de dormir y de una antesalita con ventana, al parque, igualmente que la alcoba; en ésta había una puertecita que comunicaba con la tribuna del oratorio. Las maderas de la alcoba estaban herméticamente cerradas, y una espesa cortina caía en la puerta que comunicaba los dos cuartos, impidiendo así que hasta los ojos enfermos llegase el menor rayo de luz; porque en el primer cuarto no consentía ella que faltase, y sólo de noche se abrían puertas y ventanas, y el aire podía renovarse antes de dormir la enferma. El estado de ésta se había agravado considerablemente por la sustitución de un medicamento por otro. Tenía al lado de su cama un colirio para los ojos y una poción calmante, y cierta mañana que estaba sola, y no quiso llamar á Valeria, llegando la hora de la poción, buscó al tacto sobre la mesa de noche, y, cambiando de frascos, bebióse un gran sorbo del colirio, que era un veneno activo. Afortunadamente se colgó del cordón de la campanilla, y tuvo bastante serenidad para pedir agua templada, y beber suficiente cantidad para devolver el veneno. Quedó de aquéllo en extremo estropeada, y hasta se temió por su vida durante muchos días, con gran disgusto del dueño de la casa, que quería verla fuera, y de Mad. de Beaufort, que sólo esperaba para poner á la forzosa huésped de patitas en la calle, á que su marido diese la primera marca de hostilidad contra alguno de los suyos. Cuando Rosa entró, no estaba nadie en el gabinete claro. Al lado de la ventana había un sofá en que sólo cabían

dos personas; delante, una mesa con libros, y del otro lado un aparador de dos cuerpos, donde se veían frascos, maquinillas y muchas cosas, para el cuidado de la enferma. Un antiguo reloj de *cucú* animaba el silencioso cuarto cada media hora, con el gracioso canto del animanillo símbolo de la astucia y del cinismo, y algunos muebles de escasa importancia completaban el mobiliario del cuarto en cuestión. Rosa se sentó en el sofá, y cogió sobre la mesa el libro que encontró más al alcance de su mano. Al levantar, momentos después, el portier de la alcoba, M. Deville se quedó muy sorprendido, y aunque Rosa esperaba aquella aparición, sintióse invadida por emoción singular. Saludóle, sin embargo, con expresión bastante amigable, para que el sabio se sentase enfrente de ella sin ninguna vacilación.

—Se han relevado mis hermanas de la caridad—dijo sonriendo.—Tiene V. que sufrir la sustitución no sé por cuánto tiempo sin llevármelo á mal, pues mía no es la culpa.

M. Deville miró á la enlutada fijamente, y de tal manera fué explicativa aquella mirada, que Rosa bajó los ojos en un estado de confusión de que es fácil tener más idea de la que ella misma se daba.

—¿Cómo sigue Mad. de Lagarde?—dijo al cabo de un rato.

—Mejor—contestó él lacónicamente; y como á estas palabras acompañara siempre la misma mirada, la confusión de Rosa llegó al grado del mutismo.

—He creído que tendría que dejar esta casa... hospitalaria... sin hablar á V. una sola vez—prosiguió diciendo el sabio.

—Sin hablarme y casi sin verme—respondió la viuda.

—No; eso no. Todos los días la veo á V. atravesar el parque con su perro; tomar camino opuesto al de la gente cuando se encuentra alguna, y perderse en el bosque, generalmente por el camino de la casa del guarda. ¿Por qué ama V. tanto la soledad?

—Porque encuentro á la gente falsa.

—¿Toda?

—La sociedad que aquí viene, en general. Yo no puedo ir á escoger mis sujetos de estudio á otra parte.

—Es singular: estamos en una casa que V. puede llamar

suya y yo hubiese debido llamar mía, y sin embargo, hasta hoy no nos hemos conocido.

—Sí tal; yo le conocía á V. de oidas.

—¿Por lo que de mí decía mi tutor?

—Y los demás.

—No me lisonjea mucho la idea que con esos datos se habrá V. formado.

—Poco más ó menos, lo mismo le habrá á V. pasado con lo que de mí haya sabido por Mad. de Legarde.

—Mi madrecita no la quiere á V. mal.

—Sería muy injusta si me quisiese bien, porque soy con ella desagradable.

—¿Por qué?

—No me gusta su carácter: gasta todo su fondo en benevolencia universal y se queda sin un átomo de sentimiento para las ocasiones.

—¿Cree V. que M. de Beaufort, que escatima su amabilidad hasta la avaricia, tiene más economías en su corazón?

—Creo que sí.

—¿Qué entiende V. por sentimiento: la abnegación de sí mismo, ó la asimilación dentro del alma de todas las fibras amantes del medio ambiente? ¿Es egoísta el que derrocha afectos ó el que los secuestra?

—No sé—dijo después de pensar un poco la interrogada,—nunca me había propuesto la cuestión de esa manera. ¿Y sabe usted, señor metafísico, que me está V. haciendo sufrir un interrogatorio, y que me va á llegar mi vez?

—Me someto con júbilo—respondió Adolfo, probando con la expresión de su cara lo que decía.

—¿Por qué siendo V. como es, no se ha hecho querer aquí?

—¡Por la envidia! No se alarme V., ni sin oirme más me juzgue infatuado. ¿Por qué no hemos de llamar las cosas por sus nombres genuinos? ¿Para qué revestir á la verdad de formas convencionales? Mejor está en la suya clásica; V. y yo no nos escandalizaremos. ¡Aquí no se me perdona lo que valgo, tal vez porque lo exajeran! Y sin embargo, ¡con toda mi alma he deseado encontrar en este hogar calor y cariño! No he conocido otra familia, y á mi corazón le sobraban riquezas que

dar y le faltaban caricias que recibir; pero éstas se le negaron. Desde que mis inclinaciones se dibujaron, principió la hostilidad contra mí. Cada diploma adquirido era motivo de un sarcasmo; cada triunfo mío un disgusto en la casa. Mis expansiones eran acogidas con indiferencia, mis melancolías con burla. ¿Qué había de hacer? Mientras fuí niño sufrí; ¡ahora! ¡ahora creo que también sufro! ¡Es tan triste no tener familia! ¿Quiere V. creer que ninguna persona aquí ha leído un solo libro mío?

—¿Y qué diría V. si yo se los pidiese para leerlos?

—Me gustaría.

—¿Cree V. que podría comprenderlos?

—Sí; cuando el entendimiento es naturalmente claro y no ha sido falseado con prejuicios y preocupaciones, todo se puede comprender y todo se puede sentir. A menos, sin embargo, que no esté emperezado por lecturas imaginativas. ¿Lee usted muchas novelas?

—Ninguna; no leo novelas porque quiero conservarme siempre mujer práctica.

Una sonrisa muy cabalística animó la fisonomía de M. Deville.

—¿Por qué se ríe V.?—dijo Rosa.

—Se me ocurre una pregunta y no me atrevo á hacerla por miedo...

—¿Por miedo, de qué?

—De que crea V. que el interrogatorio es deliberado.

—Pregunte V. lo que quiera.

—¿Por qué se considera V. mujer práctica?

Rosa se quedó un momento indecisa.

—Porque no me alimento de ilusiones ni quiero estropear mi juicio con lecturas engañosas.

—No; quien se está engañando á sí misma es V.—dijo el sabio moviendo la cabeza.—No lee V. novelas por miedo de que despierten en su corazón el sentimiento más bello, más humano, y por consiguiente, más práctico que existe.

Hemos dicho que Adolfo Deville tenía los ojos azules, pero de un azul oscuro que daba á su mirada profundidad, y que su barba negra, algo afeitada en las mejillas, y el abundoso

rizado pelo del mismo color, contrastaban con la blancura del rostro, de una belleza, en realidad, sorprendente. Rosa había sentido la impresión de esta figura, notable, sobre todo, por el alma que en ella se reflejaba, desde el primer instante de verlo, y la emoción indeterminada que en ella sostenía el saber—aunque no le veía—que estaba en aquella casa, era parte para que se fijase menos en lo singular de las maneras de su tío; pero aquella conversación á solas la turbaba de una manera indecible, y cual si las palabras de aquel hombre fuesen para ella una revelación conmovedora, quedóse callada, anhelante y con los ojos fijos en aquellos dos abismos azules que la fascinaban y la atraían.

Mad. de Lagarde llamó muy á tiempo. Adolfo se levantó, y fué á sentarse al lado de la enferma, que buscó al momento sus manos.

—¿Qué quiere V., madrecita?—dijo el enfermero con acento cariñoso.

—Deseo beber thé frío—contestó la enferma, y después de haber podido satisfacer su deseo continuó:

—Muy animados estamos, señor filósofo; parece que la compañerita no se porta mal; ¿te gusta su conversación?

—Empieza á interesarme—dijo el interrogado con su poco de malicia.

—Bien sabía yo que al fin llegaría este caso. ¡Cuando te decía que podías confiar en mí! En fin; si esta enfermedad ha de servir para estrechar distancias, la doy por bien empleada. Ella es muy sencillota, muy poco práctica, pero tú te la formarás á tu gusto... Anda ve, hijo, no sea que le vuelva el vicio de callar; ¡cuánto deseo saber que estáis arreglados!

Adolfo sonrió otra vez, y, sin querer deshacer el error que padecía la buena señora, volvió al cuarto, deseoso de seguir la conversación con Rosa; pero ésta había desaparecido.

## X

Es tan natural la variación en las existencias entregadas al movimiento de las corrientes superficiales de la sociedad, como

contraria á los que han creído de buena fe andar en el puerto seguro de los avisados. Y cuando estos prudentes no pertenecen á la maltrecha falange de los escarmentados, sino que son prudentes *a priori* y *omni sapientes* por intuición, su seguridad y su firmeza desafían sin la menor sombra de temor los huracanes. Esto venía sucediéndole á Rosa, que impasible y metodizada, viendo girar á su alrededor los torbellinos de la vida elegante, sin sentir, desde la altura moral á que se había colocado ningún síntoma de vértigo, creyóse salvada con solo evitar el mirar hacia abajo. Pero he aquí que cuando más ajena estaba del fenómeno, se encuentra con que en las alturas también hay peligros, y que esa ley de la gravitación que dicen atrae siempre los cuerpos dos á dos, la iba á cojer de lleno en las despejadas esferas en que se creía segura; en una palabra, que se sentía atraída hacia un hombre superior.

La turbación y el trastorno que sintió al distinguir á lo lejos la posibilidad de un cambio en su vida *práctica*, fueron muy grandes, y sin pararse á analizar lo que tenía de malo ó de bueno aquella perspectiva, determinó luchar contra esta atracción actual en pro de las antiguas teorías, y se pasó en vela, haciendo planes y levantando proyectos, una gran parte de la noche.

—Yo tengo la culpa de la conducta de mi tío—se dijo;—al primer indicio que he creído ver en él de frialdad, me he alejado con orgullo; ese no es el camino. Precisamente ahora que tiene disgustos, es cuando debo estar más asídua para que vea la firmeza de mi afecto.

Con este propósito, á la mañana siguiente muy temprano se fué al cuarto de M. de Beaufort, y sin ningún designio de explicaciones, pero con la idea de reanudar la antigua confianza, entró resuelta á proponerle un paseo á caballo.

M. de Beaufort se paseaba por su habitación largo rato hacía, y su aspecto ceñudo y áspero no era el más á propósito para las expansiones proyectadas por Rosa.

—Ya me ha dejado V. bastante tiempo sola con mis malos recuerdos de Voielac; tío, es menester que se ocupe V. de mí. ¿Vamos á dar un paseo hacia Bois le Comte? Ya sabe V. que hay ferias.

—A propósito estoy yo para proporcionarte distracciones, hija; sólo faltaba que me vinieses á recriminar porque no he ido á buscarte á tu fortaleza.

—Puesto que vengo á la de V. no se trata de eso—repuso Rosa algo picada,—y he venido porque creía que mi proposición le sería á V. agradable.

—No puedo salir hoy contigo á caballo—dijo secamente el tío continuando su paseo.

—Perfectamente—respondió Rosa yendo á sentarse en un taburete delante de una gran jaula llena de pájaros moscas, que no era la menor de las maravillas que encerraba el cuarto de M. de Beaufort, donde había muchas.

El silencio se prolongaba; creíase Rosa directamente herida por la conducta de su tío, y todos sus deseos de hallar el refugio que en él buscaba, íbanse trocando en impulsos de orgullo nacidos de la injusticia con que se creía tratada. En cambio aquel hombre, dominado por la malaventurada pasión, á la cual estaba sujetando toda su conducta presente, ni pensaba en la mortificación actual de Rosa, ni en sus deserciones de los pasados días, y no complicó poco la tirantez de las cosas al decir á quemarropa á su sobrina parándose delante de ella:

—Es menester que hoy asistas con nosotros á la cacería y á la fiesta; es nuestro último día de recepción; después no sé hacia donde tirará cada uno, y quiero que Mad. de Soissey vea cómo todos te tratan y sepa á qué atenerse respecto á tí.

Ni un momento tuvo de estupor Rosa, fué indignación pura lo que sintió subir á su cabeza en oleadas de fuego; cuando contestó á su tío estaba ronca.

—Usted está enfermo, tío; ha perdido la razón ó me ha tomado por una *marionette* á la cual se le puede hacer representar papeles tristes ó alegres á voluntad. ¿Ha olvidado V. que soy por naturaleza desabrida y que no me gusta la gente? Ni quiero tomar parte en fiestas de que nunca me he ocupado, ni tengo por qué dar satisfacciones de ningún género á Mad. de Soissey.

—Es que cuando yo te lo digo no es sin necesidad; es conveniente que todo el mundo vea lo que eres para nosotros; ese continuo andar escondida, da lugar á malas interpretaciones.

—Hasta ahora no he andado nunca escondida sino con usted, que aprobaba por completo mis singularidades y las fomentaba; no veo qué mala interpretación se le pueda dar á esto.

Era tal el acento de rectitud con que aquellas palabras fueron dichas, que M. de Beaufort no supo qué contestar. Rosa siguió diciendo:

—Además, mi posición no es la de una niña soltera cuyas acciones hayan de ser como un cristal para todo el mundo; estoy emancipada, y no tengo que dar cuenta de mis actos á la sociedad, sino á mi familia, qué son VV., y me quieren ó me han querido tal cual soy.

—Esas son estupideces cuando las circunstancias obligan á dejarlas á un lado—dijo M. de Beaufort tomando de la irritabilidad las fuerzas que le negaba la lógica.—¿No me ves á mí que también hago lo que antes no acostumbraba á hacer?

—¿Y qué tengo que ver con los cambios que V. hace si yo me encuentro bien en mi postura?

—¡Ah! ¿Es ese el cariño que me tienes y esa la confianza que puedo yo tener en tu afecto?

—Verdaderamente, tío; no sé como va á terminar esto, porque V. sabe que tengo mal genio, y me está haciendo desesperar. Si V. quiere enterarse de la eficacia de mi afecto y de la solidéz de mi cariño, pruébelo en la adversidad, cuando esté V. enfermo y solo, pero no piense que se lo he de demostrar fingiendo amabilidades con quien nada me importa; y en cuanto á Mad. de Soissey, ya puede creer de mí lo que se le antoje; nos pagaremos en la misma moneda, porque yo, si me tomase el trabajo de pensar en ella, sería para considerarla muy desfavorablemente.

Y sin aguardar más respuesta ni atender á las voces de su tío, salió precipitadamente del cuarto, y atravesando en una carrera el pasillo, se encerró en el suyo.

EULALIA DE LIANS.

*(Se continuará.)*



## REVISTA DE TEATROS

---



AMOS á seguir desarrollando el tema que nos hemos propuesto, una vez que para ello nos abren ancho campo las obras que tanto las compañías extranjeras como las nacionales han puesto en escena durante estos últimos quince días.

Dando comienzo por el teatro de la Comedia, el menos observador advierte en el Sr. Novelli lo que nosotros advertimos desde un principio, y no nos atrevimos á consignar hasta estar plenamente convencidos de ello; esto es, que dicho actor reúne, á más de un talento nada vulgar y una reconocida instrucción y estudio, una de las condiciones, ó la única quizás, que resultando de estas dotes constituye y forma el verdadero actor dramático, cual es la generalidad.

Esta condición, en que estriba el verdadero mérito artístico, la hemos admirado, si no en todos, en muchos de los actores que enunciamos en la REVISTA de la anterior quincena, y todavía resuenan en nuestros oídos los aplausos que conseguía Matilde Díez en *Borrascas del corazón*, Mari-Hernández la gallega, la *Escuela de las coquetas* y *Maruja*; la Teodora, en *La rica hembra*, *Adriana*, *La villana de Vallecas* y *La novia impaciente*; La Torre, en el *Edipo*, *Marcela*, *El paseo á Betlam* y *A la zorra candilazo*; Romea, en *Los hijos de Eduardo*, en *El arte de hacer fortuna*, en *El que dirán* y

*El que se me da á mí*, en *El hombre de mundo*, en el Don Claudio de *La Mogigata* y en el casero de *La casa de tócame Roque*; Luna, en *Carlos II el hechizado*, *Mi tío el jorobado* y *El pelo de la dehesa*; Guzmán, en *Los polvos de la madre Celestina*, *La pata de cabra*, y el Juan Gautier de las *Memorias del Diablo*; Valero, en *La carcajada*, *Ricardo D' Arlington*, *El mejor alcalde el Rey*, y *El Maestro de escuela*; Arjona, en *La aldea de San Lorenzo*, *Un banquero*, *Ángela* y *El tío Tararira*; Lombía, en *El trapero de Madrid*, *El pelo de la dehesa*, *Cada cual con su razón*, y *El primo y el relicario*; y por último, Calvo (padre), en *Forge el Armador*, *Entre bobos anda el juego* y el sainete *El gato*; aplausos que revelaban su capacidad artística para la escena, y que ahora, cuando aún está fresco su recuerdo y humeantes sus cenizas, nos hace notar el inmenso vacío que dejaron, y el ningún reemplazo que han obtenido; lo que nos recuerda un actor italiano, de reconocido mérito, y que ha sabido colocarse entre nosotros á desusada altura, el Sr. Novelli.

Hace pocas noches le veíamos interpretar de una manera á nada parecida el protagonista del drama de Giacome *La Muerte civil*, haciendo—que es lo más que puede decirse—una creación más en lo tantas veces creado, y á la noche siguiente, sin que aún las lágrimas hubiesen abandonado las mejillas de los espectadores, una impresión fuerte y dolorosa conturbaba su alma, la risa rompe la cárcel de los labios, la hilaridad se extiende por todo el público, producida por el mismo actor en la comedia de brocha gorda escrita por Tantini, titulada *La familia Barilotti*, se presentaba como el actor cómico, ó, por mejor decir, como el gracioso de más fuerza, dando ocasión á que hubiera momentos en que fuera posible asegurar fuera el mismo criminal de la noche anterior y el revolucionario convertido en ídolo del pueblo, que en la precedente conseguía un entusiasta triunfo en el protagonista del drama de Victoriano Sardou, que lleva por título *Rabagas*.

Cuando, repetimos, presenciábamos estos hechos, nuestras glorias escénicas pasadas se agolpaban á nuestra imaginación, y llevados de una ilusión triste y engañosa, y ganosos de en-

contrar en estos momentos quien hiciera *pendant* á tan celebrado actor, sólo encontró nuestra acalorada fantasía la irrefutable verdad en la Zarzuela, donde otros actores italianos dan nueva vida y nuevo sér á las obras que aquí hemos visto hasta la saciedad; en Apolo una compañía de zarzuela que, encastillada en *Cádiz* y en *La Gran Vía*, ni la envidia la altera, ni la emulación la cambia, ni el amor al arte ni el lucro la obliga á adelantar un paso, con una Montañés que se acaba, un Tormo que ya se acabó, un Pinedo y un Morán que no han empezado todavía y un empresario que no lo entiende, consiguiendo el envidiable triunfo de que el público huya de su teatro con la misma precipitación y entusiasmo que hace pocos días había entrado.

Si de Apolo pasamos á Martín, Lara y Eslava ¿qué encontramos? pues nada; encontramos á los mismos Mesejos, á las mismas Pastores, á las mismas Valverdes, á los mismos Rubios, á las mismas Romeros, á los mismos Ruizes, á los mismos Larras, á las mismas Montes, á los mismos músicos y á los mismos autores, que no adelantan ni los unos ni los otros un paso, y que están en el mismo estado que estaban cuando dieron el primero en tan difícil carrera; y sin dárseles un ardite de verse postergados por actores extranjeros, claman contra el público, á quien no saben atraer, contra los actores y escritores cuyo ejemplo no quieren seguir, y entre voces y alharacas se les pasa el tiempo que debían dedicar á su perfeccionamiento; y si se les pregunta el resultado de sus afanes, pueden presentar, si es en estos últimos días, la siguiente lista que, si no les da mucha honra, no les dará tampoco mucho provecho. En Martín, *León XIII* y *El santo del chico* (salvadas); en Lara *La berlina azul*, lo mismo, y *El doctor Ventura*, que pasó... Eslava, *La nueva Diana* (silbada) y *El quid pro quo*, que pasó... también, y aquí paz y después gloria.

Y si á pesar de todo lo dicho preguntáis á todos nuestros actores de mayores ó menores facultades si se creen inferiores á los extranjeros, ninguno lo declarará así, sino por el contrario, se considerarán á su misma altura y se quejarán lastimosamente de la protección que creen que les dispensa nuestro pú-

blico, sin parar mientes en la falsedad de su argumento, cuya notoriedad se manifiesta en la insistencia con que ha concurrido al Teatro de la Comedia durante esta última temporada y el verdadero afán en concurrir á las primeras representaciones que la compañía del Sr. Cereceda dió en el Teatro de Apolo, haciendo casi menosprecio de las compañías italianas dirigidas por los Sres. Novelli y Tomba, que inauguraban sus tareas respectivamente en el Teatro de la Comedia y en el de la Zarzuela, hasta que les hizo cambiar de acuerdo el ningún deseo que advirtió tanto en el Teatro de Apolo como en los demás teatros que en la actualidad figuran actores españoles, de corresponder á sus favores, y la carencia de noble emulación en luchar abiertamente con los que imaginan les causan notables perjuicios, teniendo, como indudablemente tienen, elementos para combatir con los mismos dignamente.

A pesar de que estas razones son, como se dice vulgaramente, de clavo pasado, nuestros actores no quieren convencerse de ellas, y encastillados en sus opiniones, cimentadas en una lamentable antipatía y un lastimoso marasmo, protestan con toda la energía que son capaces, de que ellos estudian lo mismo que los extranjeros y de la misma manera procuran imitar los buenos modelos; y si se les viene á mano, nos atacarán diciendo que tenemos injusta preferencia y pecamos de marcada desigualdad en nuestro juicio, una vez que declarándonos decididos apasionados de la literatura dramática francesa, hacemos caso omiso de los actores de la misma nacionalidad; como quiera que este es uno de los extremos más principales para desarrollar el tema que nos hemos propuesto, vamos á ocuparnos de él, siquiera sea brevemente, aprovechando la feliz coyuntura de encontrarse entre nosotros la distinguida actriz francesa, Sarah Bernhardt.

No hemos de negar nosotros nuestra predilección por la dramática francesa contemporánea, y por la misma razón que la creemos justa é imparcial, no tememos confesar que no opinamos del mismo modo respecto de los actores de allende los Pirineos, á los que consideramos muy inferiores á los italianos y casi á menor altura que los españoles.

No creemos necesario insistir en lo que hemos dicho otras ve-

ces y especialmente en nuestra revista anterior, referente á las condiciones dramáticas y cómicas que por naturaleza nos adornan; pero sí es preciso que convengamos en que muy parecidos á nuestros vecinos, aunque menos exajerados que éstos, nos aventajan y aun nos dan quince y falta en las antedichas condiciones, porque no se necesita de grandes esfuerzos para probar palmariamente que son cómicos por naturaleza y gracia; y tanto lo son, que aunque parezca á primera vista absurdo é inconcebible nuestro aserto, llevan su carácter idiosincrático cómico social hasta el mismo escenario, de manera que son dos veces cómicos; de lo que resulta, como inmediata consecuencia, que la exajeración es el principal elemento de su arte declamatorio, defecto que resplandece á través de su marcada ilustración y reconocido estudio, y que acusa la falta de generalidad que en ellos se advierte, la que patentiza la circunstancia agravante de que los mejores actores son aquéllos que interpretan toda su vida un carácter determinado, hijo casi siempre ó siempre de su creación particular, lo que hace que se advierta menos la exajeración, cosa que no sucede en los demás casos, que son en extremo raros, y que da por resultado lógico y natural que el actor francés no está nunca dentro de su papel, porque en el que le toca en suerte interpretar se transparenta su peculiar carácter cómico social de que antes hemos hecho mención.

Para corroborar esta opinión, que como hemos dicho antes no faltará quien califique de inconcebible y absurda, baste con apuntar los nombres de M. Coquelin y de Sarah Bernhardt; del primero nada diremos, porque no es ocasión para ello, y de la segunda, basta con presentarla como medio confirmativo de nuestro juicio, para que nuestros lectores la consideren como prototipo del actor francés, que antes hemos tratado de definir.

Dotada sin duda alguna de condiciones privilegiadas para la escena; reuniendo además la ilustración que es peculiar, si no á todos, á casi todos los actores extranjeros, producto de sus frecuentes viajes, y de su espíritu observador y de su constante estudio, y haciendo caso omiso de sus condiciones físicas, lo que demuestra que reúne todas las actitudes necesarias para

la escena, á pesar de todo, el menos observador se convence, que sin dejar de ser una grande artista, no está, sin embargo, según nuestro pobre criterio, á la colosal altura á la que la fama universal de que va precedida ha querido colocarla.

Parecerá esto antitético y contradictorio, pero á poco que se reflexione se comprende con facilidad, que además del defecto de nacionalidad que antes hemos apuntado, y que es peculiar del teatro francés, la eminente artista tiene otro, que aunque á primera vista no lo parece, lo es sin embargo; y éste consiste, en haberse creado una escuela exclusivamente suya, pero de tal naturaleza, que en vez de relacionarse como toda escuela con el arte dramático en su verdadera y genuína acepción, se relaciona con su carácter y modo de ser esencial, por lo que en vez de haber hecho un estudio concienzudo y profundo del arte para adaptar á él sus condiciones físicas y morales, ha estudiado éstas en primer término pretendiendo encerrar en ellas el arte, lo que, á pesar de su indiscutible talento, es de todo punto imposible, y que produce en los personajes que interpreta no sean en su totalidad los que creó la imaginación del poeta, sino hijos de las condiciones esenciales de la actriz, como se revela en *Fedora*, *La Tosca*, *La Dama de las Camelias* y *Francillon*, en las que se nota una diferencia grande en la interpretación, comparándola con la del drama en un acto escrito por la misma Sarah, titulado *L. Aveu*, en el que desaparece por completo el defecto enunciado, y se armoniza el poeta y la actriz, que siendo uno mismo, no sólo confirman nuestra opinión, sino que manifiestan la razón de convertirse la actriz en escritora, auxiliada por su rara inteligencia.

No es esto una paradoja como algunos imaginarán, sino que sencillamente se desprende de las cualidades características y de la defectuosa declamación francesa que se manifiesta en tan notable actriz, tanto en la entonación como en las actitudes que pecan en demasía: la una en demasiado monótona, y en las otras exageradas y poco adecuadas en lo general; y si á esto se añade que, ya sea por el decrecimiento de sus facultades, ya sea por el entusiasmo con que se presenta en la escena, Sarah Bernhardt, á ejemplo de los eminentes cantantes, se reserva para ciertos momentos, circunstancia que

podrá pasar en las óperas, pero de ninguna manera en el drama; resulta tal desigualdad, que quita los efectos y la esencia del drama.

No es únicamente lo que hemos indicado la causa efectiva de que esto suceda, sino la escuela realista que profesa tan eminente artista.

No censuramos nosotros el realismo ni el naturalismo en la ocasión presente; lo que sí exigimos es el acuerdo entre el autor y el actor, porque de no ser real lo que el autor haya escrito, no puede hacer que lo sea el actor; y si lo consigue, será sólo en ciertos momentos de mutismo y puramente mímicos, como, por ejemplo, en la muerte de *La Dama de las Camelias*, en la que se admira, no la actriz, sino la artista, y cuya escena parece desglosada del drama; porque no es necesario advertir, que en los caracteres de los personajes debe existir unidad, y cuando ésta no existe, las situaciones como la que hemos indicado se desvían por sí solas del todo general, como sucede también cuando se nota desigualdad en la representación, cuando unas escenas apenas se declaman, sino se dicen y se rezan, y sólo en momentos dados hacen prodigios de inspiración, de talento y de pulmones, aunque en esto último no se puede acusar á los franceses, que comprenden y no gritan, al revés que los españoles, que practican siempre aquella sentencia vulgar que dice: *Quod deficit in scientiam supletur in trompetis*.

Después de lo dicho, en el número próximo expondremos la influencia que prestan estas reflexiones al estado actual de nuestro teatro.

RAMIRO.





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR

Funerales del reformismo.—¿Era ó no un partido?—Los antiguos dioses se humanizan.—Significación de los grupos.—Verdadera importancia de la actual evolución.—¿Qué dirá el país?—Crisis económica.—Las reformas militares y el Sr. Cánovas.



URIÓ al fin el llamado partido *reformista*. La prensa toda viene ataviada con los funerales del reformismo, dando al hecho la importancia de los grandes acontecimientos que vienen á constituir época en la historia del desarrollo de la política contemporánea.

Pero á nosotros se nos ocurre preguntar: ¿Formaban ó no un verdadero partido esas huestes, acaudilladas hace pocos días por el General López Domínguez, caminando del brazo del ex-ministro conservador D. Francisco Romero Robledo? La respuesta á esta pregunta tiene, á nuestra manera de ver, capital importancia; porque entendemos que los partidos son siempre hijos de verdaderas y circunstanciales necesidades políticas, y jamás dependen en absoluto de la voluntad de los jefes. La fortuna ó los desaciertos en la dirección de un verdadero partido pueden influir poderosamente en sus futuros destinos, pero jamás determinan la no existencia de aspiraciones arraigadas de una manera fundamental y firme en la

opinión pública, agrupaciones marcadas con todos los caracteres esenciales que distinguen á esas grandes agrupaciones con derecho á disputarse la influencia suprema en la marcha de los asuntos del Estado.

Y si un partido tiene y ha de tener siempre bases más firmes que las de un simple nombre, por distinguido que sea, ¿qué significa eso de repetirse que el partido reformista ha desaparecido de la escena política?—Si la tal desaparición es cierta, será un abuso de epítetos: el llamado partido reformista no era partido. El sentido común establece aquí un dilema que no admite réplica.

\*  
\* \*

Bien examinado el hecho que hoy preocupa, se explica de una manera muy sencilla. Tres agrupaciones diversas, llamadas todas reformistas, acaban de recobrar su natural independencia, sacrificada un momento á cálculos extratéticos ó á ilusiones de fuerza. El monarquismo democrático del Sr. López Domínguez, el instinto conservador del Sr. Romero Robledo, y la tendencia ultra-liberal y republicana de *El Resumen*, pudieron ser un día la trinidad índica que imponía la adoración á los creyentes; pero su aspiración á la unidad era imposible, y hoy aparecen humanizados aquellos dioses, aparecen tal cual son y tal cual han sido siempre.

El General López Domínguez, por sus dotes personales, caudillo indiscutido de una agrupación de hombres de armas que en él esperan, seguirá halagado por el sueño de las pasadas dominaciones político-militares, y los nombres de Espartero, Narváez, O'Donnell y Serrano, confundiéndose quizás en su imaginación deslumbrada, serán el poderoso estímulo de sus intransigencias con toda jefatura que no sea la propia.

El activo ex-ministro conservador Sr. Romero Robledo, con su incuestionable tacto para fomentar ambiciones y halagar esperanzas, con esa generosidad innata de que ha dado repetidas pruebas en el poder y hace que todos le proclamen verdadero amigo de sus amigos, continuará aplaudido y rodeado por la juventud impaciente, que se llamaba primero

conservadora y luego se llamó reformista, siendo pura y simplemente *romerista*, dispuesta siempre á consagrar á todas las evoluciones de su patrono, sean cuales fueren, periódicos devotos y comités, sin otra mira que el asalto de los puestos oficiales que se codician.

La conocida redacción de *El Resumen*, porta-estandarte de una democracia acomodaticia y de un monarquismo convencional y heterodoxo, no puede variar de conducta ni disimular sus sentimientos innatos; su palabra facilísima é ilustrada prodigará alternativamente alabanzas ó acentuará vituperios, trenzará coronas ó preparará descargas cerradas en pro y en contra, según considere desviada ó propicia á sus invariables fines la institución ó la persona que bajo el prisma de la propia conveniencia discuta. Tal resulta ser, imparcialmente juzgada, la significación de esos grupos que quisieron constituir un partido reformista, y están, según parece, llamados á ser todavía factores de discordia en la marcha de la política española.

\*  
\* \*

La verdadera importancia del hecho que, á la lijera, dejamos consignado, está en el desconsuelo que lleva á las almas bien informadas, en el excepticismo político que produce en las masas sin otras aspiraciones que la felicidad de la patria.

La separación de los Sres. López Domínguez y Romero Robledo no ha podido sorprender á nadie. Ya se ha dicho que lo sorprendente, lo maravilloso, ha sido que hayan podido parecer unidos por tanto tiempo. El reformismo fué un engendro que nunca tuvo verdadera vida. Como perfectamente expone un periódico, el reformismo «perdió su fuerza en su primera evolución, cuando para ser Gobierno hubo de presentar la garantía del doctrinario Posada Herrera; perdió la bandera cuando, muerto su caudillo, vino la separación de los elementos más valiosos que hicieron nueva fe en la fórmula de garantía concordada entre los Sres. Alonso Martínez y Montero Ríos; perdió su doctrina cuando, por unirse el Sr. Romero Robledo al Sr. López Domínguez, aceptó éste los principios

económicos de aquél, proteccionistas, á cambio del reconocimiento de los principios políticos que consagran los artículos 110, 111 y 112 de la Constitución del 69, que escribió en su nuevo programa el exministro conservador.» Esta es la verdad sin habilidades ni ambajes.

Pero, ¿qué dirá el país de esos continuos cambios de opiniones, de ese tejer y destejer, de esas mudanzas de actitudes, sin más base que los intereses puramente personales? Aún parece que fué ayer—recuerda con toda oportunidad el decano de los periódicos de Madrid—aún parece que fué ayer cuando el Sr. Romero Robledo, ardiendo en santa ira, recogía del suelo la bandera inmaculada del partido conservador para tremolarla con más fe que nunca frente á sus eternos enemigos; aún nos dura el estupor que hubo de causarnos un día la noticia inverosímil de que el lugarteniente del Sr. Cánovas del Castillo durante once años se unía en estrecho lazo con el Sr. López Domínguez, el liberal más avanzado dentro de la legalidad; aún creemos oír las jactanciosas palabras vertidas en la reunión magna del teatro de la Comedia, nombre por cierto cruelmente alusivo; aún percibimos los alegres rumores de los tés políticos dados en dos aristocráticas mansiones, tan magistralmente descritas por *El Resumen*, cuyos profundos conocimientos en la ciencia del blasón y el gusto indecible con que de ellos alardeaba no podían hacernos sospechar entonces sus instintos republicanos, ni tampoco después, cuando, en prenda de su fino rendimiento, contribuía á inundar de telegramas gratulatorios la Cámara Real del Palacio de San Ildefonso; todavía, en fin, acuden á nuestra memoria las arengas de los tres obligados oradores del Círculo de la Carrera de San Jerónimo, en los cuales, á vueltas de alguna que otra guapeza, más ó menos atenuada al día siguiente en los diarios del partido, se hicieron tantos y tan repetidos juramentos de unión y de concordia. ¿Qué ha ocurrido para que esas ilusiones se desvanezcan como el humo?—Grande habría sido el desencanto, si la Corona hubiese podido cometer el yerro de entregar á los reformistas la dirección de la nave del Estado, cuando sus prohombres se proclamaban sin ambajes el baluarte más firme de la libertad y del Trono.

Hay cuestiones ante todo de moralidad, que están en la conciencia pública, y nadie impunemente desconoce.

\*  
\* \*

Aparte la confusión y las perturbaciones que pueda producir la disgregación de los elementos del reformismo, otro asunto de magnitud relativa preocupa á los políticos. La crisis latente, que viene minando hace tiempo al Gabinete, es cada día más grave y se impone de una manera inevitable. El Ministerio está económicamente divorciado de la opinión, y todos los titánicos esfuerzos del Sr. Sagasta no bastarán á conjurar la tormenta que, con alarmantes proporciones le amenaza.

No tardará el país en exigir un cambio más conforme con sus legítimas aspiraciones.

Entre tanto, sigue en el Congreso de los Diputados la discusión de las reformas militares. Ningún discurso tan luminoso y convincente ha resonado en aquella Cámara como el del Sr. Cánovas del Castillo, al tratar las trascendentales cuestiones surgidas con motivo del art. 2.º del proyecto de ley que figura á la orden del día.

Poniendo de nuevo sobre el tapete la actitud del partido conservador, dijo el Sr. Cánovas:

«¿Qué quiere decir, señores diputados, que aquí ha habido tratos secretos, que aquí ha habido algo de extraordinario y de no visto en el Parlamento, á propósito de que al presentarse unas enmiendas á cierta comisión de la Cámara, estas enmiendas se discutan previamente, confidencialmente con la comisión misma, y se procure por todos los medios posibles obtener la seguridad de que serán aceptadas? ¿Se ha procedido alguna vez de manera distinta? ¿En qué tiempo, en qué ocasión, al presentarse enmiendas ó proyectos de ley que se discutían, se han limitado sus autores á traerlas desnudamente al Parlamento, y no han procurado conferenciar antes, ponerse antes de acuerdo con la comisión, sin que la comisión tomara en esto iniciativa alguna?»

Y entrando en el fondo del asunto, exponía de una mane-

ra clara y altamente convencida, las inspiraciones de su estudio y de su excepcional inteligencia, añadiendo:

«Un artículo semejante al que hay en la Constitución vigente en España, según el cual ningún mandato del Rey puede ser obedecido sin estar refrendado por un Ministro, hay en casi todas las Constituciones que yo recuerdo. Lo hay en la Constitución de Italia y en la de Prusia, que pueden servir de ejemplo en este caso, porque precisamente son los Monarcas de esas naciones los que últimamente han estado al frente del enemigo mandando sus ejércitos. ¿Qué ha acontecido en Italia y en Alemania, habiendo en sus Constituciones artículos idénticos ó casi idénticos al artículo constitucional que tanto se acaba de invocar?»

Pues ha acontecido lo mismo en Alemania, ó sea en el reino de Prusia, que en el reino de Italia, que no obstante el artículo que concreta y textualmente previene que no se deba obedecer ningún mandato del Rey sin la firma de un Ministro responsable, uno y otro Monarca han ido al ejército, han mandado como Generales en jefe en la organización oficial de esos ejércitos, y cada cual de ellos ha tenido á su disposición un jefe de Estado Mayor, á quien la opinión pública y la historia han atribuído y atribuirán siempre la responsabilidad de la guerra, la responsabilidad de las campañas en que han tomado parte. Jefe de Estado Mayor general era el General Lamármora en Italia, y no fué ciertamente el Rey Víctor Manuel quien perdió la batalla que allí se perdió, sino su jefe de Estado Mayor general. Jefe del Estado Mayor del Emperador Guillermo ha sido el Mariscal Moltke, al cual verdaderamente ha de serle ligera la responsabilidad, si alguna ha podido suponerse que tuviese; pero en todo caso, así como la opinión y la historia le asignan en gran parte la gloria adquirida, así hubieran arrojado sobre su frente la mengua y la desdicha de la derrota. ¿Qué había, pues, aquí de particular? ¿Cómo se piensa que lo que en todas las demás Monarquías se ha entendido y aplicado hasta ahora, sea difícil ya y casi extravagante, que pueda adoptarse en España?

El Rey, cuando tremola contra el extranjero la bandera de la patria; El Rey, cuando la patria está en peligro, en Italia,

en Alemania, como tendría que suceder en España, toma el mando del ejército, y lleva al que había de ser General en jefe por jefe de Estado Mayor general. En esos países se ha deducido esto, sin contradicción, que yo sepa, de los mismos dos artículos constitucionales que existen en nuestra Constitución de 1876, á saber: el que otorga, ó mejor dicho, reconoce al Monarca el mando supremo de las fuerzas del ejército y de la Armada, y el que previene al propio tiempo que ningún mandato del Rey se pueda cumplir sin el refrendo de un Ministro responsable.

¿Qué se pretende en tiempo de paz y en tiempo de guerra? ¿Se pretende que el Monarca español no pueda nunca presentarse en tiempo de paz á sus tropas, revistarlas, mandarles hacer las maniobras en su presencia, como hacen también todos los demás Monarcas de Europa, aunque sean muy celebrados por su apego á la pureza del sistema constitucional? ¿Se pretende que el Monarca español se presente á revistar las fuerzas del ejército en una ocasión determinada, y que un coronel escrupuloso rehuse obedecer cualquier orden de maniobra, si no se le presenta por escrito una orden refrendada por el Ministro responsable? ¿O se pretende que, para evitar esto, el Monarca de España haya de arrancar de su uniforme los gloriosos tres entorchados de Capitán general; que no comparezca jamás ante sus tropas, para no pasar por humillación semejante? ¿O se pretende que haya una violación constitucional para los escrupulosos en la materia, cada vez que el Rey dé una orden delante de las filas ó mande una maniobra y no presente el dicho documento refrendado por el Ministro responsable?

Si esto pasa en tiempo de paz, y si esto en tiempo de paz no es sino ridículo, y basta y sobra el que lo sea tratándose del Monarca, y bastaría y sobraría tratándose de la más alta institución del Estado, en cualquier régimen político, fuera el que fuera, ¿qué no acontecería en tiempo de guerra? ¿Ha de huir del peligro, y más en un país de las condiciones militares defensivas del nuestro, donde, aunque sea difícil que salga bien un invasor, tan fácil le es penetrar siempre; en un país que tiene que confiar gran parte de su defensa al impulso y la energía popular é individual, como aconteció en la guerra de

Sucesión y en la de la Independencia? ¿Ó han de andar los Reyes durante la guerra con corte ó sin corte, como sin corte anduvo Felipe V durante toda la guerra de Sucesión, y ha de encerrarse el Rey en una fortaleza, en un sitio separado de todo el resto de la nación y del ejército, ó ha de hacer como Felipe V, que monta á caballo y va á ponerse al frente de sus tropas, teniendo que abandonar á Madrid una y otra vez, yendo de acá para allá á rehacer nuevos ejércitos, después que se deshacían los antiguos, para buscar al fin la victoria?»

Y con su genial oratoria y la convicción profunda de la experiencia y del saber, terminaba con las siguientes palabras:

«Mientras el mundo exista, como existe y existirá de esta manera en cuanto puede alcanzar la vista en los horizontes del porvenir; mientras el mundo exista como existe, y sería preciso cambiar sus condiciones esenciales para que no existiera de esa suerte, la milicia, las armas, el valor de la guerra, la victoria sobre el enemigo, serán los mayores títulos á la fama, los más respetables para los contemporáneos y los más gloriosos ante la historia. No es posible, pues, arrancar al Monarca, mientras pueda, mientras su sexo lo permita, esa función; pero he de advertir que, cuando el sexo no lo permite, nadie lo exige, y por consiguiente, en nada se destruye el principio ni se disminuye el prestigio de la Corona. Pudo muy bien Isabel la Católica, aunque no lo hiciera, porque aquellos tiempos consentían otra cosa; pero pudo muy bien haber dirigido desde su corte las guerras. Á un hombre no le son dadas estas cosas, y un hombre desempeña un mal papel si no está cerca del peligro y del fuego enemigo.»

Aún quedan en España talentos de primer orden, pensadores profundos, é ingenuos y grandes patricios.

A.





## REVISTA EXTRANJERA

---

El General de moda y el Duque de Broglie.—Opinión del Conde de París.—  
Contraproyectos en la defensiva.—El enfermo de Charlottenburgo y la vi-  
sita de la Reina Victoria.—Tristezas de España.—Las elocuentes solemnidades del Vaticano.

**B**OULANGER es todavía el nombre de moda en las crónicas que consignan los sucesos políticos de actualidad en Europa, á pesar de que el telégrafo manifiesta empeño en afirmar que los apasionamientos no son ya tan intensos, y que la cordura domina.

Sea de esto lo que quiera, es evidente, que el ya famoso nombre del General Boulanger tiene más resonancia en la oposición, que como Ministro de la Guerra de la República. Y tal vez lo acontecido sea un indicio de haber llegado en Francia los tiempos previstos años hace por el Duque de Broglie en una de sus mejores peroraciones. «Hay épocas—decía aquel distinguido Senador en 1875—hay épocas en la vida de los pueblos, y cuando el régimen revolucionario se prolonga demasiado, durante las que surge en las poblaciones cierto disgusto, cierto fastidio de las formas, de las instituciones, de los procedimientos parlamentarios y del Gobierno libre; cierto deseo de sentir la autoridad y de personificarla en un hombre que todos puedan ver, todos puedan oír, y cuyos mandatos sea fácil ejecutar. Y cuando este hombre se encuentra al frente de un

ejército, cuando puede hacer desfilar los regimientos en la plaza pública, hay muchas veces afán en las poblaciones por apoderarse de esa imagen brillante, aunque material, de la autoridad y del orden, de que todos tienen sed y hambre. Entonces es cuando son posibles las fechas del 18 Brumario y del 2 de Diciembre...» ¿Ha pasado hoy por los campos de Francia algún viento de cansancio y de dictadura?

\*  
\* \*

El aparato constitucional de la vecina República parece gastado, y así lo proclaman los de la derecha, los de la izquierda y no pocos del centro.

Hasta el conde de París, en un acto reciente, ha hecho declaraciones análogas. He aquí las palabras textuales del representante de la Monarquía:

«La crisis es grave. Es preciso hacer frente á ella con sangre fría, pues era inevitable. Yo la anuncié el año pasado en las instrucciones dadas por mí al partido monárquico. Los sucesos me dan la razón. Las disensiones intestinas condenan á la impotencia al Gobierno de la República, pródigo y perseguidor.

En el interior carece de crédito, y de fuerza ante Europa. El radicalismo en el poder amenaza con la desorganización completa del país.

Las recientes y grandes manifestaciones del sufragio universal son el grito de Francia lastimada con semejante régimen, que aspira á su libertad. Este movimiento es consecuencia natural y lógica de las violencias, de los escándalos que sublevan la conciencia pública, de los abusos del régimen parlamentario en manos de un partido despótico, y nada más justo que reclamar la disolución de una Cámara desacreditada, y al mismo tiempo la revisión de una Constitución que no deja al país el derecho de disponer libremente de sus destinos.

Los monárquicos no esperaron la crisis actual para pedir la revisión. Yo la incluí en su programa, y hoy se lo recuerdo.

Tengo, no obstaute, el deber de decir que este movimiento

se agotaría inútilmente ó conduciría á Francia á los más graves peligros, si ésta creyese que un hombre solo, cualquiera que sea, puede dar una solución; cuando es lo cierto que necesita una solución con urgencia. Para conseguirla, todos los conservadores deben pedir la revisión, no á Asambleas divididas, en las cuales son aquéllos una minoría, sino al mismo país, legalmente consultado, el cual á la hora decisiva comprenderá que esta solución debe ser la Monarquía tal como yo la he definido y á cuyo restablecimiento consagro todos mis esfuerzos.

Sólo este Gobierno estable puede, sin secuestrar las libertades públicas, asegurar á nuestra democracia laboriosa la seguridad que tanto necesita; levantar el poder sobre el nivel de las Asambleas y de los partidos, y garantizar así el orden interior y la paz exterior para Francia.

Cuando llegue este momento, la Monarquía aceptada por los buenos ciudadanos, cualesquiera que hayan sido sus antecedentes, hará un llamamiento á la abnegación de todos para trabajar, con la ayuda de Dios, por la grandeza de la patria.»

Este documento, en el que el representante de las tradiciones monárquicas aboga también por la revisión y el plebiscito, como Boulanger, ha sido muy comentado, y ciertamente prueba que el Príncipe que aspira al trono, sigue con cuidado, en el destierro, todas las peripecias de la política y las manifestaciones de su país.

No puede dudarse que la opinión está cuando menos soliviantada. Lo prueban esas ruidosas manifestaciones populares en uno y otro sentido; lo prueban las disposiciones mismas del Gobierno francés para dar al actual viaje del Presidente de la República todos los caracteres de una ovación espléndida á las instituciones que imperan. Se inventan festejos, se arrojan á manos llenas miles de francos, y no se escatiman revistas, paradas, retretas militares, iluminaciones, fuegos artificiales, conciertos, representaciones gratuitas en los teatros y hasta bailes públicos y cucañas.

\*  
\* \*

Mientras que en Francia se suceden las manifestaciones *boulangistas* y *antiboulangistas*, Europa se preocupa más especialmente del tristísimo estado del augusto enfermo de Charlottenburgo.

Las alternativas en la salud del nuevo Emperador de Alemania, no son para infundir desconfianzas desmedidas; y aunque los últimos partes acusan una mejoría notable, nadie se permite ya grandes ilusiones. Dícese que Federico III, cuya energía, cuyo valor y cuyas altas altas dotes de carácter son indudables, y cuyo advenimiento al trono fué saludado universalmente como una firme garantía de paz europea, se ve privado de trabajar por prescripción de los médicos, y esto hace que se piense en dar al Kronprinz mayores atribuciones de las que tenía, por el último rescripto de su augusto padre.

El Gran Canciller Bismarck, que hoy, como en los pasados y gloriosos días del anterior reinado, continúa obteniendo la absoluta confianza del Emperador, es aún la firme garantía de los futuros destinos del Imperio, á cuyo afianzamiento viene consagrando toda su vida.

La Reina de Inglaterra ha abandonado el dulce clima de la patria de los Médicis para ir á llevar consuelos á su hija la Emperatriz de Alemania, y dar tal vez el último abrazo á su hijo político el Emperador.

Al pasar por Innspruk, en Austria, salió á saludarla Francisco José I; pero es ya cosa averiguada que ninguna idea política ha entrado en esta excursión rápida. No ha existido el propósito de favorecer, como se afirmaba, el matrimonio de la Princesa Victoria con Alejandro de Battemberg, tanto porque los momentos presentes de angustia por que atraviesa la familia imperial germánica no son los más propicios para faustos enlaces, cuanto porque la prudente soberana de la Gran Bretaña es la primera en reconocer lo impolítico é inoportuno de un suceso que podría actualmente producir graves crisis en Alemania y complicaciones con Rusia.

\*  
\* \*

Es singular que, después de haber transcurrido tres siglos, se acuerde hoy Inglaterra de celebrar por primera vez, con

gran aparato y como un triunfo, la destrucción de nuestra pobre armada, llamada la *Invencible*, hundida en las costas de la Gran Bretaña, no por el valor de los ingleses, sino por la furia de los desencadenados elementos de la Naturaleza.

La idea ha partido de Plymouth, donde, en *meetings* públicos celebrados el año pasado en el Guildall, se nombró una comisión encargada de estudiar la manera de llevar á cabo el proyecto. Después de meditarlo, se decidió erigir un monumento permanente, que se llamará Conmemoración de la Armada, en Plymouth Hoe, sitio íntimamente asociado á los acontecimientos de aquellos días. También se acordó que se verifique una demostración nacional, á la vez que la inauguración del monumento, que se efectuará el 19 de Julio ó en uno de los días próximos á dicha fecha, aniversario del día en que se avistó la armada española desde las playas inglesas. Se propone además una Exposición de reliquias y curiosidades de la armada y de los tiempos de Isabel de Inglaterra, así como de retratos, pinturas, libros, etc., para lo cual hay ya promesas de prestar objetos de interés.

Y mientras que el Lord Corregidor de Londres recibe con entusiasmo á la Diputación de Plimouth, ofreciéndose á secundarla activa y eficazmente para la realización de su proyecto, y brindándose á presidir un *meeting* en Mansion-House el día 3 del próximo Mayo, otro suceso de cierta importancia se prepara también contra nuestros intereses allende los mares, en la República del Norte-América. Dícese que serán convocados para el año próximo en Washington, con motivo de la celebración del centenario de la constitución americana, los representantes de las dieciséis Repúblicas Hispano-americanas del Nuevo Mundo. Con ese objeto se ha votado un proyecto de ley concediendo créditos.

Parece que el proyectado Congreso no se limitará á festejar una fecha histórica. El Gobierno de los Estados Unidos se esforzará para entenderse con los representantes de las Repúblicas sud americanas, á fin de establecer una reciprocidad comercial que arrebataría á varios países europeos sus relaciones de negocios con aquella parte del mundo. Añádese que el Congreso, no contento con esa aplicación de la doctrina de

Monroe á los asuntos económicos, extendería su aplicación bajo el punto de vista político; es decir, que se trataría de llegar á un acuerdo sobre un sistema de arbitraje ó de vasta alianza que aseguraría á cada uno de los Estados del Nuevo Mundo el apoyo de todos los demás en caso de conflicto con una potencia de Europa.

¿Pero podrán prestarse las independientes Repúblicas del Sud América á secundar un plan que es la expresión palpable de la antigua manía de absorber el Norte todos los pueblos que se extienden desde el estrecho de Bering al cabo de Hornos? No es posible creerlo.

\*  
\* \*

Las correspondencias de Roma no cesan de describirnos las recepciones de peregrinos, cada vez más numerosas y brillantes en el Vaticano, centro de la fé católica.

Horas después de la solemnidad grandiosa con que se celebró por el Papa la misa en honor de los romeros de Francia, fueron recibidos en las logias de Rafael los cuatro mil peregrinos pertenecientes á todas las diversas regiones del Imperio de Austria-Hungría. Su Presidente, el Conde de Pergen, reclamó, en nombre del mundo católico, la libertad necesaria para el ejercicio del Pontificado, y León XIII, que se había abstenido de toda alusión política en su anterior respuesta al discurso del Presidente de la romería francesa, hizo ahora grandísimo elogio de los servicios prestados en todos tiempos á la Santa Sede por la nación apostólica, excitando á los romeros austro-húngaros á reclamar con perseverancia la independencia y la libertad de los Pontífices.

Uno de los más celosos corresponsales añade:

«Al lado de la modesta, pero no menos generosa peregrinación del Principado de Mónaco, cuyo Soberano ha mandado un nuevo pectoral de brillantes á León XIII, y de la recepción de los miembros de la Orden Tercera de Francia, cuyo hábito franciscano contrastaba con los trajes pintorescos de los romeros de Bosnia y Herzegovina, dirigido por sus tres Obispos orientales, han figurado en la última semana las au-

diencias concedidas á 600 peregrinos de Polonia, y á 1.500 de la antigua Flandes, con los Obispos de Lieja y de Gante éstos, y con todos los prelados de Polonia aquéllos, habiendo entre los Arzobispos de Leopoli los tres de los ritos latino, ruteno y armenio.

Estos presentaron un mensaje á León XIII, firmado, no sólo por los pastores de la Iglesia, sino por todas las notabilidades de Polonia, entre ellas los Príncipes Czartoryska y Japieha, que recuerdan las familias regias de aquella nación, como la mejor respuesta á la acusación de que el Santo Padre pudiese sacrificar á sus hijos polacos á la Rusia. Entre los regalos ofrecidos á Su Santidad, cuéntase un precioso cuadro de la Virgen patrona de Cracovia.

Con la peregrinación de Bélgica, el Papa discurrió sobre los gratos recuerdos que guarda del tiempo en que fué Nuncio cerca de Leopoldo I, época en que pudo admirar las admirables dotes del pueblo flamenco, que no ha perdonado sacrificios para conquistar la libertad de sus creencias religiosas y la educación católica de la juventud. El Obispo de Lieja, por su parte, encañeció el amor y celo con que, apenas ocupada por León XIII la cátedra de San Pedro, realizó la concordia entre la Santa Sede y la Bélgica, uno de cuyos hijos, Juan Berchsmans, acaba de ser elevado á los altares en la última canonización.

El óbolo de los belgas ha sido generoso; pero en punto á ofrendas, con motivo del jubileo sacerdotal, nada hay que llegue á la esplendidez de un sacerdote de Bayona, llamado Quevedo, que ha entregado personalmente á León XIII la suma fabulosa de diez millones de reales que recibió como herencia inesperada, limitándose á conservar una modesta asignación de 300 francos al mes no obstante los achaques de su edad ya avanzada.»

No puede negarse que el jubileo sacerdotal de León XIII es el suceso más grandioso, la manifestación más sorprendente é inesperada de la fé aún viva en millones de almas, en estos tiempos que pretenden distinguirse por su enervador descreimiento y su triste apatía.

S.



## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

**Nueva Geografía universal**, por ELISEO RECLUS.—Madrid, «El Progreso Editorial», 1888.

Con el cuaderno 30 ha terminado el volumen primero de esta magnífica obra, que se publica en español bajo la dirección del eminente geógrafo Sr. Coello. También han salido á luz los cuadernos 31 á 41, con los que se da principio al tomo segundo de Europa y al primero de África. Aquél comprende Italia, San Marino, Mónaco, Malta y Francia, esto es, la Europa mediterránea central. Lo ha traducido y revisado D. Martín Ferrero, procurando, como en los otros volúmenes, completar los datos de M. Reclus con noticias y documentos posteriores á la edición francesa. Los nombres geográficos se escriben siempre como en el país á que se refieren, y en la parte correspondiente á Francia se reduce á la mitad el texto ori-

ginal, para que guarde relación con los demás Estados de Europa. Muchos é interesantes son los artículos dedicados á la nación italiana, entre ellos los que tratan de la facilidad de las invasiones en Italia, cuenca del Pó, volcanes de fango, influencia de los antiguos glaciares, disminución de la superficie en los lagos, cambios en el litoral á consecuencia de los aluviones, efectos de éstos, colonias de los veteranos romanos, irrigación y clima de Lombardía, pobladores de la Italia septentrional, lagunas de Comacchio, pasos de los Alpes, ciudades del Piamonte y de la Emilia, Venecia, Liguria, Toscana, volcanes romanos, el Tíber y sus afluentes, monumentos de Roma, Ancona y ciudades de los Abruzzos. Aparte de otras, son muy notables las láminas que representan el monte Viso, el lago de Como, el Adige en Verona, el monte Rosa, el

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

palacio de Ferrara, los desfiladeros del Arno, Florencia, la campiña de Roma, las ruínas del Foro y la isla de Capri.

El tomo relativo al África constará de la descripción detallada de la cuenca del Nilo, Etiopía, Sudán oriental, Dar-Fur, Nubia, Egipto y Trípoli. En la porción dada á la estampa, se estudia el antiguo período glaciario, las islas africanas, la flora y la fauna, las razas árabes, las razas mezcladas y antiguas, el influjo civilizador de los africanos, la disminución de la esclavitud, los montes y vertientes, los obstáculos herbáceos del Nilo, las cataratas, y multitud de puntos no menos interesantes. Ilustran el texto primorosos dibujos.

Como se vé por estas ligerísimas indicaciones, *El Progreso editorial*, á cuyo frente se halla el Sr. D. Ramón López Falcón, persona muy entendida, presta á nuestro país un verdadero servicio merecedor de especial aplauso, dando á conocer en condiciones científicas y tipográficas inmejorables una obra de tanto mérito y utilidad como lo es la de M. Reclus.

La misma casa editorial ha reparado la preciosa novela del célebre escritor S. Farina, titulada *Amor tiene cien ojos*, que ofrece vivo interés y gran movimiento, condiciones fielmente conservadas en la versión castellana. Carcedo y Urrutia ilustran el texto con originales y caprichosos grabados.

\* \*

*La Criminologie, étude sur la nature du crime et la théorie de la pénalité*, par R. GAROFALO. — París, Félix Alcan, editor, 1888. — En 4.º, 420 páginas. — Precio, 7,50 pesetas.

Como el autor, además de ilustre

catedrático de la Universidad de Nápoles, es distinguido jurista y magistrado, trata con autoridad y competencia especiales la cuestión tan controvertida de la responsabilidad de los criminales y la represión del crimen. El libro lo publica el excelente editor de París M. Félix Alcan, el cual ha dado también á conocer anteriormente los trabajos sobre el mismo asunto de los Sres. Lombroso, Tarde, Franck, Maudsley y Féré.

Gracias á los esfuerzos reunidos de médicos, psicólogos, magistrados y antropólogos, acabará por resolverse un problema que tanto importa á la humanidad, y entonces podrá adoptar la sociedad con toda confianza un sistema de protección contra los criminales.

\*  
\* \*

*Higiene de la vista en las escuelas*, por el DR. D. NICASIO MARISCAL Y GARCÍA. — Madrid «*El Cosmos Editorial*», 1888. — En 8.º, 231 páginas. — Precio, 2 pesetas.

Fonssagrives ha dicho que *las escuelas son fábricas de miopes*. Los medios de evitar esto, los explica el doctor Mariscal en su excelente obra, que ha sido premiada por la Sociedad Española de Higiene. La forma en que está escrita hace que pueda comprenderla la persona menos competente en los estudios biológico-higiénicos. Empieza el autor estudiando con toda la claridad posible el ojo y la visión, y consigna las múltiples causas de las enfermedades existentes en las escuelas y los medios de anularlas.

Con objeto de que si halla eco en el Gobierno la publicación, se pueda hacer estudiar á los niños materia tan útil, va resumida la obra en un com-

pendio á que el autor llama *Cartilla de la higiene de la vista en las escuelas*.

\* \* \*

Folletos literarios. IV. *Mis plagios*.—*Un discurso de Núñez de Arce*, por CLARÍN (Leopoldo Alas).—*Madrid*, 1888.—*En 8.º*, 132 páginas.—*Precio, una peseta*.

Con la gracia y el aticismo de siempre defiéndese el ingenioso escritor en la primera parte de su obrita, del ataque de plagiarío, demostrando que alguno de sus libros se publicó antes del que se le ha dicho que había copiado. En la segunda parte expone muy atinadas y eruditas observaciones acerca del último discurso leído en el Ateneo por el ilustre poeta señor Núñez de Arce.

\* \* \*

*Los antoios en 1623*, por el DR. A. DE LA PEÑA.—*Madrid*, 1887.—*En 4.º*, 31 páginas.—*Precio, 2 pesetas*.

Curiosísimo folleto en que demuestra una vez más el doctor Peña, que es un excelente literato y un médico oculista de grandes conocimientos.

\* \* \*

*Lía de Argeles*, por EMILIO GABORIAU. *Versión castellana de P. SAN ROMÁN*.—*Madrid*, El Cosmos editorial, 1888.—*En 4.º*, 464 páginas.—*Precio, 2,50 pesetas*.

Preciosa y bien urdida trama, escenas conmovedoras y otra multitud de bellezas que Gaboriau ha reunido en este episodio, hacen de él una novela interesantísima.

La pasión maternal, esa pasión su-

blime y santa que anida en el corazón de la mujer, arrastra hasta el fango á Lía, que es el personaje que da nombre á esta novela.

Los caracteres del Barón y Baronesa de Trigaul, del Sr. Fortunat y del pilluelo Víctor Chupín, están perfectamente sostenidos en toda la obra.

Además, ha repartido «El Cosmos» otro libro de Zola, *Nuevos cuentos á Ninon*, de agradable lectura y provechosa enseñanza; lo forman sencillas narraciones llenas de poesía y de carácter moral, con el atractivo que tienen todos los trabajos del gran escritor.

\* \* \*

*Las grandes capitales*.—*Barcelona*, DANIEL CORTEZO Y COMPAÑÍA, 1888.

Acaban de publicarse los cuadernos 62 á 66 de esta importante obra, en que separada y detalladamente se describen las ciudades de París, Roma, Londres y Berlín. Como en los anteriores, abundan los grabados artísticos y hermosos, y no citamos algunos por *l'embaras du choix*, que nos obligaría á enumerarlos todos, porque todos son dignos de mención y de aplauso. El texto ofrece mucho interés, y da idea cabal de las célebres poblaciones antes mencionadas.

La misma casa editorial ha repartido los cuadernos 172, 173 y 174 de la magnífica obra *España*. Prosiguen las reseñas históricas de Valencia y de Burgos, escritas por D. Teodoro Llorente y D. Rodrigo Amador de los Ríos, respectivamente. Aparte de los muchos dibujos incluidos en el texto, descuellan la oleografía que representa *un campesino de Burgos* y la fototipia denominada *Vista de Burgos tomada desde el Museo provincial*. Del

mérito literario de ambos libros dicen bastante los nombres de sus autores y el cuidado con que hace todas sus publicaciones la empresa que dirige el activo é inteligente Sr. D. Daniel Cortezo.

\*  
\*  
\*

*Le Monde comme volonté et comme représentation, par A. SCHOPENHAUER.—Tomo primero.—París, Félix Alcan, editor, 1888.—En 4.º, 439 páginas.—Precio, 7,50 pesetas.*

La traducción de esta obra capital de Schopenhauer la ha hecho el diputado y antiguo alumno de la Escuela Normal Superior, M. A. Burdeau, y tiene el mérito especial de que es la primera que se publica sin supresiones. Además, es de escrupulosa exactitud y el estilo refleja el del célebre filósofo alemán. Merecen particular mención la teoría de la risa, las del arte, y, sobre todo, el admirable libro cuarto, en el que descubre Schopenhauer el verdadero fondo de su pesimismo, que no es la desesperación egoísta, sin nobleza y sin objeto, de algunos de sus discípulos, sino que es, por el contrario, una verdadera religión, de una compasión sin límites por los sufrimientos que llenan el Universo, y de una fe profunda en el porvenir misterioso y sublime á que todos los seres se encaminan.

Por otra parte, M. Burdeau ha tenido la feliz ocurrencia de poner al fin del tomo un índice por materias que faltaba en el original, procurando que aquél fuese claro y breve. Basta examinar dicho índice para que se despierte vivo interés por leer la obra. Ésta constará de tres tomos: el primero es reproducción de la obra pri-

mitiva publicada en Leipzig en 1819; el segundo y tercero, que saldrán á luz á fines del año actual, comprenderán los importantes apéndices en los que Schopenhauer desenvolvió los diferentes puntos de que trató en la primera edición.

\*  
\*  
\*

*La poesía lírica en Cuba, por D. MARTÍN GONZALEZ DEL VALLE.—Oviedo, 1888.—En 4.º, 242 páginas.*

Una obra que, como ésta, llega á la cuarta edición, no necesita elogios. El insigne Menéndez Pelayo dice de ella: «La crítica me parece exacta, imparcial y serena; el estilo limpio y fácil. Hace V. justicia seca á autores y á composiciones...» El docto catedrático Sr. González del Valle merece alabanzas por su excelente obra.

\*  
\*  
\*

*Cantos modernos, por R. D. PERÉS.—Barcelona, 1888.—En 8.º, 214 páginas.—Precio: 3 pesetas.*

Este libro, elegantísimamente ilustrado por Apeles Mestres, é impreso en papel de hilo puro, está formado por una colección de poesías, llenas de sentimiento, y un discurso preliminar nutrido de buena doctrina literaria.

\*  
\*  
\*

*¡Pobre España! por JUAN L. LAPOULIDE.—Madrid, 1888.—En 8.º, 83 páginas.—Precio: Una peseta.*

Opúsculo que se supone formado por las «Memorias de un coronel jefe de zona,» y contiene observaciones ingeniosas que demuestran el buen entendimiento del Sr. Lapoulide.

\*  
\*  
\*

**Héroes de Filipinas**, por D. Pío A. DE PAZOS.—*Santander*, 1888.—*En 8.º, 366 páginas.—Precio: 2 pesetas.*

Interesante obrita en la que se describen correctamente las hazañas de sesenta y seis valerosos compatriotas nuestros.

\*  
\* \*

**Noticias bibliográficas y catálogo de los códices de la Santa Iglesia catedral de León**, por DON RODOLFO BEER y D. J. ELOY DÍAZ JIMÉNEZ.—*León*, 1888.—*En 8.º, 43 páginas. Precio: 2 pesetas.*

Ofrece mucho interés á los aficionados á esta clase de estudios, y abundan en él los datos curiosos y originales.

\*  
\* \*

**Defensa nacional. Consideraciones**, por D. ARTURO GARÍN Y SOCIATS.—*Madrid*, 1888.—*En 8.º, 427 páginas.*

Nunca como ahora hemos lamentado el no poseer conocimientos militares, á fin de dar idea exacta del importante libro que acaba de publicar

el ilustrado capitán de fragata señor Garín. Imposibilitados de hacer cosa mejor, nos ceñimos á recomendar su lectura, que es de actualidad palpitante, y á enviar nuestros plácemes al autor, que tan aplaudido fué al leer algunos capítulos de su obra en el Centro del Ejército y de la Armada.

R. A.

\*  
\* \*

**Dictionnaire français illustré des Mots et des choses.**

Se ha publicado la décima serie (entregas 91 á 100) de esta importante obra escrita por Larive y Fleury, y editada por Jorge Chamerot. Comprende las palabras existentes entre *Lozère* y *Mélisse*, y son muy interesantes, pues hallamos los vocablos *Lune*, *Madrepore*, *Magnetisme*, *Main*, *Mamíferes*, *Magdelanien*, y la descripción de ciudades tan importantes como *Lyon*, *Madagascar*, *Madrid*, etc. Más de cien grabados y seis mapas iluminados acompañan á este cuaderno, que ha merecido solícita acogida del público. Su precio es de 5 francos.

G.-R.

